

Pablo Lerman

***Mientras
Evelio
no está***

NOVELA

*A mi madre,
A su querido recuerdo.*

“Todos, casi todos, somos pequeños hechos. Elaboramos presente menudo y, en consecuencia, pasado aborrecible...”

Antonio di Benedetto - ZAMA.

01.

Aquí estoy, esperando a Evelio. A él o quizás a ellos, ya que avisó que tal vez no vendría solo. En una de esas engancho a algún vago para que me acompañe. Pero no es seguro, advirtió. Me esperarás en la hamburguesería del Patio de Comidas del Shopping Latino. Tranquilo, porque no tengo horario y puedo llegar en cualquier momento. ¿Cuándo? Pues antes del mediodía. A menos que alguna cosa me obligue a llegar por la tarde. Pero esperame. Llévate un libro, una revista o algo para entretenerte. Si tardo no te vayas, que llego. Solo o acompañado, pero llego. Le había preguntado por que tendría que aguardarlo tanto. Pareció sorprenderse y después de un titubeo, dijo que tenía algo para mí. Que me interesaría. Rió como si imaginase mi cara. ¿Como para esperar sin horario? Tanto, afirmó. Se trata de un trabajo. Apenas lo dijo, calló para escuchar mis comentarios, pero yo estaba paralizado. ¿Me oíste?, llamó. Sí, te oí. Pero no termino de creerlo. Lanzó una carcajada grosera y afirmó que cada vez que había llovido, había parado. ¿Por qué no era posible que me consiguiera un trabajo? Debí darle la razón, y con ella, la promesa de aguardar lo que hiciera falta.

Pese a mis mejores intenciones, había empezado la espera con retraso. Culpa del despertador que no sonó y seguí durmiendo. Algo debió pasar dentro mío que desperté de un salto. Cuando vi la hora me quise matar. Evelio me corta si se entera, murmuré mientras me afeitaba, consolándome con la seguridad de que no habría arribado temprano. Lo conozco demasiado y no es la primera vez que me cita y aparece a cualquier hora. Él es así y yo soy lo bastante estúpido para creer que si me dijo a las nueve, debo ser puntual. ¡Iluso! A esta hora, Evelio estará a kilómetros de aquí. Debí dormir en algún hotel de la ruta, y despertó sin consultar el reloj. Él tenía sus tiempos interiores. Un tipo es libre por la forma en que respeta sus ritmos, declaró cierta vez para justificarse de una demora. Soy un hombre libre y nadie me apurará. He pasado lo

Mientras Evelio no está

mío para ganarme este derecho y no lo pienso rifar, advirtió. Entonces, debe estar respetando sus tiempos y ritmos interiores cagándose en los míos, que le importan un pito. No me lo ha dicho, pero lo sé. De dónde saco ese conocimiento es un misterio o más precisamente, una intuición. Confío en mis intuiciones. Nunca me han fallado. Quizá se deba a que no tengo demasiadas. Pero las que tuve, se dieron una a una. Como cuando conocí a Romina. Fue verla y decirme que tendría algo con ella. Un pálpito. Y se me dio. En algún momento vino derechito hacia mí, como si me hubiera estado aguardando o hubiese escuchado el sonido del pálpito. Después juró que me había confundido con otro, pero son las excusas que tienen las mujeres cuando quieren justificar por qué buscaron a un tipo. Y Romina es de las que siempre hablan de lo que le pasa. Me parece escucharla contando cómo me conoció, por qué se confundió y por qué me quedé dormido. Siempre tiene necesidad de explicarse. ¿No podrías dejar que las cosas transcurran sin decir palabra?, le pregunté una vuelta, en un arranque. Se sobresaltó al oírme: ¿Por qué? ¿Dije algo que está mal? No, para nada. Dijiste demasiadas cosas que no tenías por qué decirlas. Todo estaba bien y sigue estándolo, la calmé. Pero hablaste demasiado. No agregaste nada con tanto palabrerío. Tendrías que aprender a respirar, le sugerí. Te quedas respirando en silencio, sintiendo cómo el aire te va entrando y saliendo y guardas silencio. Solo se oye el ruido del aire que pasa por tu cuerpo. Entra y sale, entra y sale. Dijo que la estaba cargando. Es cierto, pero el consejo es bueno. Si guardaras silencio, ganarías. ¿Qué cosa ganarías, boludo?, gritó. A veces es bruta como un camionero. Sobre todo, cuando no coincide conmigo, lo que se daba en el caso. Para ella, el que habla al pedo y mucho, soy yo. Le asiste razón. Pero eso no significa que ella fuese una mujer callada. Pero me gusta. Tiene algo. Desde el vamos, Romina tenía una forma de ser que me gratificaba y me hacía sentir querido. A veces, su voz se ponía pastosa y era como un terciopelo acariciándome los oídos y el alma. Sobre todo el alma. Además, tenía buenas piernas. Las tiene, en

realidad. Y unos pechos para admirar. Ahora, mientras espero a Evelio, convoco su recuerdo y termino como ella, hablando demasiado y explicando un montón. ¿A qué viene contar de Romina? ¿A quien le interesa cómo es o cómo era? Tendría que dedicarme a aprender a respirar y sentir cómo el aire entra y sale de mí. Lo susurro y no puedo menos que recordar cómo yo entraba y salía de Romina, sintiendo el jugo de su cuerpo al que entraba y salía ¡Por Dios! ¿A qué viene acordarse cómo entraba y salía de Romina? Ella suspiraba y todo estaba bien, y yo le daba y le pedía ¡más, más! y quería meterme adentro suyo como si fuese aire y le estuviera enseñando a respirar. Otras veces, en vez de suspirar, le daba por decir palabras sueltas, frases que sólo ella entendía, pero que me ponían loco. No las voy a repetir, porque no tendría sentido. Pero me sacaban del juego. Ella hablaba y yo me caía ¿se entiende lo que digo? Cuando me pasaba eso, en vez de respirar, ella pedía que le explicara qué me sucedía, con lo que todo se empeoraba. Me debió haber pasado dos o tres veces, pero para mí fueron situaciones muy fuertes. Sucedió a poco de haber quedado desocupado, por lo que sumaron una humillación a otra. Además, influyó la sorpresa. Dicen que cuando uno se pone grande no es tan raro. A Evelio le debe pasar, pero mejor no se lo pregunto porque me ganaría un guantazo de respuesta. Esas también son intuiciones. Me refiero a lo que le pasa a Evelio y lo del guantazo. Entonces debe ser cierto. ¡Quién lo hubiese dicho! Jamás lo hubiera imaginado en él. Pero estas cosas son así. Nadie las habla, pero hay una hora de la verdad en que por una causa o por otra les viene un derrumbe. Los escuchás y parecen una tropilla de padrillos. Solo los más viejos no son así, pero debe ser porque quizá ya se sienten fuera de juego y no pueden disimularlo. O no les interesa más o han aprendido el arte de la discreción, ¡vaya uno a saber! La primera vez que me sucedió, Romina se puso más nerviosa que yo y habló hasta por los codos. La hubiera ahogado con la almohada para contemplar en silencio las ruinas de lo que fui. Tendido en la cama, miraba el cielorraso mientras ella arriesgaba teo-

Mientras Evelio no está

rías justificatorias de la derrota y me contaba que una amiga suya también lo vivió varias veces porque su marido tenía no sé qué. Además, me recordó mi falta de trabajo. Eso desenergiza, indicó con convicción. Encendí un cigarrillo y me puse a fumar masticando el gusto a mierda de la humillación, que me hacía aguantar con austeridad espartana la cháchara de Romina que, cuando se dio cuenta de que yo no había abierto la boca, puso su mano sobre mi cuerpo y me masajé el corazón, o sea, pasó su palma por donde se supone que está el corazón, y me dio un par de besos chiquitos en la cara y en la oreja diciéndome que no era nada, que no me hiciera mala sangre, que ella estaba bien. Aunque no creí sus consuelos, le pasé el brazo debajo de su cabeza y me arrimé a su costado. Compartimos unas pitadas de mi cigarrillo y nos quedamos callados, y ahí confirmé que esa mujer era la ternura hecha persona y que la quería un montón, bendiciendo la intuición que me había acercado a ella. También fue una intuición la que me hace dar cuenta de cómo se debe sentir Evelio cuando le pasa lo que intuyo que le pasa, pero me doy cuenta de que este no es momento para andar buscando confidencias, sino para aguardar a ver qué trae.

Entré corriendo al Patio de Comidas del Shopping Latino y repasé la hamburguesería para confirmar que Evelio no había aportado. Había muy poca gente, y yo era de los pocos que estaban solos. Un par de mesas estaban ocupadas por hombres de trajes y maletines negros, con aspecto de visitantes médicos o promotores de ventas. Parecían clones de un mismo molde. Me llamó la atención la cantidad de gel que usaban en el pelo. Pese a estar bajo techo, muchos tenían puestos anteojos de sol, de formato más o menos idéntico. Hablaban animados en medio de un infierno producido por el campanileo de sus teléfonos celulares, que sonaban y sonaban. ¿Cómo se puede tomar café y conversar mientras ese repiqueteo te revienta los tímpanos? A juzgar por sus sonrisas de plástico, ellos podían. Yo no. Juro que no. Una cosa es que te llamen por una emergencia o por algo urgente, pero otra cosa era ese

continuo resonar de chicharras que sacaba de quicio. A mí, no a ellos que, por el contrario, sonreían al apretar el botón que les habilitaba la charla o al abrir la tapita del aparato. Imaginé que tendrían orgullo de recibir llamados. Un orgullo que se agrandaba con el sonar de las campanillas, mientras sus compañeros miraban corroídos de envidia al sentir que perdían la carrera de las llamadas telefónicas.

En otra mesa había tres mujeres charlando con entusiasmo. Una me hizo recordar a Romina, por el peinado y el corte de la cara. Un poco más allá, casi limitando con la lomitería, había dos mesas ocupadas por otros tantos solitarios. Uno leía el diario, en tanto que el otro estaba enfrascado en unos papeles de trabajo. Me acerqué a una de las cajas, compré un combo de promoción y me senté a desayunar. Había llevado una mochilita en la que me traje el diario y un libro, por si se prolongaba la espera. Saqué el diario y lo puse junto a la taza. Abrí un par de sobrecitos de azúcar y endulcé el café con leche, revolviéndolo con un palito de plástico con forma de remo. La taza era de telgopor y el remo hacía un ruidito áspero al tocar sus costados. Como si los raspara. Pero no. Solo era un siseo y el remo se hundía en el cieno del café con leche, arrastrando la espuma y haciéndola girar. Estaba caliente. Tomé el sándwich tostado y le di un mordisco. Estaba tibio y crocante y tenía un sabor que me recordó al telgopor de la taza. Cuando lo terminé, seguí con el pastel de manzana incluido en el combo y al morderlo me quemé. Buscando alivio, bebí un sorbo de café con leche, pero seguía muy caliente, lo que me dio idea de lo bien que el telgopor conserva el calor. Soplé el interior del pastel de manzana y me asaltó una columnita de humo dulzón. Seguí soplando hasta que me cansé y lo dejé sobre el plato de plástico. De su interior salió una papilla amarillenta, que me hizo acordar a la goma arábiga. ¿Por qué tendrá ese nombre la goma? Tal vez la inventaron los árabes que, según Evelio, antes habían sido unos tipos muy despiertos. Antes, no ahora, enfatizó Evelio al informármelo. Antes se los consideraba más despiertos mientras que hoy sólo se los considera

Mientras Evelio no está

árabes y en la escala zoomorfa, eso parece ser un escalón no más alto que el de los judíos, los turcos, los chinos, los hermanos latinoamericanos o los negros, especificó Evelio mientras yo lo observaba interesado. Me pareció que él pensó que yo no le creía. Nadie me lo dijo, pero es otra intuición. Ellos, los árabes, tuvieron un imperio y fueron muy cultos. Al menos, los que estuvieron en España, insistió entonces Evelio, como tratando de aventar la incredulidad que me atribuía, a pesar de que yo seguía pendiente de su relato. Evelio me contó que el sur español - allí donde estuvieron los últimos califas - es una delicia árabiga y que los Jardines de la Alhambra son para verlos y asombrarse de lo lindos que son, llenos de columnas, de leones, de mosaicos, de fuentes y esas cosas. Pero nada quedó de esos moros, suspiró Evelio entonces, y hoy, cuando se habla de árabes, apenas los nombrás se te aparecen imágenes de camellos y tipos de camiones blancos o con sacos polvorientos cruzados por cananas o unos seres oscuros y feos vestidos de pobres o, peor aún, de milicianos que matan a cualquiera por cualquier cosa y en cualquier lado. En relación a esto, vale aclarar que el diario de hoy muestra en su tapa a dos enmascarados en Almería, escapando después de quemar la casa de un inmigrante marroquí con éste adentro. La foto deja ver a los tipos corriendo por un talud en dirección a una carretera y a sus espaldas arde una casucha. Se me ocurre que la foto es una prueba a favor de los árabes, ya que en eso de matar a cualquiera por cualquier cosa, los españoles o los europeos, para decirlo de manera genérica, también están anotados sin pretensiones monopólicas. Volví al café con leche, que se había enfriado un poco, y tomé un sorbo que igual me ardió, ya que el paladar, irritado con el bocado anterior, se me había hinchado detrás de los dientes. Con la lengua podía tocar la quemadura producida por ese pastel de mierda, que deben dártelo caliente para que consumas alguna gaseosa o algo fresco. Me acerqué al mostrador donde unos chicos atendían las cajas y pedí un vaso de agua, planeando el infierno que armaría apenas me dijeran que tenía que comprarlo. Los

chicos resultaron no serlo tanto, sino más bien jóvenes de aspecto deportivo, enfundados en pantalones verdes, con camisas a rayas rojas y blancas y con las cabezas cubiertas con gorras rojas de béisbol con orejitas de ratón. No hay agua, pero puedo ofrecerte soda, dijo el que me atendía, llamado Roberto según leí en una tarjeta plástica abrochada al bolsillo de su camisa. Esa tarjeta tenía unos símbolos de colores, como botoncitos, y observé que el de la caja de al lado tenía menos botoncitos, por lo que inferí que Roberto era de más jerarquía o grado que el otro, llamado Carlos según su tarjetita. Dame soda entonces, que me quemé con el pastel del combo. Dijo que venía muy caliente para que el caramelo de la cobertura no endureciera. No endurece, confirmé, pero es intragable. Se encogió de hombros y me dio el vaso de soda diciendo que era un obsequio de la casa para compensarme el ardor de la boca. ¡Chico simpático! Te recomendaré para otra condecoración, dije después de tomar un trago enorme de soda. Alzó las cejas y las frunció con enojo. Estoy disfrazado de tarado pero no lo soy, avisó. No te equivoques y salí de adelante de la caja que tengo que seguir atendiendo. Largué una risita de conejo y mencioné que estaba todo bien. Le agradecí la soda y volví a mi asiento. Me había equivocado. No querían inducir la venta de gaseosas pero tampoco querían dejar agua al alcance de cualquiera. En eso hubo un cambio en las costumbres. Antes entrabas a un bar y podías ir al baño o pedir un vaso de agua sin consumir nada y te lo daban sin ponerte cara de culo ni mostrarte cartelitos avisando que los sanitarios estaban reservados para los clientes. Hablo de mi adolescencia, con lo que quiero decir que estoy hablando de años atrás. Ahora para que te presten los baños, tenés que consumir y si no, nones. Evelio dice que en Europa cobran la entrada a los retretes. Me resulta insólito, pero a él le parecía bien. De esa manera, los baños están limpios y no son la mugre que soportamos por este lado del planeta. Menos en este Patio de Comidas, donde todo es muy aséptico y muy limpio y los baños están a tono. Las paredes tienen porcelanatos brillantes hasta media

Mientras Evelio no está

altura, y luego siguen con un empapelado grisecito con florcitas blancas que pasa desapercibido, al igual que el piso, de baldosones oscuros que brillan tenues, reflejando las luces dicroicas del techo y los cuarzos que iluminan desde unos pilares. Todo es muy higiénico y relajante. Nada te sobresalta ni te desagrada. Y si algo pudiera no gustarte, tampoco es tan importante ni destacado como para que te ofendas. No existe ningún elemento que agreda la vista, que descansa con tantos colores suaves. La luz permite que los ojos acaricien las cosas al mirarlas. El Patio está dividido en sectores en forma virtual - ya que no hay ninguna marcación física - y cada sector corresponde a un local de alguna especialidad gastronómica, si podemos llamar así a las hamburguesas, lomitos, sushi, pizzas y pastas, papas al plomo y similares variantes de la alta cocina americana. Uno distingue de quien es cada sector por los distintos modelos o colores de las sillas y las mesas.

En medio del Patio hay una fuente con un chorro de agua que sube y baja a distintas alturas. Es una maravilla cómo el chorro baila y no moja ni salpica nada. La primera vez que vi la fuente estaba con Romina y comenté que era un disparate haberla colocado en el Patio de Comidas de un shopping, pero Romina dijo que para ella estaba bien, que el agua tiene un sonido y un efecto tranquilizante y además, la fuente quedaba linda aunque no fuese habitual entre nosotros. Si miraba bien, propuso, me daría cuenta de que salvo en algunas pocas plazas, no existían fuentes, por lo que se podría concluir que nadie las usaba, de donde no se podía decir que hubiera una forma correcta - reforzó las erres para que me diera cuenta de que enfatizaba el concepto - de cómo o dónde deben colocárselas, ya nadie lo sabe. Me rendí, y dije que los norteamericanos nos estaban cambiando los gustos. Y que terminásemos la cuestión que no daba para tanto. Pero Romina cuando empieza algo quiere concluirlo y siguió defendiendo el adorno hasta que amenacé con meterla adentro de la fuente, lo que la hizo callar, no sin antes criticar mi prepotencia y mi falta de sensibilidad estética. Esa fue la primera vez

que estuvimos en el Shopping Latino y lo recorrimos de una punta a otra mirando todo lo que no podíamos comprar, como hice notar. Ella hizo una mueca y contestó que hablaba de envidioso y de inútil. Que el Shopping era agradable en sí, como construcción o estructura o escenario, como escuchó que se usaba decir ahora, y que la muchedumbre que paseaba por él no vino a comprar sino a ver y a verse y a que la vean, a mirar y desear y también a ser mirada y deseada y nada de eso era malo, a menos que quisiera encontrar trascendencia en cosas que no la tenían ni querían tenerla. Esta es una propuesta simple, señaló. Te ofrecen un lugar con aire acondicionado, seguro, higiénico, donde existen buenos negocios llenos de artículos de moda, que sos libre de no comprar. Y si por tentarte te pasás en el gasto es tu problema, que para algo sos grande y tenés albedrío o debieras tenerlo. Podés ir al cine, comer, hablar por teléfono, cambiar tu vestuario o los muebles de tu casa, renovar las sábanas, el televisor y la heladera, alquilar un auto, ampliar tu biblioteca, elegir un póster o mirar como otros lo hacen. Me encanta, concluyó. Dije que era una consumista y asintió. Últimamente bastante reprimida, ¿sabés?, se burló. ¿Qué hay con eso, eh?, salté ofuscado. Nada, se apuró a aclarar. No es con vos. No le creí, pero me quedé con su nada, que era mucho más soportable que mi sensación de estar en falta, incumpliendo mis deberes atávicos de proveedor. Hoy que espero a Evelio, miro la fuente y me digo que los dos teníamos razón. Los norteamericanos nos están cambiando el gusto y la estética. Pero además, la fuente, mirada con criterio amplio, no molesta y entretiene. Y si dejo el prejuicio de lado, hasta puede resultar bonita. Lo que me sigue pasando en este lugar, es que me doy cuenta de que no es mío. Podría venir mil veces y jamás lo sería. Anónimo, tiene más que ver con un hospital, con una estación de subte o un aeropuerto que con un lugar propio con el cual identificarme. Soy de otro palo, quise explicarle a Romina una vuelta. Estoy acostumbrado al bar y al café y a ir de compras cuando necesito algo, y esas actividades se desarrollaron siempre en lugares

Mientras Evelio no está

distintos. El bar era el bar, el almacén era almacén y la ropa la compraba en las tiendas o en sasterías, y había una separación física y mental entre cada espacio. Ahora, en cambio, está todo mezclado y hasta confundido, observé. Las mesas de este Patio de Comidas nunca serán milagrosas ni se podría aprender en ellas filosofía, dados, timba, ni poesía cruel, como dice el tango. Sí puedo, en cambio, quemarme la boca con un pedazo de pastel de manzana acaramelado, que más que pastel es una brasa de incógnito. De todas maneras, esa ajenidad y esa imposibilidad de adueñarse de este espacio es lo que le da sentido, había dicho Evelio cuando me citó aquí otra vuelta. Lo dijo rápido y sospeché (¿o intuí?) que no era la primera vez que lo afirmaba sino que era una elaboración armada de antemano para justificar su concurrencia al Shopping. O no la armó, sino que la sacó de algún Suplemento Cultural de los domingos, de esos que uno desecha junto a los de Economía o Educación o de Vida Country, todos variados e interesantes como una colección de corpiños vacíos. Evelio, en cambio, leía el Suplemento Cultural de cabo a rabo. Le interesaban los artículos de crítica de ensayos o los reportajes a filósofos, historiadores y sociólogos. Así se enteraba de temas del pensamiento actual evitándose leer libros. En el fondo son palabras, decía. Palabras desorientadas que hablan de la desorientación. Raccontos de ilusiones perdidas, de utopías extraviadas o de vanidades maquilladas de erudición. Esos tipos que nos muestran los diarios, mal que les pese a ellos mismos, son estereotipos, apuntaba señalando una foto del suplemento. En general son extranjeros, clasificables por especialidad: Los filósofos son franceses o alemanes. Si son historiadores, son yanquis o ingleses. Los austríacos vienen por el lado de la semiología y de la musicología. O pueden ser sociólogos argentinos, a condición de que vivan y piensen y enseñen en el exterior, en universidades como La Sorbona, Nanterre, Yale, Harvard, Berlín o Heidelberg. Los publican para que nos demos cuenta de que podemos y de que afuera somos reconocidos. Los aborígenes que viven entre nosotros sólo aparecen cuan-

do tienen el auspicio de las empresas que publican sus libros o financian sus películas. Caso contrario, sólo tienen participación como noticias fúnebres. Y todos hablan y se muestran, y al leerlos siento - contaba Evelio - lo calmos y gratificados que estaban cuando hablaron y se mostraron ante ese periodista que quería captarlos serenos y satisfechos de sus obras. La doble página mostraba imágenes de un joven filósofo francés en su jardín en las afueras de París discutiendo sobre la problemática de su libro más reciente, y a una becaria argentina de Yale que explicaba las motivaciones que tuvo para la elección del tema de su tesis. Ambos, de próxima aparición en las buenas librerías. Evelio sonreía al exponer su opinión, con el aplomo de quien sabe tener razón. No creo que esa gente dijera las palabras desorientadas por la que él los acusaba, los defendí. Evelio contestó que quizá no fuese así. Que tal vez las palabras estuvieran orientadas hacia ningún lado o hacia la celebración de la autoestima. Que a los intelectuales no había que tomarlos muy en serio, dado que eran, mayormente, parte del sistema en el que se desenvolvían, tanto cuando iban de representantes de la cultura oficial como de su oposición. Mucho más, enfatizó, cuando se trata de consagrados, dado que lo que entra al mercado termina absorbido por él. En la medida en que ser intelectual o artista o creador pasa a ser una profesión o un medio de vida, el producto de esa actividad se convierte en una mercadería y quien la fabrica, en la práctica y aunque le disguste, en un comerciante o un empresario, murmuró. Cuando lo escuchaba hablar así, me aburría. Usted también vende su cassette, retruqué. Había sonreído y no pareció disgustado.

Miré el reloj. Había transcurrido más de una hora desde mi llegada y Evelio no daba señales. Encendí un cigarrillo y me puse a hojear la sección deportiva del diario. Fue entonces que escuché gritos y al girar la cabeza para ver de qué se trataba vi a Roberto, con su gorra colorada de béisbol con orejitas de ratón ladeada, llevando hacia las escaleras mecánicas a un morocho de pelo negro vestido sin estilo, que pugnaba

por soltarse de la llave de judo con la que el otro lo tenía aferrado. En el piso quedó un cartucho de cartón desparramando pochoclos, seguramente del morocho, que chillaba insultos remarcando las eses. El cajero lo agarraba del pelo trabándole un brazo a la espalda, de manera que el tipo no tenía más remedio que inclinarse al caminar. Se resistía a gritos destemplados, que eran los que me habían convocado al espectáculo. En eso aparecieron unos vigiladores de uniforme, armados con bastones. Sin decir una palabra, tomaron al morocho de los brazos, lo alzaron y sin que tocase el suelo, lo arrimaron hasta las escaleras de servicio donde se detuvieron a tomar aliento. Luego de consultarse con la mirada, lo agarraron de hombros y fondillos y tras imprimirle un suave balanceo, lo arrojaron escalones abajo, donde quizás alguien lo recogería para darle salida. Presté atención tratando de escuchar el ruido del morocho al aterrizar, y ahí me di cuenta de que en el Patio de Comidas había un bullicio de fondo que impedía oír algo específico. Volví a la lectura del diario hasta que pasó Roberto arreglándose la ropa y le pregunté qué había sucedido. Nada grave, explicó. Un boliguano. ¿Y qué hay con ellos? Nada, que son pobres, sucios y agresivos. No los queremos en el Shopping. Cuando los encontramos, los echamos. Eso es todo. Hice notar que eso era discriminatorio. El tipo no había hecho nada y el Shopping era un lugar público. Error, me corrigió Roberto. Este es un lugar privado abierto al público. A cierto público, remarcó. Nos reservamos el derecho de admisión. En este caso, apliqué ese derecho y listo. Comenté que en ningún lado se informaba que los boliguanos no podían entrar. No jodas, pidió mirándome con aire de estar dándole lástima. Eso no se puede poner. Tampoco haría falta. Así es mejor. Es un cartelito virtual. Todos sabemos que este lugar no es para ellos, que también lo saben. Aún así vienen. ¿A qué? Pues a robar. No compran, no consumen, rapiñan lo que está al alcance de sus manos roñosas y miran a nuestras mujeres. Las ensucian con sus miradas. Les gusta la piel blanca y limpia, pero no la merecen. No pueden estar con nosotros. Tienen que irse. No

discriminamos a nadie. Acá pueden entrar todos los turistas boliguanos que quieras. Los que no pueden entrar son los inmigrantes ilegales. ¿Cómo distinguís a un boliguano turista de un inmigrante ilegal?, me interesé. Es fácil, respondió. No existen turistas boliguanos. A partir de ahí, el resto es simple. No me malentiendas, pidió. Esto no es racismo ni discriminación. Se trata de que son pobres y sucios y no tienen nada que hacer entre nosotros. Aquí no los quiero, pero reconozco su derecho a irse adonde quieran. Hice un gesto con la mano que no quería decir nada. Roberto se dirigió a su caja, desde donde retomó el comando de su sector. Mientras los vigiladores volvían discretamente a sus puestos, un muchacho con gorra roja de béisbol con orejitas de ratón se encargó de levantar los pochoclos que se le habían caído al morocho. Luego otro pasó un lampazo, restituyendo el brillo al piso. Yo seguí fumando.

02.

Sigo esperando y el panorama es el de entonces. Se han renovado algunos clientes, las músicas de fondo han variado levemente su ritmo, se modificó también la posición del sol y sucedieron otras cosas tan banales que no tiene sentido enumerarlas. Prendo otro cigarrillo y aspiro el humo. Tendría que decir “con placer”, pero en mis años de fumador extravié la noción del goce. No sé qué es ni en qué consiste. Ignoro qué me lleva a encender un pucho y aspirarlo con ansiedad de murciélago. Creo que es la noción de que es un acto sin provecho. Inútil y hasta dañino. Quizá por eso me engancha. Quedan pocas oportunidades para hacer cosas inútiles y sin provecho.

Empecé fumando de pibe, por ese afán de crecer que me picaba las tripas. Iba con un compinche a fumar junto a los pastos altos que bordeaban la vía del tren, paralelas al Maldonado, que es un decir compadrito, ya que el arroyo Maldonado no existe y es, con el Vega y el Medrano, uno de los tantos mitos del subsuelo de la ciudad. El tabaco lo conseguía bolsiqueando la petaca donde mi abuelo almacenaba su ración, que preparaba en cada víspera en la cocina. Traía su paquete de papel de diario que, abierto sobre el mantel, dejaba expuestas a la luz del fluorescente gruesas hebras de tabaco rubio que exploraba con sus dedos nudosos. Las revolvía con la familiaridad de quien acaricia la cabellera de una mujer, reconociendo a su amada por el tacto. Mi abuelo, flaco y de piel oscura, revolvía su tabaco con la persistencia de quien acaricia un documento de identidad y me hablaba del tifus y del hambre en Ucrania a principios de siglo, cuando reinaba el Zar Nicolai y Rasputín era un monje negro al que hubo que matar para que el resto viviera, y no el despreciable aventurero que competía con el Corto Maltés en la Balada del Mar Salado y en tantas otras historietas. Allí empecé a fumar, decía mi abuelo con la mirada clavada en los azulejos de la cocina.

Mientras Evelio no está

Cuando no había qué comer y el agua estaba podrida e infectada, solo teníamos tabaco para engañar al estómago y entonces fumábamos. Chicos y grandes nos emborrachábamos con tabaco turco, picante y mareador. Me entraba el humo a los pulmones y todo daba vueltas, contaba mi abuelo. Y soñaba que estaba en una dacha junto al mar, y tenía una vaca gorda que daba buena leche blanca, caliente y espesa. La vaca Vashinka rumiaba y mugía mientras le sacaba su leche, y el mar Negro brillaba azul al sol. Pitaba el cigarrillo y la vaca Vashinka daba leche caliente y todo estaba bien, contaba mi abuelo, y así me acostumbré al hambre y al tabaco, y cuando pasó el hambre quedó el tabaco, decía sacudiendo las hebras para que el aire las ventilase. Se llenaba la boca de agua y escupía sobre el tabaco una llovizna de gotitas que lo humedecía. Después, armaba sus cigarrillos, guardándolos en aquella petaca plateada de donde yo los tomaba a escondidas. Cuando era chico y mi abuelo encendía su primer tabaquito de la tarde, me hacía sentar a su lado y me contaba las aventuras de Zadko el Marino, que calificaba de superiores a las de Munchhausen. Oyéndolas, yo aspiraba el olor de su tabaco con placer. Cuando alguien le advertía contra el cigarrillo, mi abuelo hablaba de la Gran Guerra, que lo encontró en Francia. Vi a soldados franceses que orondos de serlo, marchaban cantando a matar alemanes que, orgullosos de serlo, venían cantando a matar franceses, contaba. ¡Al carajo! Comparado con las canalladas que he visto y sufrido y sin tener en cuenta las que conocí a través de los diarios: ¿me puede importar el daño de la nicotina? ¿Alguien me dijo que el trabajo enferma o me recomendó que cuando es mal pago, lo mejor es no trabajar? ¿Algún médico me recetó no hacer nada o solo lo que me guste? Se reía mostrando sus dientes amarilleados por el tabaco. A esa luz, el daño potencial del cigarrillo retrocedía hasta esfumarse. El tabaco es mi amigo, dijo al doctor Di Menza, cuando trató de convencerlo de que lo dejara. El médico le avisó que si seguía fumando moriría y mi abuelo recordó impasible que si no fumaba también. Se trata de su calidad de vida,

defendió Di Menza. Precisamente, dijo mi abuelo. Toda mi vida he fumado. En los momentos más duros y en las circunstancias más gratas. ¿Por qué tendría que abandonar a un compañero? ¿A cambio de qué? No me joda y tómele un vino. El doctor Di Menza declinó el convite, advirtió sobre el efecto nocivo del alcohol sobre los triglicéridos y lo dejó comiendo una picada de salami, aceitunas, queso y vino tinto. Me viene a estirar la vida, protestó mi abuelo mirándolo irse. Podría venir a mejorármela. ¡Para eso nadie viene, eh! Su protesta era ahogada por mi abuela, que lo mandaba al almacén a comprar cualquier faltante. Eran palabras y eran excusas, pero mientras tanto los días se deslizaban con una lentitud que, a la distancia, parece amable y suave.

Aspiro mi cigarrillo buscando sensaciones que no encuentro. Largo el humo despacio, y miro a Roberto, que me observa desde la caja. Murmura algo a una chica de gorro rojo con orejitas y ella viene hacia mí, arma un cenicero de cartón y me lo entrega. Se lo agradezco, pero hubiera querido no hacerlo. Lo hago por cortesía o de acostumbrado. Los buenos modales me salen automáticos y cuando quiero reprimirlos es tarde. Ya se mostraron, cumplieron su función y es inútil o imposible borrar su efecto tranquilizador.

Los modales nos hacen mejores, decía mi madre. Ella lo creyó por mucho tiempo, hasta que mi padre hizo la grosería de dejarla. El tenía modales y sabía un rato largo sobre urbanidades, por lo que su comportamiento de patán debió ser doloroso para ella. Aún así, no abjuró de los buenos modales y sirviéndose de ellos, levantó corteses bastiones entre los que incluyó a la música clásica. De tanto en tanto, tocaba en el piano vertical en la sala y sus manos trotaban sobre el teclado. ¿Diré que acariciaban los marfiles de las teclas? No. No acariciaban los marfiles de las teclas. Más bien los azotaba, sacándoles sonidos increíbles, que hacían que la sala se llenara de brillos. Recuerdo mientras fumo y veo cómo mi madre se mueve sobre el taburete junto al piano. Su

Mientras Evelio no está

cuerpo viudo se sacude con las notas mientras sus dedos golpean las teclas que no acarician. Mi madre ya no acaricia nada. Lo digo y me avergüenzo, mientras fumo acordándome de sus manos sobre las teclas y su pie marcando el compás.

En ese momento, los vigiladores se acercan al mostrador. Son los que arrojaron al boliguano escaleras abajo. Cada uno lleva un bastón lustroso a la cintura y un alamar dorado cruzándole la chaquetilla. Llevan gorras con la insignia de un águila que me recuerda las de los oficiales alemanes de la Segunda Guerra que vi en las películas americanas. No me gusta que las águilas me recuerden las gorras de los oficiales alemanes de la Segunda Guerra. Pero no puedo hacer nada para evitarlo y me encojo de hombros. Los vigiladores piden comida a Roberto y cuando la reciben, no advierto que la paguen. Se sientan en diagonal a mí, a poco más de un metro. Han colocado los sorbetes de papel dentro de los vasos de gaseosa y se inclinan para no alzarlos. Uno de ellos ha puesto su gorra de oficial alemán sobre la mesa y yo miro el águila para ver si lleva en sus garras una svástica. No la lleva. Están vacías. Podrían aferrar una hamburguesa. Es una idea. Los vigiladores, mientras tanto, ajenos al águila, han abierto los paquetes de sus hamburguesas. Las sazonan con ketchup, mostaza y mayonesa y salan sus papas fritas. Hablan entre ellos y sonríen y se inclinan sobre sus sandwiches, a los que propinan grandes mordiscos. Las salsas les manchan los dedos y las comisuras de sus bocas, pero no se inmutan. Siguen mordiendo las hamburguesas, manchando con salsa las papas fritas que se llevan a la boca y las suman al bolo que están masticando, hecho de trozos de hamburguesa, pan y vegetales. Hablan mientras comen con avidez para evitar que las salsas se les escurran. Finalmente acaban las hamburguesas y se limpian manos y bocas con infinitas servilletas de papel, que desparraman sobre la mesa. Tragan y beben sus gaseosas aceleradamente. Parecen acostumbrados a comer así. Hacen gestos: alzan la cabeza, abren mucho los ojos y eructan tapándose la boca con la mano. Luego se dedican a vaciar los cartuchos

de cartón del resto de papas fritas. Las mastican mientras vigilan a su alrededor.

Un grupo de estudiantes entra al Patio de Comidas. Son ruidosos. Se ríen y se insultan. Hablan alto pero no los entiendo. Quizá no digan nada y sólo se insulten. Se escupen los insultos como caricias. Se tratan de boludos y no hay otra palabra que reemplace al adjetivo. ¿Qué puede haber detrás de esa insistencia en llamarse boludo? La reiteración con que lo hacen indicaría que quizá no haya nada. Parecen un montón de boludos, pero los salva la frescura. Se han arrimado a las cajas y los gorros rojos con orejitas de ratón se alinean en sus posiciones y empiezan a largar tickets, bandejas, gaseosas, sobrecitos de salsas, de mayonesa, de ketchup, de mostaza, de aceite, de vinagre, de sal, paquetes de papas fritas y de hamburguesas. Las cajas registradoras tintinean en rápidas series, mientras los estudiantes pagan, se insultan, se llaman y se hablan a los gritos. Toman sus bandejas y ocupan asientos. Los vigiladores los vigilan. Estudian a los estudiantes. Los veo revisar cada cara, cotejarla con algún archivo interior, verificando antecedentes o historias anteriores. Parecen acordar en que todo está bien. Se relajan y sonríen.

El que puso su gorra de oficial alemán de la Segunda Guerra sobre la mesa, se la pone. Se ajusta la visera y vuelve a mirar a los estudiantes. El águila de su gorra mira a los estudiantes que siguen haciendo ruido, hablando a los gritos e insultándose. Ahora son los estudiantes los que se manchan los dedos y las bocas con las salsas que chorrean las hamburguesas. Los estudiantes se ríen, mostrando pedazos de hamburguesas asomando por sus bocas. Sonríen y los vigiladores ríen. Los estudiantes son tiernos y su bochinche es simpático. No altera la rutina del Patio de Comidas. Los vigiladores se levantan de sus asientos, recogen sus bandejas con las sobras y las arrojan en un cajón de residuos. Se ajustan las gorras y los bastones, saludan a los chicos de las gorras rojas con orejitas de ratón y se dirigen a su trabajo, que consiste

Mientras Evelio no está

en vigilar. Curioso trabajo, por cierto. Producen sobre todo miradas. ¿Cómo se mide el aporte que hace un vigilador al Producto Bruto Nacional? ¿Crece o baja su producción de miradas? ¿Aumenta o disminuye su vigilancia de alguna manera mensurable? Me contesto que ellos cuidan al público. A los clientes actuales y futuros. Conversan entre sí, mirando atentos a su alrededor. No son miradas sino inspecciones. En realidad, no ven nada sino que sus ojos deben estar adiestrados a registrar anomalías y atipicidades. Los vigiladores hablan, sonríen y miran mientras los observo o los vigilo. No logro acostumbrarme al hecho de que vigilar un Shopping sea una tarea. No tiene la heroicidad del gendarme que cuida una frontera, ni la sordidez del guardiacárcel ni la conciencia ecológica de un guardaparque ni el adiestramiento de un policía. Estos cuidan la seguridad del consumo. Velan para que uno consuma en paz. De donde resulta que los soldados, los gendarmes, los guardiacárceles, los bomberos, los marinos, los aviadores, los detectives y los policías, entre otros muchos, se ocupan de asuntos puntuales que permiten a los vigiladores aplicarse al propio sin distracciones. Advierto entonces, no sin sorpresa, que los vigiladores son muy importantes. Antes no me había dado cuenta.

03.

Las mesas de los tipos de los trajes negros han quedado vacías. En algún momento se fueron. Tendría que haberlos visto salir pero me distraje vigilando a los vigiladores. No pienso contárselo a Evelio. Lo tomaría como otra muestra de mi decadencia. Diría que me estoy volviendo viejo y tendría razón. Estoy envejeciendo. El tiempo me viene demoliendo y solo un negador podría hacerse el indiferente y no verlo.

La mesa de las tres mujeres sigue igual. Hablan animadas. Fuman tanto como yo o más. Sus ceniceros de cartón plateado rebosan colillas manchadas de rouge. Una se levanta y se dirige al toilette. Debe andar por los cuarenta y los lleva bien. Camina cimbreándose levemente sobre sus tacones altos. De todas, es la más bonita. Pareciera saberlo y disfrutar ese conocimiento, me digo mientras aguardo su retorno. Sus amigas aprovechan que no está para intercambiarse información actualizada sobre ella. Marido de viaje, anoto. Tonto, pero hace dinero y facilita buena vida. Hijo sigue en problemas. Ninguna aclara en qué consisten y quedo con las ganas. La nena, en cambio, es un amor, apunta una. La otra coincide. Checha siempre fue una luz. La del baño vuelve. Viene Madu, avisa una. Madu retorna a la mesa, tras haberse arreglado el peinado, el maquillaje y la ropa y colocado una nueva sonrisa. Trato de engancharle la mirada pero no lo logro. Ni mira hacia mi. Veo la suave curva que se le marca en el suéter y apruebo. Una linda mujer, con marido de viaje, hijo en problemas e hija inteligente. Todo normal. Madu se recuesta en su asiento de plástico. Mira su reloj y junta sus cosas. Tengo que irme, anuncia. No la escucho, pero entiendo sus gestos. Deja dos billetes, guarda el atado de cigarrillos y el encendedor y se adueña de unos sobrecitos de sacarina que sobraron. Besa a sus amigas y se dirige hacia la escalera. La sigo con la vista. Los vigiladores la han descubierto y también están pendientes de ella. No para controlarla sino que,

Mientras Evelio no está

apostarí por sus expresiones, están imaginándola desnuda. Romina, de ver esos brillos en las pupilas, diría que los hombres somos unos cerdos. La mujer se embarca en las escaleras mecánicas y comienza su descenso. Gira el torso y mira hacia el Patio de Comidas para un último adiós a sus amigas. La pierdo, aunque creo seguir imaginándola. Pero al minuto no puedo reconstruir su rostro ni su forma de vestir. Me queda en la memoria su manera de caminar, su leve contoneo y la curvatura de sus pechos bajo la lana. Nada más. Me queda la mención de su marido de viaje y me pregunto por qué lo habrán caratulado de tonto. Un tarado no puede tener una mujer interesante, me digo. Ignoro si ella lo es, aunque lo presumo con el único fundamento de que caminaba con gracia y era linda. Es solo un prejuicio basado en la belleza. Tal vez no fuera interesante. Quizá fuese una tonta. Pero dejó una estela. ¿Cómo explicarlo? De ninguna forma. Simplemente pasó. Poco para inferir tanto, pero las horas pasan tan lentas que cualquier cosa viene bien. Mientras, las amigas de Madu han seguido hablando. Miro el reloj y me impaciento. Evelio ya tendría que estar. Observo una pareja. Son jóvenes y están desparramados en sus sillas. Se miran aburridos. Tienen ante sí dos vasos enormes de gaseosa y sus respectivas porciones de papas fritas y hamburguesas. La cabellera del muchacho es tan larga y tupida como la de ella. Se miran y mastican hamburguesas y hay silencio entre ellos y, de tanto en tanto, sorben sus gaseosas con las pajitas. Imagino el ruido de la bebida al ser aspirada y el gusto helado con que irrumpe en sus bocas. Se me ocurre que esa comida es una tristeza, pero en ese mismo instante reproduzco en mi boca el gusto que tendrá la hamburguesa doble que compararé en breves instantes y segregando saliva, me relamo. Esa comida es una tristeza, repito, pero la deseo. Me pregunto si deseo tristeza, para responderme que no. Por lo demás, ignoro de qué se trata. Para estar triste hay que llegar a algún fondo, ver algún vacío y darse cuenta de su existencia. Me parece que tiene que ver con un estado de conciencia, por lo que supongo que desconozco lo que es la tristeza. Conozco, en

cambio, la desesperanza. La que viene de vivir la sucesión de un día hueco, idéntico a otro anterior y al que vendrá. No sé cuál es la diferencia entre la tristeza y la desesperanza, pero alguna habrá. Supongo que en la desesperanza se cree que la tristeza no terminará nunca.

En mi vida me pasó de estar triste y alguna vez también sentí la desesperación. Aún me llena el recuerdo del desesperado vacío que sentí cuando me quedé sin trabajo y no puedo evitar un remezón de angustia. Aquel día había llegado más temprano de lo habitual. Los del Departamento de Licitaciones ya estaban trabajando, en tanto que Cobranzas tenía sus escritorios vacíos. Había saludado con un gesto, dirigiéndome a mi tablero. De camino, me serví un café de la máquina, y ya en mi lugar de combate, había hojeado un proyecto de la Gerencia Financiera traído por Alimena días atrás con recomendación de lectura. Era la enésima propuesta de optimización de recursos y reingeniería que veía en los últimos tiempos y me pareció que solo difería de las anteriores en su diseño más contundente. Después de sopesarlo, con un balanceo suave lo arrojé sobre un archivador para otro momento más propicio. Estaba empezando mi tarea cuando Alimena me citó a su despacho. Apenas entré, me preguntó con brusquedad si había leído el proyecto. Todavía no, me excusé y lo lamentó. Será más difícil entender de qué hablaríamos pero, se dio ánimos, a veces las cosas no salen como uno quisiera. Si se me planteaba alguna duda, me instruyó, debía decírsela para aclararla ahí mismo. Asentí como un autómata y le pedí que fuera más preciso. Hasta ese momento se había ido en aprontes.

La reducción de costos del proyecto te afecta, comenzó Alimena. Ese estudio sostiene que algunas áreas, entre las que está el Departamento de Proyectos, son demasiado caras para la escala en que nos desenvolvemos, por lo que habría que suprimirlas. Mejor dicho, carraspeó Alimena, tercerizarlas. Le había buscado los ojos. ¿Y eso qué era? Pues contratar afuera, con terceros, los servicios que ahora hace la empresa

Mientras Evelio no está

adentro, explicó Alimena. Esa tercerización implica la desaparición del sector afectado. Para ser más explícito, enfatizó Alimena, la tercerización del Departamento de Proyectos significa que nos quedamos sin él ¿está claro? Ese estudio se había convertido en el Plan del Ejercicio del año. Por eso, si lo hubiera leído, entendería mejor. Me removí inquieto. Había algo que no andaba bien en ese discurso. ¿Y yo?, pregunté. ¿Que dice el Plan del Ejercicio sobre mí?

Alimena cabeceó. Le habían encargado que me transmitiera la novedad para que empezase a digerirla. El Departamento de Proyectos desaparecía del organigrama de la empresa. Su personal iba a ser redistribuido, salvo aquellos casos en que eso no fuera factible. Terminó la frase rápido, para decir todo cuanto antes y quedó mirándome para ver el efecto que me hacían las noticias. ¿Me dan el pase a otro Departamento?, le había preguntado. Alimena negó. Sos demasiado antiguo. Ganás demasiado con relación a un empleado joven. No tenés lugar dentro del nuevo esquema. Te van a desactivar. ¿Qué significa? ¿Me van a desconectar? ¿Me van a congelar como a Walt Disney? ¿O me dan una patada en el culo?

No sabés cuánto lo siento, se disculpó Alimena. Mandaron que te avisara. Después te lo dirán en forma oficial. No te imaginás lo que me jode hacer de mensajero, pero no pude negarme. Estructuralmente, dependés de mi gerencia. Lo corté: ¿Qué más tenías que adelantarme? ¿Cuándo ceso? ¿Cómo se concretará? Alimena tragó saliva. Yo tendría que terminar los planos pendientes, explicó. Al cese, la empresa pensaba indemnizarme. Los pocos que sabían la novedad, lo sentían en el alma.

Ahí supe que sacarían mi tablero de dibujo y en su reemplazo pondrán un macetón con plantas de interior. Se verían las marcas de las patas de mi tablero y de mi asiento alto en la moqueta, y también se notarían los bucles de la alfombra aplastados allí por donde transité.

Esas huellas serían como las siluetas que se trazan con tiza sobre el pavimento, cuando se retiran los cuerpos de los caídos después de un accidente o de un crimen. O serían como las siluetas de los desaparecidos que pintaban las Madres de Plaza de Mayo frente a la Casa Rosada. Las huellas de mi tablero y de mi banqueta y de mis pasos sobre la alfombra de la sala de dibujo serían la prueba de mi desaparición de ese lugar. Cuando semanas más tarde volví para el trámite del final, pude comprobar que ya era un ajeno. Otro. Pese al calorcito del sol, me entró ahí el frío de la desesperación y quedó instalado hasta el día de hoy.

Durante más de veinte años había dibujado para la empresa del Arquitecto. Casi desde mi ingreso a la Facultad que nunca terminé. A medida que avancé en la carrera hice planos más complejos, que el Arquitecto firmó y su empresa construyó y cobró. Esos proyectos fueron parte mía. Pero yo no fui parte de ellos. Cuando nació Miguel, mi primer hijo, interrumpí mis estudios y a partir de allí me olvidé de los libros. Un día trajo al otro, un año al siguiente. El nacimiento de Lucas completó el ciclo esperable de nuestra reproducción. Gladys hubiera querido seguir buscando la nena, pero imposibilitados de engendrar una habitación más para el departamento, optamos por concluir la etapa de las concepciones. Lo demás fue viniendo.

Vuelvo a imaginarme la hamburguesa doble y recreo el sabor del pan cuando lo corte con mis dientes. Será esponjoso, pero no cómo el trigo fresco sino como la gomaespuma. Aún así, sigo imaginando mi hamburguesa. Su feta de queso sin gusto. Sus tomates dulzones. La cebolla crujiente e insípida. El pepino agridulce humedecerá mi lengua y lo único que tendrá gusto será el ketchup y la mostaza y la mayonesa y aún así, seguiré masticando a la búsqueda de la delicia que prometieron las fotos gigantes suspendidas tras las cajas registradoras. Concluiré la comida sintiéndome lleno y no saciado, cargando una sensación de estupidez que durará hasta que otra ingesta parecida quizá quemé de nuevo

Mientras Evelio no está

mi lengua. Miro las promociones organizadas en combos numerados, y me pregunto de donde salió eso de combo. Aún sin saberlo, hoy nadie desconoce que un combo es un agrupamiento, en el caso, de comida rápida. De igual manera, las promociones se denominan promos y todos saben de qué se habla cuando se mencionan los combos de las promos, por decir. Me maravilla la universalidad de ese conocimiento salido de no sé donde pero que circula por todas partes.

Estaba en esas nubes cuando una gritería confusa se alzó por mi derecha, desde uno de los pasillos que desembocaban en el Patio de Comidas. Quien conozca el Shopping Latino sabe que esos pasillos tienen casi el ancho de una calle. Giré hacia donde venía el ruido para enterarme de qué se trataba, y vi a dos tipos corriendo. Pasaron zigzagueando entre las mesas y en medio de sillas que fueron tirando al suelo con una intención que se entendió cuando aparecieron tres vigiladores bastones en mano. Apenas los que cuidaban el Patio de Comidas vieron a los fugitivos y a su comitiva de cazadores, empuñaron sus garrotes y les cortaron el paso. Aquellos dos frenaron ante ese nuevo obstáculo mientras trataban de hallar una salida o un espacio por donde continuar su carrera. En ese titubeo perdieron impulso y salud, ya que al alcanzarlos, sus perseguidores descargaron los bastones en sus cabezas en medio de una baráúnda de insultos, gemidos y golpes que retumbaron sordamente. Los dos vigiladores del Patio se unieron al jolgorio con sus garrotes, que hundieron en los costados de aquellos infelices, mientras sus colegas seguían batiéndoles las cabezas y los brazos como si se tratase de una promo. Los tipos se desplomaron chorreando sangre sobre el piso brillante mientras todos mirábamos el espectáculo, inmóviles, algunos con su hamburguesa suspendida a medio camino hacia la boca. Ninguno de los que estábamos en el Patio dijo palabra mientras los palazos llovían sobre esos desgraciados. El granizo de golpes formó un combo que no duró demasiado tiempo ni fue ruidoso o audible, ya que el rugido asordado de la muchedumbre en las otras plantas del Shopping no amai-

nó, por lo que no se escucharon los gemidos ni los golpes.

Cuando los vigiladores dejaron de apalearlos, continuaron dándoles puntapiés mientras uno hablaba por su handy con su base operativa. Al rato, apareció un sargento de policía con un par de camilleros vestidos de verde agua como los recolectores de residuos o los enfermeros o los repositores de las góndolas de los supermercados o los cirujanos. Les faltaba barbijo y botas a esos tipos de verde para ser de sanatorio. Pero por lo demás, todo chiche. Cargaron a los magullados en un santiamén, los estiraron sobre las camillas y los sacaron dejando en el piso un rastro de vómitos, orines y un charco de sangre que se angostaba para volverse reguero hasta el montacargas por el que se perdieron de vista.

Cuando se fueron los de verde con su cargamento, el sargento de policía conversó en voz baja con los tres vigiladores que protagonizaron la persecución. Parecía que le explicaban cómo y por qué se había armado ese zafarrancho, y el policía asentía de tanto en tanto, aprobando el proceder de los vigiladores. Al trío se sumaron los dos que habían posibilitado la captura. Se saludaron efusivos, palmeándose como si fuera un equipo que acabara de meter un gol. Estaban de festejo y lo demostraban. El policía se aflojó y abandonando el estiramiento con que se había conducido hasta ese momento, les dio la mano a cada uno y fue hasta el mostrador donde Roberto le dio una bandeja con un combo que comió de pie a un costado, en señal de que aún estaba de servicio.

Roberto dio una orden por el micrófono de su caja y fue suficiente para que se abrieran las batientes de su cocina y salieran tres de gorra colorada con orejitas de ratón que - empuñando trapos de piso, baldes y secadores - bailotearon alrededor del enchastre hasta dejar todo brillante y lustroso y cada silla en su lugar. La gente volvió a sus hamburguesas, a sus papas y a sus gaseosas y el ambiente recuperó su pulso.

Aspiré el aire del Patio de Comidas y creí reconocer un olor dulce flotando en el ambiente, mezcla de aceites fritos, comida y ketchup caliente. Evelio me contó que Manhattan huele así, sobre todo en el rectángulo que forman las calles 24 a 70, entre la 3ª y la 7ª avenida. Olor a fast food, comentó Evelio. Es como ir por un enorme Mac Donald oliendo a fafú. Al par de días, se te metió en el pelo y en la ropa, te acostumbrás y casi no lo sentís. O si lo sentís, no te molesta. Bueno, ese olor está aquí. ¡Aleluya, hermanos! ¡Olemos igual que el Norte! ¿No es bárbaro? Hemos avanzado en la escala zoológica y tenemos lugares que huelen igual que Manhattan. El dulce olor del que hablo es más soportable sabiendo su alcurnia, y se puede convivir con él. Sobre todo yo, que al fin y al cabo soy un ave de paso. La gente que trabaja aquí no parece molesta. Roberto y sus muchachos de gorra roja no deben protestar por el tufillo. Aunque tal vez ni lo noten. Tampoco los vigiladores. Éstos han vuelto a sus lugares y apostados tras unas columnas, han vuelto a otear a su alrededor.

¿Adónde podría regresar yo, como no fuese a mis recuerdos? En la empresa, los proyectistas éramos varios. Teníamos nuestros tableros en línea y también enfrentados, de manera que éramos ocho dibujantes repartidos en dos filas enfrentadas, de cuatro tableros cada una. De esos ocho quedó uno, el ocupado por Aldao, que era el más nuevito. En reemplazo de los restantes siete tableros y de sus otros tantos ocupantes que echaron, pusieron una computadora, una MacVerga con un hard-disc de no sé cuántos Giga de ROM y de no sé cuántos otros de RAM. Lo olvidé, pero me lo había explicado el gordito de Personal que vino a contarme la versión formal de mi despido. No se trata de una cuestión individual, había dicho mojándose los labios con la lengua. Sucede que los negocios hoy marchan con una fluidez tal que obliga a otras alternativas, y la nueva tecnología, por otra parte, hace más amigables ciertas tareas. Es tan indudable esto, que no cabe más que reconocerlo. ¿Usted lo reconoce? Sí, concedí como un idiota. Entonces, le será fácil aceptar

sus consecuencias, dijo como corolario el gordito de Personal, cerrando así la trampa en la que me había metido. La MacVerga tenía un programa Cad-Cam que suplantaba con ventajas a los siete que nos íbamos. Para quien no hubo entonces tarea amigable fue para el gordito, que debió contar siete veces la misma historia a otros tantos sorprendidos, dado que ningún directivo se asomó a dar sus atendibles razones y, cuando quise verlo al Arquitecto personalmente, me hizo saber que no tenía tiempo y me derivó al Director Ejecutivo. Lo que se llama un tipo sensible. Máxime si se tiene en cuenta que nos conocíamos de cuando la empresa éramos él y cinco más. Ustedes son mi familia, decía cuando nos reclamaba algún esfuerzo extra que sólo pagaba con mimos. Él creció mientras los otros envejecimos delante de nuestros tableros. Cuando entraron los americanos como accionistas mayoritarios y nombraron al Director Ejecutivo, el Arquitecto apareció en nuestra sala de dibujo para hablar de lo mucho que habíamos hecho y de la magnitud y profundidad de su agradecimiento impercedero hacia nosotros, su familia. La cuestión fue que ese nieto de puta nos hizo mandar los telegramas de despido para Navidad, de manera de ahorrarse un mes más del preaviso que no pagó. Tampoco me pagó el sueldo de diciembre, porque cuando lo fui a cobrar, el gordito de Personal ofreció la mitad de lo que me tocaba por antigüedad, aguinaldo y vacaciones. Como me negué, no solo no me pagaron eso sino tampoco los sueldos adeudados. Manda decir el Director Ejecutivo que si no acepta esa indemnización, no puede pagarle nada, dijo el gordito con aire triste. Que entienda que no es nada personal. Sucede que no existe partida suficiente. De donde mi falta de cobro era responsabilidad de quien tenía que asignar la partida, y la identidad de ese alguien era una incógnita que nadie quería develar, haciendo que la culpa se diluyera como en un homicidio en banda. Al principio me enojé y grité pestes del Arquitecto, del Director Ejecutivo y de la ascendencia de ambos, amenazando con romperles los huesos y otras cosas que se me ocurrieron por el enojo. Después se me pasó y me fui

Mientras Evelio no está

dando un portazo. Ahora estamos en juicio y mi abogado dice que en un año tendremos sentencia y espera que, de no mediar imponderables, será favorable para mí. Cuando escuché ese pronóstico moví las orejas como si fueran aletas y pregunté si lo decía en serio. Confirmó el plazo, aclarando que era corto con relación a lo que llevaba normalmente un pleito de esas características. ¿Y cuándo cobro?, quise saber. Seis meses después del año que nos falta para llegar a la sentencia. Y siempre y cuando esta sea a nuestro favor. La otra es aceptar el arreglo que nos proponen, señaló el abogado. Ahí lo cerraríamos de inmediato. ¿Y qué era? Exactamente lo que me había ofrecido el gordito de Personal, pero doce meses más tarde y teniendo que darle el veinte por ciento al abogado. Ni loco, concluí. Romina me aconsejó que agarrase. Que dentro de un año no sabíamos si la empresa podría pagar siquiera la mitad de lo que estaba ofreciendo ahora. Me enojé con ella y le dije que para eso no había ido a buscar un abogado. Además, le recordé que desde hacía años la firma venía creciendo. Que no me habían echado porque no ganaran, sino para ganar un poco más aún.

Puedo recordar con los ojos cerrados lo que sentí cuando entré al que había sido mi lugar de trabajo y vi los lugares vacíos y a Aldao, el único sobreviviente, concentrándose en sus planos para no mirarme, como si le diera culpa seguir allí. A su lado, la MacVerga ronroneaba como un gato satisfecho, mientras su protector de pantalla dibujaba unas sinusoides de colores sobre un fondo negro. Era otro lugar. Yo había ido a cobrar mi indemnización y fue entonces que el gordito de Personal me hizo su oferta ruinosa. No había sol en ese momento, y sentí frío en el salón de dibujo. En realidad, recién entonces tomé conciencia de mi frío y de mi vacío. Afuera era verano, y no fue suficiente para sentir algo de calor.

Miro el reloj y me doy cuenta de que es hora de concretar un ensueño fácil. Me dirijo al mostrador y después de analizar las promos,

elijo un combo. Roberto me cobra y pregunta si se me pasó el achicharramiento de la boca. Le sonrío y asiento. Espero no quemarme de vuelta, anuncio. No hay riesgo con la hamburguesa, asegura. Sale a punto. Vigila una bandeja por donde se deslizan los distintos tipos de sandwiches envueltos en papeles de colores. ¿Qué estás haciendo toda la mañana por aquí?, deja caer mientras toma otro pedido. Estoy esperando a un amigo que viene de la provincia, explico. No tiene hora de llegada y estoy teniéndole la vela. Un embole, coincidimos. Sale mi hamburguesa, que Roberto pone sobre una bandeja, junto a la gaseosa y a las papas fritas. ¿Qué pasó con esos dos tipos?, me intereso. Se encoge de hombros. No sé ¿querés condimentos? Dame mostaza. Serían ladrones, apuesta. O carteristas. Esto está lleno de perulenos punguistas, de boliguanos chorros. Negros de mierda, califica mientras sonrío dándome la bandeja con el combo. Que lo disfrutes, augura.

Vuelvo a mi mesa y advierto que los vigiladores vienen hasta donde estoy. Se detienen delante mío y, mientras abro los sobrecitos de sal y mostaza con los dientes, me estudian. De pie y desde arriba, como si estuviesen ante un insecto. Con las manos tomándose las hebillas cromadas y enormes que rematan los cinturones charolados de los que les cuelgan los bastones. Se balancean sobre sus talones y me observan. Abro el envoltorio de la hamburguesa. La destapo y vierto sal y mostaza sobre la carne. Presiono las tapas para que no caiga su contenido y muerdo mirando a los vigiladores. Mastico despacio mientras me siguen observando. Muevo los carrillos y tomo un sorbito de gaseosa. ¿Pasa algo?, pregunto poniendo cara de zapallo. Eso lo tenés que decir vos, contesta el más alto de los dos. Uno, el alto, es morocho y gordo. El otro es bajo, rubio y flaco. Yo soy Ton, se señaló el alto. El es Catón, mostró al petiso. ¿Ton y Catón?, repito como un idiota. Exactamente, Ton y Catón, ratifican. Catón fue un político romano, digo. Lo llamaban El Censor. Es mi caso, dijo el flaquito petiso. Censuro con el palo y de paso los censo. Rieron de la gracia. Se los veía contentos. Ya habían enviado a uno

Mientras Evelio no está

escaleras abajo y a dos por el montacargas, después de desarticularlos un poco. De paso los censo, jaraneó Catón divertido de su propio chiste.

Di un nuevo mordisco a mi hamburguesa y les ofrecí papas fritas. Si gustan, delen. Y si quieren, siéntense. Estarán más cómodos. Se consultaron con la mirada. Jamás tomamos estando de servicio, dijo Catón. Pero esto es comer, no tomar, precisó Ton. Volvieron a mirarse y tomaron asiento, dejando a mano sus bastones. ¿Qué hacés aquí?, preguntó Ton. Hace horas que estás y eso no nos gusta. Efectivamente, eso no nos gusta, dijo Catón certificando el displacer de ambos. No nos gusta, repitió en un susurro que me dio cierta aprensión. Te pediría que contes-tes de manera que podamos quedar tranquilos, solicitó Ton con acento amable.

Espero a un amigo, que está llegando de la provincia, dije. No sé a qué hora vendrá, pero el encuentro es aquí. Eso es todo. Eso no es todo, dijo Catón. ¿Si no viene tu amigo, qué? Nada. Me iré a casa. Pero vendrá. Evelio llega. Nunca falla. Acata la manda, dijo Ton golpeándome el hombro suavemente con su palo por encima de la mesa. Espero que tu amigo no sea un boliguano ni un peruleno ni un uruchilo. Tampoco negro, ni chino ni turco ni cabeza ni moishe. Ni perro ni gato ni rata ni insecto ni laucha. Tampoco cucaracha, mosca ni abejorro. Espero que tu amigo sea una persona. Como yo, como vos, como Trocanter o como Catón. Caso contrario, bailará el son. La rima le causó gracia a Catón, que rió con suaves carcajadas contenidas. ¡Bailará al son!, repitió. ¡Muy bueno! ¡Al son de Catón! Mostraba sus dientes manchados de tabaco. ¡Al son de Catón! Parece un blues, ¿verdad? ¿Te gusta el blues?, me preguntó. Lo miré sin saber qué hacer. Es difícil en un caso así saber cómo comportarse. Si, algo, titubeé. No es la música que más me llega. Lástima, opinó. A nosotros nos copa. La Memphis, sobre todo. ¿Quién es Trocanter?, pregunté por decir algo. Se consultaron con la mirada. ¿Trocanter?, repitió Ton. Trocanter es el poli, contestó señalándolo con la barbilla. El sargento. Se llama así. Con esa información nos quedamos

los tres en silencio. Yo comía mi hamburguesa que ya estaba fría. Me asombré de lo rápido que había perdido temperatura. Cuando la abrí, una nubecita de humo había salido del paquete para perderse en el aire, y los primeros mordiscos - recuerdo - me devolvieron la sensación de masticar cosa caliente. Y decir caliente es decir nutritivo o rico. Nadie me pregunte por qué, pero para mí fue así desde que la abuela traía el plato de sopa de verduras y lo dejaba sobre la mesa de la cocina invitando a probarlo con cuidado porque pelaba. Hoy ninguna abuela me sirve sopa y para peor de males, la hamburguesa al enfriarse tomó un gusto espantoso, por lo que con un titubeo dejó lo que restaba de ella sobre la bandeja. Ton me mira con curiosidad. ¿No hay hambre? No es eso, explico. Está helada. Horrible. Te dejaste estar, suspiró Ton. ¡Eso!, confirmó Catón. Te dejaste. Algo le dio gracia porque empezó a reírse. ¡Se dejó!, indicó a Ton. ¡Tan varón que parece y se dejó! ¿Qué está diciendo tu amigo? Nada, cortó Ton. Terminá de una vez con esa tontería, Catón. El señor puede molestarse. Pero el otro no quería saber razones. ¡Se dejó, Ton!, le recordaba. ¡Y si se deja una vez, puede dejarse otra! Yo lo miraba para ubicar donde le pondría la punta de mi botín. Acabala, insistió Ton. ¿Vos también querés darle?, preguntó Catón. Quien se deja una se deja dos, y quien dos, por qué no tres, canturreó.

Le pedí a Ton que lo contuviera un poco. Se está poniendo pesado, dije. Si sigue, creo que irá a quejarme a la gerencia. Esa pareció ser un buen argumento, ya que Ton lo sacudió de la manga y le pidió que se callara. ¡Acabala! ¿Qué te pusiste hoy encima, tarado? ¿No te das cuenta de que es un cliente? Catón barbotó algo así como que había sido una broma y volvimos al silencio, mientras yo liquidaba el contenido de mi cucurucho de papas fritas. Catón pidió permiso para comerse el resto de la hamburguesa y se lo dí. No es usual que se deje hamburguesa, puntualizó Ton mientras su compañero masticaba la mía a dos carrillos. Creo que el Manual de Procedimientos en Patio no contempla esa alternativa ni siquiera como una posibilidad, por lo que Catón está salvando

Mientras Evelio no está

un vacío normativo. Preferí no profundizar la cuestión. Mi amigo se llama Evelio, arranqué al rato por decir algo que nos distrajera. ¡Caramba con el nombre!, rió Catón. ¡Sí que es ridículo! No quise contestar. De alguna manera yo también lo creí así desde siempre. Pero que lo dijera Catón me pareció absurdo.

04.

Estuve un rato largo en silencio. Estuvimos, debería decir, ya que esos dos se quedaron conmigo, fumando mis cigarrillos mientras vigilaban a su alrededor. Se habían echado las gorras alemanas hacia atrás y a Ton le caía un mechón de pelo sobre la frente que le daba un aire casi adolescente. A su lado tenían sus palos lustrosos y yo los miraba tratando de vaciar mis pupilas. O sea, queriendo que solo reflejasen la nada, la falta de interés, de luz, de vida. Que se volvieran pozos oscuros, agujeros en medio de la cara. De esa manera, mis pensamientos podrían circular en libertad, inadvertidos. No era importante para nadie lo que pasaba por mi cabeza. Es una suerte que nadie pueda leer los pensamientos de otro. De poder hacerse, se generarían un montón de problemas y el resultado sería lamentable.

Entonces, escondo el brillo de mis pupilas haciéndolas mortecinas, cerrando los ojos hasta convertirlos en dos ranuras detrás del humo del tabaco. Permanezco así, esperando el momento en que dejen mi mesa y se repartan por los extremos del Patio de Comidas. Pero no tienen apuro y parecen estar bien donde están. Ton rompe el silencio para señalar a una chica. Dijo ¡Eh! llamándonos y cuando comprobó que lo mirábamos, levantó las cejas y apuntó el mentón hacia ella, que se desplazaba con un grupo de amigas hacia el local de Pizza y Pastas. ¡Wow!, opinó Catón. ¡Qué máquina! La chica rió en ese momento y pareció más hermosa aún. Creo que era muy joven, pero no podría asegurarlo. Hoy por hoy, todo confunde y las señales que antes servían para inferir la edad, ahora son signos falsos o insuficientes. Pero su risa era joven y la arrojaba al aire sin disimulos, y sus amigas se tentaron y empezaron también a reír. Era lindo verlas. Daban ganas de acompañarlas en la algarabía y me encontré sonriendo en la contemplación del grupo, hasta que Catón me tomó del brazo y me dijo que Evelio no llegaba y que era

Mientras Evelio no está

demasiado tiempo para estar esperándolo. Me parece que tu amigo falló, dijo con una sonrisita falluta. Si es verdaderamente cierto lo de tu amigo, agregó. Le pregunté por qué dudaba y se encogió de hombros. Uno solo conoce una pequeña parte de la verdad, dijo. Y no sé si es una pequeña parte de verdad o una pequeña parte de fantasía. Quizá tu amigo exista y está retrasado, o es un invento tuyo para explicar por qué pasás tantas horas en esta mesa. Y en una de esas no estás mintiendo, sino que creés que Evelio existe y te citó, cuando en realidad es un sueño. Una fantasía que te llena el día, acuerda consigo mismo Catón. Le da sentido, ¿verdad, amigo? ¿Qué hubieras hecho de no tener que venir a esperarlo? ¿Otra cosa? ¿Algo? ¿Nada?

Las chicas de la risa compraron tallarines al tuco y se sentaron a comer. De tanto en tanto ríen, pero no como antes. Aún así, las miro distrayéndome del discurso de Catón. Me toca el brazo. ¿Estás de acuerdo con lo que digo?, pregunta. No, me excuso. No termino de entender. Catón se ríe. No entiende, le explica a Ton. El otro asiente y con el mentón vuelve a señalar a las chicas, indistintamente. ¡Eh!, llama. ¡Wow!, coincide Catón. ¡Qué máquinas! ¿Te gustan las chicas?, me pregunta. Sí, son lindas. ¡Algo más que lindas!, se ofende Catón. ¡Son unas potras, viejo! ¿No las viste? ¿O preferís a Evelio? Se ríe de su chiste hasta que se da cuenta de que nadie lo acompaña. Disculpá, no quise ofenderte. No es nada, lo tranquilizo encendiendo otro cigarrillo. Ellos se sirven de mi paquete y prenden con mi encendedor. Cada uno hace volutas, poniendo los labios en “o” y espaciando la salida de los anillos de humo. Lo hacen al unísono, y se nota que es un número que tienen practicado. Las volutas temblequean y después de un corto ascenso, se quiebran en el aire hasta desaparecer. No digo nada. Repiten el juego y se quedan esperando un comentario o un aplauso que no llega. Insisten con sus volutas y yo con mi silencio. Tiran sus cigarrillos al piso. Los aplastan con sus botines y me miran. Sigo fumando despacio y callado. Ignoro por qué, pero la mesa se llenó de tensión. ¿Te creés vivo vos?, susurra Catón.

Niego con la cabeza. Decí, ¿te consideras un piola vos? No, contesto. Para nada. No sé por qué te ponés así. No te dije nada. No te hice nada. Catón salta enojado. ¡Sabés que no es cierto! Nos estás mintiendo, y eso nos pone mal. Le aseguro que no miento pero no me cree. Toma su palo lustroso y por debajo de la mesa me lo apoya en la entrepierna. Lo miro con alarma. ¿Qué hacés? ¡Corré eso de ahí! Catón ríe de manera desagradable. Miro a Ton y le pido que intervenga. No hace nada. Un pequeño movimiento hacia delante, canturrea Catón. Un pequeño movimiento hacia delante y tus huevos estallan como pompas de jabón. ¿Verdad que sí? Empuja un poco y la punta redondeada del bastón me roza la bolsa de los genitales. Me aplasto contra el respaldo y miro a Catón sin entender. ¿A qué viene esto?, interrogo. No estamos pintados, comienza Catón a explicarse. Cuidamos que ningún loco venga a joder. Estamos para que la gente disfrute. Que nadie le robe, la ofenda ni le eche mal aliento ni le impida comprar o gastar en lo que quiera, las veces que quiera. Todo el mundo es previsible en este lugar. La mayoría mira todo, una y otra vez. Se para delante de las vidrieras. Algunos entran en los locales y revuelven. Se prueban ropas y perfumes. Hacen muecas, hablan entre sí o compran algo. Son inofensivos, en general. Saben que todo está vigilado electrónicamente y que si esconden mercadería entre las ropas, cuando quieran salir sonará la alarma y harán un papelón. A veces hay quien lo hace, pero es de idiota o de ignorante. Aquí no vienen audaces, me sonrío. Estamos para evitarlo, puntualiza. Ton, yo y los treinta y siete que componemos la dotación de vigiladores tenemos por función impedir que entren y circulen trapaceros, violadores, pobres, manolargas, sucios, borrachos, pinguistas, arrebatadores, cuchilleros, asaltantes, descuidistas, aprovechados, marginales y otras yerbas indeseadas. Nuestra misión es echarlos, y ellos lo saben. Cuando encontramos a uno como vos, que viste como todos, que habla sin acentos raros, que tiene la piel del color de la piel de la gente, lo dejamos tranquilo. Es más, lo cuidamos. ¡Fijate lo que estoy diciendo! No solo nos ocupamos de que nadie

Mientras Evelio no está

te moleste sino que, además, te cuidamos. Hasta que te salís del libreto. En ese caso venimos a ver de qué se trata. ¿Entendés lo que quiero decir?

Le aseguro que sí, pero no parece muy convencido. No, no entendés nada, aporta Ton. Parece afligido al afirmarlo. Vos te salís del libreto, man. Por eso está Catón apuntándote a los huevos. Nadie viene a sentarse horas en el Patio de Comidas con la excusa de estar esperando un Evelio. Si fuera cierto, él tendría otro nombre y no ese ridículo, y habría llegado o te hubieras ido. No sos creíble. Y lo que no es creíble es una amenaza. Cualquier desastre colectivo que se intente aquí puede hacer naufragar una inversión millonaria. ¿Te das cuenta, verdad? Un tipo con una metralleta deja un tendal y adiós Shopping. Un tipo con un tubo de Gas Zyklón mata a mil y adiós Shopping. ¿Vas entendiendo, verdad? ¿Y cómo descubrir quien viene con una metralleta o con un tubo de gas?

Les digo que pueden quedarse tranquilos. Que soy inofensivo. Que no hago mal a nadie. Mueven la cabeza con desconsuelo. No, viejo, por ahí no va la cosa. Nadie es inofensivo. Incluso, los que se creen inofensivos pueden llegar a cagarte la vida. En Tokio unos locos dejaron una botellita con gas sarín en el subte y murieron un montón. También parecían inofensivos. ¡Y ya viste! ¡Gas Sarín! ¡Je! ¡Pavadita! Desde entonces, desconfío de los inofensivos ¿sabés? Hago una mueca que no llega a ser una sonrisa. No tengo nada que ver con los subtes de Tokio, ni con el Gas Sarín, ni con los japoneses, afirmo. No tengo nada que ver con trapaceros, violadores, pobres, manolargas, sucios, borrachos, punguistas, arrebatadores, cuchilleros, asaltantes, descuidistas, aprovechados, marginales ni las otras yerbas indeseadas que ellos tienen el deber de echar del Shopping. De mí no tienen que cuidarse, digo. Casi aseguraría que tampoco tienen que cuidarme, pero si quieren hacerlo o es su trabajo, no tengo inconveniente en que lo hagan. No deseo perjudicar a nadie, enfatizo. Estoy aquí como podría estar en un bar, si la cita hubiera sido

en un bar. Evelio existe, es mi amigo y no fui yo quien lo bautizó. No dijo un horario porque viene en auto, y existen imponderables. Evelio mismo es uno, bromeo. Pero no es para ponerse nervioso ni andar amenazando a la gente. Pueden revisar mi mochila, ofrezco. Pueden revisar mis bolsillos y comprobar que no tengo armas ni botellas de gas sarín ni de gas mostaza. Niegan con la cabeza. No pueden, se lamentan. El Reglamento hace que no puedan registrar a nadie, ni siquiera con su consentimiento. Menos aún con su consentimiento, subraya Catón. Podría ser una trampa, man. El mundo está lleno de ellas. Hay gente tramposa caminando por las calles, por las oficinas, por los cuarteles, hospitales, escuelas, fábricas, aeropuertos, universidades, guarderías, por todas partes, hasta por los túneles del subte de Tokio. Mienten, trampean, confunden. Subvierten, esa es la palabra. Entonces, son capaces de permitir que revises sus mochilas y sus bolsillos para que caigas en la trampa. Cuando los estás registrando, aparecen abogados, periodistas, escribanos, contadores, ombudsmans, suegras, monjas, carmelitas descalzas, operadores de video, psicólogos, parturientas y toda la caterva humanoide, pacifista y caritativa que va a atestiguar que se violaron los derechos humanos del mochilero a manos de unos matones autoritarios y violentos que nada respetan. ¡No, hermano!, afirmó Catón incrustándome un poco más su garrote en la entrepierna. ¡Si creíste que me ibas a tranquilizar, conseguiste lo contrario! No te voy a registrar ni a revisar, aunque me dieras permiso. Podría ser una trampa. El mundo está lleno de ellas. Ya te dije que hay gente tramposa caminando por las calles, por las oficinas, por los cuarteles, hospitales, escuelas, fábricas, aeropuertos, universidades, guarderías, por todas partes, hasta por los túneles del subte de Tokio caminan.

Les sugiero que llamen a Roberto para que sea él quien revise la mochila. No les gustó. Roberto está con los patronos, señaló Ton. Su misión es vender hamburguesas y gaseosas, y no le importa otra cosa. Si llega a saber que estamos tratando de evitar una catástrofe mediante la

Mientras Evelio no está

pesquisa aguda y el interrogatorio frontal, puede considerar que le estamos ahuyentando un cliente. Puede suponer que somos agentes provocadores pagados por el del local de Sushi, o por el de los tacos mejicanos, y hacer un escándalo que nos cueste el puesto. ¿Te das cuenta, verdad?

Le digo que sí, que empiezo a entenderlos. Por primera vez sonríen y Catón afloja la presión del garrote. Les propongo que llamemos al sargento Trocanter y que sea él quien revise mi mochila. La policía puede registrar a cualquiera, les explico. Llámenlo y que lo haga, así se quedan tranquilos. Niegan. ¡Canas jamás!, se encrespa Ton. ¿Qué estás diciendo, tarado? Todo el tiempo están tirándose contra nosotros, diciéndole al Administrador que no servimos para nada, que no tenemos profesionalidad ni operatividad. Con esos antecedentes ¿vamos a pedirle que haga algo porque no podemos? Sería lo último que hiciéramos. Nuestro jefe nos pegaría tal patada en el culo que terminaríamos proyectados al espacio. ¡Ni locos! ¡Olvidate de Trocanter!

Me ilusiono con que entonces creerán en mi palabra. Pero Catón opina que ante la incertidumbre, lo más seguro será proceder. Si te aporreó y te tiro a la basura me puedo equivocar, pero el error solo te afectará a vos. En cambio, si sos un emboscado que dañás el Shopping, mi error afectará a la empresa, a los paseantes, a mis compañeros y a mí. Creo que hay motivos racionales, lógicos y de sentido común que indican que te debo moler a palos. Tratando de evitarlo, salgo de mi asiento y corro hacia las cajas. Roberto me mira sorprendido. ¿Qué pasa?, preguntó justo cuando Ton y Catón se ponían a mi lado. Nada, charlaba con los amigos y me entró hambre, dije. Los dos sonrieron y aproveché para pedir otro combo. Cuando volví a la mesa, abrí mi mochila y la dejé bien a la vista. Los vigiladores se acercaron como si culminaran una ronda casual. ¡Astuto!, elogió Ton. Le pedí que me dejara en paz. Mirá en la mochila y anda a laburar, le dije. Si no, avisaré a Roberto que están

molestando a un cliente y le pediré a Trocanter que ponga orden. No nos gustan los pícaros y vos lo sos, señaló Ton apuntándome con su garrote. En algún momento tendrás que irte o habrá que echarte. Con tu amigo o con mi ayuda, en cuyo caso saldrás entero o en partes, según resulte finalmente. Eso te lo prometo, dijo muy serio. Le pedí que no jodiera. Dejé fluir la vida, viejo. Me iré cuando quiera o cuando deba. Acordate de que soy un cliente. Catón espionó mi mochila con curiosidad. ¿Y ese libro?, preguntó al verlo. Una novela, expliqué. Evelio me anticipó que podía tardar y la traje para entretenerme en la espera. Hizo una mueca de incredulidad. ¿Entretenerte leyendo? Estás loco. O enfermo. ¡Debe ser eso, una enfermedad!, le explicó a Ton. Se entretiene leyendo ¿podés creerlo? El otro rió. Quedan tipos así, reconoció. Sonrieron con burla y saludándome con una venia, se alejaron.

05.

A mi alrededor continúan los jolgorios bobos, las conversaciones inaudibles, la ingesta de papas fritas, los sorbidos de gaseosas y las masticaciones de hamburguesas, mientras la contundencia del número ahoga la filigrana del detalle. Todo es demasiado grande en este Patio y ese tamaño me abruma. De los locales salen bandejas con platos, vasos y tazas cargadas de comida, de bebidas y de tickets, envueltas en un tufillo a frito y a asado que los purificadores alivian. Sus contenidos han dejado de ser alimentos para volverse mercaderías que se vuelcan sobre las mesas o son introducidas con los dedos o con tenedores descartables en el interior de los clientes, tan descartables como aquellos. Las bandejas de mercaderías, entonces, son desparramadas por la geografía del Patio por jóvenes uniformados de distintas maneras, con gorros con orejas de ratón, con delantales alpinos o con polleras multicolores cuya textura asocia con la imagen de una Centroamérica sin centroamericanos. En ese ir y venir de alimentos y bebidas los ruidos se amortiguan, minimizándose a fuerza de volverse universal. Se trocan en inexistentes pese a su estruendo. Es tan indisimulable ese bochinche que, por su misma magnitud, se potencia hasta desaparecer en las alturas catedralicias de los techos cupulares del Shopping. Y la gente come su mercadería, sin prestar demasiada atención a lo que está haciendo ni a lo que se está metiendo en el cuerpo. Se inclina sobre sus bandejas como lo haría un copista de biblias sobre su pupitre; deja caer las salsas en los platos descartables, bebe a grandes sorbos sus gaseosas de sus vasos parafinados y se mira. Los estudiantes ríen con muecas, hablan en sus jergas tribales que no termino de escuchar y que, cuando las oigo, no llego a entenderlas o cuando creo entenderlas, quedo adherido a su literalidad sospechando que su sentido es otro, que me resulta inasible por misterioso y ajeno, ya que ese dialecto - parecido a la fonética de mi propio idioma - fue concebido para ser inentendible a tipos como yo. Cumple con su

objetivo a medias, pero es lo que sucede con todas las cosas. Me asombra mi bajo grado de exigencia, que es más fruto del cansancio que néctar de la sabiduría. Aquí nadie es sabio. A diferencia de otrora, a nadie le interesa serlo. A nadie, tampoco, se le ocurriría usar la palabra “*otrora*”, que huele a alcanfor, a sebo de vela, a sótanos húmedos de casas antiguas con mateos en la puerta. . Me asombra advertir que hay cosas que para mí constituyen un recuerdo infantil y para otros, en cambio, no existen. Pertenecen a un mundo que no es el de ellos y que no pueden ni les interesa imaginar Me consuelo pensando que eso, quizá, constituye un avance. No me convenzo pero tampoco me carcome la duda. Ignoro todo y en ese desconocimiento cifro mi paz. Hubo un tiempo en que no era así. La curiosidad me hacía ansioso y tenía hambre de conocer. Toda esa compulsión hoy ha quedado atrás.

Me asombra haber nombrado la infancia. Suena a la invocación de un territorio hundido que, sin embargo, sigue próximo. No me gustaba ser chico y tenía tanta urgencia por crecer que perdí el disfrute de ese tiempo. Me sorprende escuchar diciéndome esto. Nunca antes le había puesto palabras a esa lastimadura. Enciendo un cigarrillo y quedo pendiente del humo, convocando la sensación de esa infancia. La encuentro en un frío que me muerde el pecho. Ella, mi infancia, transcurrió en una serie de habitaciones cargadas de muebles crujientes, de techos altos, de paredes empapeladas. Una daba a la otra y se sucedían como cajas chinas que fui recorriendo de mil maneras a lo largo de los años. Arañas de bronce cargadas de lágrimas de cristal, con lámparas que imitaban llamas de velas. En algún lugar de la casa había una radio enorme con forma de capilla y frente entelado, con un ojo verde que se encendía a la Hora de Toddy o del León de Francia. Malvones en las macetas y una parra trepando por una pérgola de fierro oxidado. Una pelota de goma de rayas rojas y blancas. El yoyó de madera. Las figuritas Maravilla. Mi triciclo Halcón. El revólver Pantera a cebita. Los chicles Plop. Son fotos que pasan mientras el humo me perfora la garganta.

No sé para qué sirve esta memoria idiota. Sospecho que es otra forma de nombrar la ausencia de mi padre. Su foto, con crespón negro, colgaba de la pared del dormitorio de mi madre, como cuidando el tálamo. Murió cuando eras un recién nacido, contaba ella. Nunca me animé a preguntar si me había querido. Quizá no tuvo tiempo. En una de esas, murió antes de poder hacerlo, me decía. Me era preferible, en aquel momento, mantener la incertidumbre alimentándola de silencio. Cuando mi madre y yo íbamos al mercado, sentía la mirada del vecindario compadeciendo mi orfandad. En algún lugar, tenía orgullo de la inmensidad singular de mi tragedia. Volvíamos cargando las bolsas con la compra del día, entrábamos en casa, atravesábamos la hilera de piezas hasta la cocina, y allí descargábamos las provisiones y los ojos del vecindario. Hasta que un día en el patio del colegio, durante un recreo, alguien gritó que si yo era huérfano, él era Isabel La Católica. Que mi padre había escapado por ser un chorro y que nosotros decíamos que estaba muerto para cubrirlo o para disimular. Y no dijo más. Se armó un silencio de plomo que rompí con un alarido de rabia mientras me abalanzaba sobre Isabel La Católica pegándole hasta que nos separaron justo cuando estaba mordiéndole una oreja. La maestra llamó al director a quien di mi versión huérfana. El señor Caputo citó a mi madre para el día siguiente. Ignoro de qué hablaron, pero después ella me pidió que no pelease nunca más. Se lo prometí, y fue uno de mis primeros juramentos incumplidos. Allí perdí el orgullo del huérfano temprano y me dije que la mirada de los vecinos, en realidad, debía decir otras cosas que, por ignorancia, soberbia y estupidez, no había sabido leer. Trato de observar alrededor con una mirada similar a aquella que imaginaba de los vecinos de entonces, pero no me sale. Ayuda a este fracaso el hecho de que los que me rodean aquí no son ni serán mis vecinos. Estos son nadie, borroneados en el número. No me interesa verlos. Estoy tan ausente de todo que no me ha quedado espacio para la compasión.

En mi infancia, cuando tenía vecinos, el barrendero recolectaba

la bosta de los caballos, las hojas de los plátanos y toda la basura chica del barrio en su carretilla, que descargaba quién sabe donde. Las piezas de la casa seguían oscuras y la radio encendía su ojo verde a las seis de la tarde, para escuchar a Tarzán, que era seguido por el León de Francia, Poncho Negro y los malevos de Juan Carlos Chiappe. Los días transcurrían con esa rutina que, cuando la recordé en una ocasión cualquiera, Evelio la había caratulado de aplastada. ¿Qué hay para extrañar de ese pasado? ¿De todos los pasados? ¿De qué estaban hechos sino de sueldos de mierda, de trabajos ínfimos o infames, de empleos mal pagados, de patrones soberbios, de la eterna repetición de rutinas?, tronó por encima de su copa de ginebra. ¿Ese es un pasado recordable? ¿O es un destino del que hay que desprenderse con vergüenza? ¿De qué hablamos?, interrogó con el énfasis de quien no espera respuesta. Hablamos de fabricar la misma pieza miles de veces durante horas, de envolver millones de paquetes, de coser miles de corpiños, de hacer ojales, sobres, etiquetas o quesos por cientos, de vaciar pescados, pollos, vacas o conejos hasta no poder verlos, de hartarte de ajustar tuercas y máquinas, de sellar papelitos, de archivar boletas, de escribir facturas, de envasar conservas hasta la invalidez o la enfermedad o la jubilación. De todo eso hablamos cuando decimos pasado, escupía con desprecio. Y mientras transcurrimos en esas rutinas mansas, comemos, procreamos y dormimos para volver al día siguiente al lugar del crimen como si fuésemos los asesinos, cuando en realidad somos las víctimas. me gritó como si yo fuera el culpable. Y en el medio, nos vendieron al kilo vivo y nos endeudaron por milenios. Nos traicionaron mil veces y volvimos otras tantas para ser embaucados de nuevo. ¿Qué queda para recordar, querés decirme? Tratando de ganarnos la vida, la perdemos en una rutina de aplastamiento, decía. A lo que le contestaba que de todo lo que llevo vivido, lo que rescato está en mi pasado, ya que mi presente es terrible. Además de mis derrotas, allá están mis mejores intenciones, decía nombrando al pasado como si fuese un lugar geográfico. ¡Un ensueño!, me

contradecía. ¡Espejismos!

A la distancia, recuerdo las banderas y los carteles rojinegros ondeando al viento, el tronar de los bombos y de los redoblantes y el griterío de las consignas sobrevolando las cabezas. Los cuerpos se apretaban en la Plaza, nos arracimábamos en grupitos de compañeros y desde allí participábamos del acto, que además de sus contenidos políticos, parecía estar envuelto en erotismo. Mirábamos todos los que éramos, y la magnitud del número nos traía la seguridad del triunfo. ¡Si seríamos estúpidos! Pero éramos tantos y nos veíamos tan hermosos que nos embobábamos con nuestra propia contemplación. El número nos daba una certeza injustificada de la legitimidad de nuestra acción. Allí, adentro de ese mar de iguales, éramos fuertes, letales e insolentes. Casi eternos. Podría haber sido todo un espejismo. Allí, entonces, lo que importaba no era tener la razón sino estar juntos, casi en comunión, creídos que en el camino encontraríamos la razón y el poder. Quien conozca lo que pasó sabe de sobra que no pudimos llegar muy lejos. Apenas dejamos de serles útiles a los que nos usaron, el poder nos mostró sus dientes y sobrevino la derrota. ¿A qué rememorar, entonces, una historia que termina en su fracaso? Precisamente porque su magia consiste en que no pudo crecer. Jamás salió del folclore de las marchas y las banderas, las de clandestinidades y citas oscuras. Esa loca aventura se perdió entre tiroteos, secuestros y masacres. Pareciera que nuestro mayor mérito fue aportar cuerpos para la matanza y espíritus para la resignación. Hoy, cuando me entero de algún compañero de esa época ocupando puestos oficiales o asesorando empresas, gobiernos o banqueros, me digo que aquello fue un sueño que vale sólo porque se volvió mito. Los testigos son, en realidad, parte interesada; ya sea por formar con los victimarios, con sus cómplices, por haber sido sus víctimas o por revistar con la indiferencia; de donde no existe demasiado interés en conocer los hechos ni en atestiguar los actos. La sangre, el hastío y la miseria nos permiten creer y hacer creer que hubo oro allí donde exis-

tieron los brillos del estruendo. Hay quien dice que hubo jefes que eran, en realidad, empleados del adversario. Otros, unos ingenuos. Pasados los años que pasaron, aún nadie esbozó en voz alta una explicación a lo sucedido. Nadie sabe quien fue realmente Perón o cuales fueron sus intenciones. A nadie le importa demasiado saberlo. Hay treinta mil desaparecidos que cimentan con sus huesos rotos el mito que nos cobija. Sus muertes nos mejoran y hacen creer que hubo muertos por la Patria. Pude estar entre ellos, pero sobreviví sin que en eso hubiera habido mérito alguno, ya que fue el resultado de rutinas. Queda el dolor como única posibilidad de explicar la derrota o de lavar la vergüenza. No tengo demasiadas más cosas que ofrecer ni mostrar, pero me queda el orgullo idiota de haber estado.

Usted describe desde el ojo hipotético de la historia, reproché a Evelio. Mi visión personal es más chiquita. En mi pasado está mi enamoramiento con la épica y con la pelea, contrastando con este presente de jaula. En aquellos tiempos, me sentía que mi vida tenía un sentido trascendente. Ahí está lo que hoy no tengo. ¡Macanas!, descartó él. ¡Literaturas! ¡Son palabras!. Dije que sí. Eran palabras. Pero también las consignas se forman con palabras. ¿Por qué habría de despreciarlas por eso?

Evelio decía que eran paparruchadas. ¡Palabras paparruchas!, escupió. En el fondo, somos más tontos y miserables de lo que creemos ocultar. No nos animamos a enfrentar una versión que no sea heroica, por miedo de que resulte cierta. Preferimos vivir celebrando un pasado de fábulas y espejismos. Aunque digamos lo contrario, en el fondo también alimentamos la idea de que existió una guerra allí donde solo hubo cacería, de la que fuimos las presas a cobrar. Porque una guerra significa combates y batallas, generales y soldados. Nada que ver con el barro miserable por el que nos arrastramos. ¡Los fusiles de Perón! ¡Nunca existieron! Ni como fusiles ni como de Perón. Pero nadie lo dirá, y entre todos seguiremos mintiéndonos. Por eso nos aferramos a sostener una

gloria que no existió. Si fuéramos capaces de buscar la verdad, quizás sólo encontraríamos pena y piedad por nosotros mismos. Será por eso que nadie quiere hacerlo. Nos asustan el recuerdo de los muertos, el dolor de los desaparecidos, la vergüenza de los sobrevivientes y las palabras que pueden calificar lo pasado como algo no glorioso sino terrible, dijo. Sobre todo, insistió, nos asustan las palabras que indiquen que hemos sido engañados, y que hemos engañado también. Nos asustan las palabras.

Ahí coincidí con él. A mí siempre me pesaron las palabras como si fueran piedras. Precisamente por las palabras que Isabel La Católica gritó en aquel recreo en que dijo que mi padre no había muerto sino que estaba fugado por ladrón, fue que quise crecer cuanto antes y salir de casa, aunque fuese para que me aplastara el mundo. Isabel La Católica no dijo ladrón. Chorro. Tu viejo, un chorro escapado con la plata de la empresa donde trabajaba. Que en su huida, abandonó a su familia. A vos y a tu mamá. Isabel La Católica lo sabía por su tío. Que sabía como se sabía entonces casi todo sobre la vida de los vecinos, ya que no había televisión y el tiempo tenía otra forma más morosa, más detenida y por eso más terrible de transcurrir. Cuando Isabel La Católica dijo lo que dijo, fue como si hubiera abierto una herida en alguna parte de mí que comenzó a sangrar y me asusté al igual que Isabel La C. que - apenas nos separaron - corrió espantado del desastre que había hecho. Me quedé en el patio de la escuela, inmóvil, diciéndome que ese hijo de puta no había dicho lo que dijo y que era mentira, dado que mi padre estaba muerto y bien muerto y por eso mi madre había colocado un crespón negro sobre su retrato del dormitorio. Por algún costado, sin embargo, supe que era cierto. No me pregunten por qué ni de donde saqué esa certeza, pero por alguna razón o por una intuición más de aquellas que no me fallan, supe que lo que había dicho Isabel La C. era cierto y que ese señor orlado de luto que me miraba desde su marco no había muerto. En aquel momento, si me hubieran preguntado qué prefería, habría contestado que

me era mejor muerto que huido. Después cambié de opinión, pero fue más tarde. La primera sensación fue de estafa. A mí. Él me había estafado al irse y mi madre había vuelto a estafarme al ocultarlo.

Cuando volví a casa, mi cara debía reflejar todo eso. Mi madre preguntó qué había sucedido y la miré desde abajo, desde mi perspectiva de chico, y le dije que me había enterado de que mi padre era un ladrón, que estaba vivo y fugado. No dije prófugo, ya que en aquellos tiempos la palabra prófugo estaba reservada para Perón, que era el tirano prófugo, por lo que para ser prófugo había que haber sido primero tirano y luego depuesto como condición necesaria, ya que si se era tirano en ejercicio, no se era ni prófugo ni depuesto y tampoco tirano, sino excelentísimo-señor-presidente o primer-trabajador o abanderado-de-la-nación o portaestandarte-de-la-soberanía o báculo-señero-de-la-sabiduría. Miré a mi madre a los ojos y le dije que sabía todo. ¡Presunción de renacuajo! Le reproché el engaño, jurando que mi perdón nunca llegaría. Quiso responder pero no la dejé hablar. Le recordé sus cuentos sobre mi padre para terminar diciendo que era tan estafadora como él. Me dio vuelta la cara de un cachetazo. Corrí a encerrarme en mi cuarto. No me siguió. Se quedó quieta, mirándome ir en llanto. Quedó inmóvil, de pie en medio de la cocina, viendo como me refugiaba en mi dormitorio maldiciendo la vida que me había dado. Permanecí aguardándola, pero no vino. En lo que restó de la tarde, la pasó haciendo trabajos en la casa y cuando oscureció la oí cerrar los postigos, asegurar la puerta de entrada con la tranca de hierro y dirigirse a su cuarto. El ruido del agua en el baño anticipó su descanso. Se hizo el silencio y seguí esperando inútilmente que viniera a salvarme hasta que el sueño terminó tumbándome sobre la cama. Al día siguiente me sirvió el desayuno, me preparó tostadas y me despachó al colegio con un beso. El único cambio fue la desaparición del retrato de mi padre, lo que me hizo suponer que lo había ejecutado de alguna forma. No pregunté por él. La marca del retrato quedó en el empapelado. Hasta que vinieron pintores, la dife-

Mientras Evelio no está

rencia de tonos sobre el papel listado fue la única señal de su existencia. Luego, la nada. Y cuando digo la nada, me refiero al silencio y al vacío. Miraba a mi madre y encontraba su silencio y detrás de él, el vacío. Una mirada ausente que se hacía lejana si aparecía alguna pregunta sobre el pasado. No lo teníamos. No existía ninguno que no fuera el que conocía y que de tan cotidiano y estrecho, no tenía secretos ni ausencias ni omisiones; lo que lo volvía inverosímil. Supongo que ella sufría por ese pasado. Pero recordando el pedazo que me pertenecía y me escondió, resultó difícil hacerle sitio a la piedad. Cuando se lo hice, no sirvió para alivio.

Durante años traté de imaginar cómo hubiera sido mi vida de haberlo conocido, y resultó imposible. No tenía registro de su figura, no recordaba su voz ni el ruido de sus pasos haciendo crujir la pinotea del piso. Nada. Era una imagen sin sustancia. Solo la foto sepiada de un solemne señor de corbata, sombrero y bigote, que desapareció apenas supe la impostura de su muerte. Sirvió como símbolo de padre, pero lo que rodea a esa condición fue un hueco. En algún momento encaré a uno de los hermanos de mamá preguntándole por mi viejo y no supo qué contar. Era alto y buen mozo y usaba trajes con chaleco. Trabajó en seguros y llegó a ser capo de una Compañía a la que terminó robando y tuvo de escapar. A los Estados Unidos. Eso se dijo, dijo mi tío José. Días más tarde se fue su secretaria. A los Estados Unidos también, por lo que supusimos que huían juntos. Y cómo la empresa no hizo ninguna denuncia policial, mi tío sospechaba que lo del robo pudo haber sido un invento de mi vieja para justificar la huida de su marido. Date cuenta que la plantó con un hijo y por otra mujer. Eso debió ser peor que si hubiese huido por un robo, explicó. Cuando consulté esta versión con mi tío Ramón, se esfumó. No te hagas ningún tango, recomendó. Tu abuelo, en paz descanse, el padre de tu viejo, tapó el escándalo comprometiéndose a pagar lo que aquel atorrante afanó. Vendió la casa y después el negocio, y el agujero debió haber sido grande porque todo eso no resul-

tó suficiente y siguió pagando durante años, hasta que el cansancio y la inflación hicieron que la diese por cumplida. Pero le cagó la vida y murió de amargura, contó mi tío. Cuando lo hubo dicho, me revolvió la pelambre y me recomendó que olvidara esa historia porque era la de un mal tipo que, al ser mi viejo, me haría arder las tripas. Mi tío Ramón estuvo en lo cierto, pero la curiosidad era más fuerte que la promesa de dolores. Además, la ignorancia era también una desgracia con la que había que terminar. Con el tiempo y los golpes se aprende a no ser curioso, pero entonces no lo sabía.

Mientras divago alrededor de estos viejos asuntos, como los llama mi vieja, Ton y Catón pasan en una nueva ronda. Me buscan los ojos y sonríen con aire de lobos. Les devuelvo el saludo con una inclinación de cabeza y alzo mi vaso de gaseosa para acreditar la vigencia de mi condición de cliente. Me digo que si Evelio sigue demorándose, deberé comprar algo que actualice mi condición de tal. Una hamburguesa o un cartucho de papas fritas o un vaso de gaseosa. Siempre hará falta proveerse de algo para transitar sin problemas y siempre habrá un Catón o un Ton dispuesto a cuidarte tanto como a molerte los huesos, indistintamente y con idéntica pasión.

Lo que más me había molestado de Isabel La C. fue la calificación de ladrón endilgada a mi padre. Me sonó ofensiva porque en esa época creía que robar era tanto un pecado como un delito. Mi tío Ramón aclaró mi confusión. Tu viejo no fue mal tipo por ladrón, sino porque fue incapaz de robar para otros, me dijo una vuelta con aire serio. No afaná para comer, ni para vos ni para tu vieja, sino que robó para gastárselo en embelecocos y en putas. Y le cagó la vida a los que estaban a su alrededor. Por eso murió cuando eligió morir para ustedes. ¿O te buscó? ¿Intentó ubicarte durante este tiempo? ¿Te llamó para algún cumpleaños? ¿Te mandó una postal, dos líneas, algo? Nada de nada. Alguna razón llevaba mi tío, pero no me convencía. ¿Quién era la secretaria con la que se escapó?, le pregunté una vuelta. Ni idea, contestó. Supon-

Mientras Evelio no está

go que una pibita que se deslumbró con el verso de tu viejo, que tenía buen porte para darse dique. Escuché que había vuelto después de algunos años, sola, lo que indica que lo largó. Pero no podría decir más. Ni el nombre. ¿La compañía de seguros? No existe más. Fundió o estafó, o estafó y fundió tiempo después. Se llamaba algo así como La Cordillera o La Cordillerana, algo con montañas. Nadie recordaba el nombre de la empresa que desvalijó mi viejo. O nadie quiso decirlo. Cuando veía en los viejos noticieros de “Sucesos Argentinos” a hombres con sobretodos largos y con sombreros, imaginaba que mi padre sería como ellos y tendría la voz del relator del informativo, semejante a un clarín cuartelero. De grande, escribí varias veces al Departamento de Inmigración de los Estados Unidos preguntando si de sus registros no surgía el ingreso del viejo. Consignaba su nombre, procedencia y la época en que podría haber entrado allí. Mientras les escribí en castellano nunca me respondieron, hasta que les envié el texto en inglés, traducido por una amiga. Al año se disculparon con una carta donde decían no poder darme la información, ya que los datos eran vagos y el nombre, muy común. Me pidieron las fechas de nacimiento y de inmigración, identidad de los padres, pasaporte, medio empleado y tantos otros requisitos imposibles de cumplir, que desistí. Evelio me llevó más tarde a la Superintendencia de Seguros, para tratar de ubicar una compañía con nombre de montaña o que tuviera relación con ellas o algo parecido. En esas condiciones había cincuenta y ocho, de las cuales treinta y dos ya no existían. Seguí el rastreo en el Registro Público de Comercio. Era una oficina marrón, de paredes ocre, con bibliotecas que llegaban hasta el cielorraso, cargadas de expedientes carcomidos por los años. Atendían al público unas personas viejas y amarillas como los papeles que custodiaban. De una de ellas que me hice amigo. La señora Margarita me tomó cariño cuando le expliqué para qué andaba revolviendo esos papeles y decidió ayudarme. Me pidió el listado y fue juntando los legajos, que me exhibía uno a uno. Nunca supe qué esperaba de esa búsqueda. Bostezaba

leyendo viejos estatutos, algunos de empresas ya desaparecidas, lo que convertía la tarea en algo parecido a jugar con huesos de muertos en un osario. Leía los nombres: Everest, Aconquija, La Montaña, Himalaya, Uritorco, Pamir, Ararat, La Cumbreña, Athos y tantos otros, y consultaba fechas, direcciones, listados de accionistas, directores, apoderados y gerentes, hasta concluir que era inútil. Contribuyó a este resultado el hecho de que las ratas habían dado cuenta de varios legajos y otros habían sucumbido al inundarse el archivo años atrás. La señora Margarita, que además de saber de expedientes tenía alguna noción del pasado, me recomendó cesar esa búsqueda. Las únicas historias que tenía sentido rescatar eran aquellas que, de tan viejas, podían contarse a gusto y medida sin que nadie contradijera su adaptación, me dijo. Andá a la tele. A esos programas donde se cuentan historias de vida. En una de esas, la noticia le llega a tu viejo, se conmueve y te busca. Cuando los sapos tengan pelo, había dictaminado Romina con su habitual sentido de la realidad. Al escucharla, la hubiese matado, pero tenía razón. Abandoné la búsqueda y lo di por muerto definitivamente.

Por moverme un poco y para actualizar mi calidad de cliente activo, opté por regalarme un sandwich de lomito con un porrón de cerveza en el local lindero a la hamburguesería. Me atendió una gordita con quien no me entendí fácil, dado que hablaba en una jergonza incomprendible, que arrojó como resultado que terminase comprándole un combo de alimentos que no quería, compuesto de un huevo frito (egpres), tres rodajas de tomate (tomatorings), el consabido cartucho de papas fritas o de fritis según la gorda y por último, el lomito, que había sido el único objeto de mi deseo. Volví a mi mesa después de pagar por ese combo lo que no valía y con un suspiro resignado comencé a comerme las fritis, los tomatoring y el lomito. Mientras masticaba lentamente, decidí que el egpres lo dejaría intocado para ratificar que seguía siendo un hombre libre.

06.

El combo tenía un gusto espantoso y lo dejé casi intacto, quedándome con el ticket y la bebida. Estuve un rato mirando con odio el mostrador donde vendían las fritis, los egpres, los tomatoring y el corned-barbecú, que era el nombre con el que promocionaban ese pedazo de zapato viejo que me dieron por lomito en un pan regado con ketchup para enmascarar su gusto a mierda. Así estuve un rato, hasta que observé que la gordita salía con una bandeja y un trapo rejilla y comenzaba a limpiar las mesas. Cuando estuvo lo bastante cerca para escucharme, opiné en voz alta que debía estar borrando las huellas del delito y al preguntarme por qué, contesté que por lo espantoso de la comida. Deberían clausurarte el boliche o hacerte comer tu mercadería hasta que reventes. Tuve miedo de haber estado grosero, pero rió tapándose la boca con su mano regordeta. Tenía un buen lomo, mucho mejor que el corned-barbecú que vendía impunemente. No sé dónde está la gracia, protesté. Me cobraste una fortuna por un montón de chatarra incomible. Cuando terminó de reír se secó las lágrimas y dijo con voz de muñeca que la gracia estaba en mi cara. ¡Está muy enojadito usted!, declaró. No pude evitar una carcajada que volatilizó mi rabia. La invité con una cerveza, pero dijo que en ese momento, no. Que salía del trabajo en unas horas y si todavía estaba para entonces, dejó abierta la frase y volvió a reír. Lo probable es que me haya ido, anticipé. Estoy esperando a un amigo. Si está, nos veremos, prometió en un gorjeo mientras se alejaba moviendo el traste, sabiendo que la miraba. Me dije que si Romina llegaba a oír de estos floreos me despellejaba sin anestesia.

Vi a Trocanter tomándose una tequila en el local de tacos mexicanos. Me miró por encima de su copita y murmuró algo a la moza que lo atendía. Estaba demasiado lejos para oírle y mucho menos para entender lo que decía, pero era evidente que hablaba de mí. Tomó su licor de

Mientras Evelio no está

un solo trago, a fondo blanco, como dice Evelio cuando quiere dárse las de play-boy, se secó los labios con la mano y, ajustándose el cinturón, comenzó otra de sus rondas. Al verlo de costado aprecié la magnitud de su abdomen, y me dije que era poderoso solo porque representaba a la ley, que le daba la posibilidad de ejercitar una violencia sin castigo. Su peligrosidad y su lugar institucional se reflejaban en su uniforme, en su revólver, en su garrote y en la impunidad otorgada por ese conjunto de elementos, y no en su personalidad ni en el mondonguero que le desbordaba el cinto. Me desentendí de él y tras un bostezo, tomando una servilleta de papel empecé a garabatearla con un roller. Confieso que para el dibujo artístico no soy muy bueno. Haciendo rectas, planos o diseños técnicos me desenvuelvo mejor que bocetando un rostro o un cuerpo. Pero como tenía tiempo, traté de dibujar personas, animales, árboles, cualquier cosa que no fuese un plano o una serie inacabable de guardas incaicas. Estaba en eso cuando apareció Trocanter detrás mío y se quedó mirando mi obra. No podría decir cuánto tiempo estuvo quieto, dado que no lo veía. Me di cuenta de su presencia por intuición. En un momento, sentí encima de mi hombro la cercanía de un cuerpo, su campo energético, como diría Romina. Cuando giré, me encontré con su cara ancha y colorada que, observando mis garabatos, preguntaba por su sentido. En realidad, hago tiempo, dije. Estoy esperando a una persona que tarda demasiado, y mato los minutos con estas tonterías. Se sentó frente a mí. Tomó las servilletas y preguntó si me era habitual hacer esas cosas. Algunas veces, dije con cautela. ¿Siempre este tipo de dibujo? No, lo más usual para mí es dibujar planos de obras. Construcciones. Trabajé muchos años en eso. Pero cuando dibujo para entretenerme, hago figuras y cuando me canso, sigo con las guardas incaicas. También las hago egipcias. Quiso saber la diferencia entre una y otra y no supe explicársela, lo que no le gustó. Arrugó la nariz antes de seguir preguntando: ¿Entonces cómo distingue una guarda egipcia de una incaica? Intuición, sargento. Para mí, una guarda egipcia tiene curvas o figuras

que se repiten, mientras que las incaicas son líneas que forman figuras geométricas con ángulos rectos que se repiten. Observó mis dibujos y los consideró unos garabatos bastante comunes. Afirmé que era lógico que los encontrase conocidos, ya que hay elementos del dibujo que se reiteran sin que nadie pueda explicar porqué, pero están hasta en las obras de los grandes artistas. Me miró con desconfianza. ¿A qué se refiere? A modalidades. Constantes. No sé cómo llamarlas, pero se dan siempre. ¿Por ejemplo? Las pulgas, señalé. Siempre se dibujan más grandes de lo que son, mientras que otros bichos, como por ejemplo los hipopótamos, los caballos o los elefantes, aunque también los tapires, los tigres, los osos hormigueros, los gatos y los perros, se dibujan mucho más pequeños. Eso se da siempre. Cuando terminé mi parrafada me sentí un imbécil. Sonreí poniendo cara de circunstancia.

Trocanter pareció meditar un par de segundos y su conclusión no debió ser la mejor. Se levantó con brusquedad y pasando al tuteo me acusó de tomarlo de pelotudo. Quise hacerle un chiste, confesé mostrándole los dientes en lo que trató de seguir siendo una sonrisa. Lamento si no le causó gracia. A veces funciona. Opinó que entre idiotas como yo, esa salida debía causar mucha gracia. Consideré que el comentario probaba cierto aflojamiento de su enojo más que hostilidad, y preferí no hacer otra observación. Comenzó a dar vueltas a mí alrededor. ¿Qué estás haciendo aquí?, quiso saber. Antes de que volviese a contar de Evelio, me paró. No me interesa la historia que le contaste a esos dos payasos, avisó. Quiero la verdad. Era esa, protesté. Se trataba de la única que podía contar y si no me creía, no podía cambiarla. Me pidió mi documento de identidad y lo revisó comparando la foto con mi cara. Envejeciste desde entonces, afirmó al devolvérmelo. Cinco o seis años, puntualicé. No. Esos son los que pasaron desde el trámite. El envejecimiento del que hablo tiene que ver con el cansancio y es mayor. Me extraña que un policía se diera cuenta de ese detalle, opiné. Parecía más el comentario de un psicólogo. Confesó que había sacado la frase de

Mientras Evelio no está

una revista de autoayuda de la Superintendencia de Relaciones Públicas de su repartición. Usarla humaniza nuestro trabajo. La gente se relaja y conversa con más soltura, sin tantos prejuicios en contra del uniforme. Dije que eso estaba muy bien y demostraba una modernización de la institución. Estuvo de acuerdo. También nos dan consejos sobre como vivir mejor, contó. Si los pudiera seguir, mi vida mejoraría, pero no tengo tiempo. Estoy aquí seis horas como policía adicional. Para mí es mejor, porque me las pagan como extras. Pero después tomo servicio. Son ocho horas corridas, que se vuelven eternas. Calculá: seis más ocho, catorce, más otras dos de viajes, dieciséis. Llego a casa, hablo con mi mujer y con los chicos, ceno algo y a dormir. ¿qué mejoramiento de vida puedo hacer, querés decirme? Tendría que largar el servicio adicional, pero necesito esas extras. Si no, el sueldo no alcanza. Y eso que uno tiene rebusques. La comida, por ejemplo. O los viajes. Jamás pago un colectivo o un subte, y esos son ahorros. A fin de mes, todo suma, me instruyó. Asentí con un movimiento de cabeza y repetí con voz hueca que todo sumaba. Lo dije y fue como si la frase le hubiera provocado resonancias desconocidas. Borró su sonrisa, endureció su cara y su mirada y se quedó inmóvil un instante, del que salió diciendo que no lo convenía. Hay algo en vos que no cierra. Haré que te lleven a la comisaría, anunció llevándose la mano hacia el handi. Le pedí que no se equivocara. Era lo que decía ser, y además era un cliente repetido. Acabo de comerme un corned-barbecú, expliqué alzando el ticket que acreditaba el consumo. Tengo derecho a no ser molestado. Estar esperando a una persona no puede ser sospechoso para nadie. Tengo documentos. Estoy limpio, afeitado y no huelo mal. ¿Cuál es su problema, sargento? Hasta tengo tarjeta de crédito, reforcé mostrándosela.

La visión del plástico pareció calmarlo un poco, aunque no lo suficiente. No es usual que alguien esté quieto, ni es bueno que alguien lo esté, enfatizó. Este lugar está hecho para que todo tenga movimiento. Entrás al cine, ves una película y te vas. Comés algo y te vas al cine

o a mirar vidrieras. Mirás vidrieras, comprás algo y te vas. O comés. O te metés en el cine y después te vas. Siempre estás yendo o viniendo. Nunca estás quieto. Está mal quedarse quieto. Todo aquel que se queda sentado, sin hacer nada durante un tiempo largo, se vuelve una incógnita. Las incógnitas son peligrosas y hay que despejarlas. Aclararlas. ¿Entendés? ¿Cómo se despeja una incógnita? Haciendo que circule. Que se vaya. Desaparece la incógnita y todo vuelve a ser claro. Tu historia es una incógnita, lo que la hace peligrosa. Que tengas tarjeta de crédito hace suponer que tenés trabajo o dinero o estás fijo en algún lado. Eso es bueno y suena tranquilizador, siempre que no sea un plástico falso. Está lleno de ellos. Ese es otro problema. Cómo los hacen es una incógnita y una incógnita, te lo dije, es algo peligroso. Pero falsificar plásticos no solo es algo peligroso sino que también es un delito. Si vos sos una incógnita peligrosa, podés ser también un falsario, lo que significaría que estás aquí para cometer un delito. Me convencí, sonrió con alivio empuñando su handi. Te llevo.

Le avisé que incurría en un error. Había agotado mis argumentos y decidí usar la presión del miedo al escándalo. Tengo amigos periodistas, avisé. Cuando mi mujer les diga que me metieron preso por estar quieto en este Patio de Comidas, se armará un despelote tal que saldremos en las primeras planas. ¿Se imagina los titulares? *“Cliente preso por estar quieto”*. Se va a convertir en la vergüenza del Shopping y, cuando se enteren de lo que hizo, nunca más policía adicional. Un tipo que no distingue un cliente de un ladrón no puede cuidar un Shopping, le dirá el Administrador al Comisario. Mándeme otro más inteligente, y que sea la última vez. Si vuelve a pasar, tendrá que dedicarse a dirigir el tránsito. ¿No es así como sucederán las cosas? No, descartó el sargento. Estás confundido y querés confundirme. Lo más importante aquí es la seguridad. Si esto se vuelve inseguro, desaparece. Por lo que mi misión es mantener seguro el lugar. Todo lo demás que yo pueda hacer acá, es un añadido. Así que en caso de que saliésemos en los diarios, explicaré

Mientras Evelio no está

que estabas en una actitud sospechosa o borracho. O traficabas drogas. O hacías exhibiciones obscenas en la puerta del baño de mujeres. O armaremos algo especial. No me preguntes qué, pero puede ser cualquier cosa. Por ejemplo, pondremos en tu mochila un revólver con numeración limada. Tenemos armas para situaciones como éstas. La mostraremos a la televisión y yo diré a la audiencia y al reportero: ¿llamaría inocente a un señor que lleva un objeto de esta naturaleza dentro de un Shopping donde transitan miles de niños, ancianos y mujeres? No lo veo ¿eh? Nadie te creerá y el Administrador llamará al Comisario y dirá: Mándeme siempre al sargento Trocanter, que tiene la experiencia y el olfato suficiente para distinguir cuándo un cliente es un psicópata peligroso. Y si tenía alguna duda, con esto me convencí del todo, por lo que haré que te lleven y avisaré que estén preparados por si aparecen tus amigos periodistas. ¿En qué más me podría perjudicar tu detención?

Me dije que había incurrido en un grave error, que me obligaba a negociar diferente. Recordé que Evelio me enseñó que las prohibiciones crean un mercado ilegal que algunos controlan. ¿Quiénes son esos, eh?, me había preguntado entonces para darle suspenso a su discurso, sin esperar que le contestara. Pues los que tienen que aplicar la prohibición son los que controlan las prácticas ilegales que esa prohibición genera, desnudó con aire de triunfo. O sea, que si querés hacer algo prohibido y no ser castigado, tendrás que pagar a los que están para impedir que se hagan esas cosas prohibidas. Con lo que, detrás de cada prohibición, nace un mercado que vive de violar la norma que le dio origen. ¿Te quedó claro? Había gruñido en señal de asentimiento y ahora me invadía la posibilidad de confirmar su sabiduría. Nunca me contó de dónde sacaba esas ideas. Cuando le pregunté si tenía estudios, contestó con voz de tango que se había graduado en la Universidad de la Vida (*“sho me garadué en la univeresidad de la vida, pebe”*), había recitado cone aire taneguero mieneteras arrasteraba las palabras como si fuera un morosho dele

Abaseto). A la legua se notaba la mentira, ya que Evelio manejaba un respetable caudal de información que solía mezclar en las conversaciones, lo que permitía suponerle estudios que siempre negó. Al recordar sus reflexiones, decidí obrar en consecuencia, por lo que miré a Trocanter y con voz suave le pregunté si estaba prohibido permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Negó. No está prohibido pero no es usual, y lo que no es usual, resulta sospechoso. La orden que tenemos es controlar y reprimir lo sospechoso. Lo tuyo no es usual por lo que resulta sospechoso y entonces debo controlarlo y reprimirlo, afirmó. Si me lleva no podré ver a mi amigo, que viene de lejos para encontrarme. Prometo que apenas llegue, nos vamos. Y si resulto sospechoso por inusual, dígame si con cinco pesos me vuelvo usual y arreglo el problema.

Trocanter pareció considerar la cuestión para concluir en que era poco. Diez, contraofertó. Manifesté que era demasiado, pero arguyó que mi propuesta no tenía límite de tiempo. Podrías quedarte hasta que cierre el Patio y no sería justo. Debí reconocer que era un argumento que justificaba su tarifa, por lo que la acepté con la condición de que fuese sin tope de tiempo. No lo habrá, acordó. ¿Y si vienen Ton y Catón, qué? Les echo flit, los soplo, prometió. Le tomé la palabra mientras él tomaba mis diez. No me pareció equitativo, pero solucionaba un problema.

De todos modos, la culminación del negocio necesitó de rituales. Cuando saqué la billetera, Trocanter pegó un salto mientras me advertía que la guardase. ¡Infeliz, que nos están mirando!, avisó. Dije que no sabía quien podría estar viéndonos, dado que no había nadie cerca. Hay cámaras por todos los sectores públicos del Shopping, susurró el sargento. No las ves pero, menos en los baños, están grabando videos en todas partes. Cada tanto se rebobinan automáticamente y se regraban, salvo que suceda algo, en cuyo caso se desactiva el regrabado y se guarda la evidencia. Y mientras las cámaras filman, hay quienes las visionan.

Mientras Evelio no está

¿Qué significa? Que hay un par de tipos mirando lo que se filma por unas pantallas de televisión de circuito cerrado. Esos monitores están en algún lugar del Shopping, y desde allí el Jefe de los Vigiladores y el Jefe de Seguridad General controlan todo. En este instante nos están viendo, y si se dan cuenta de que me estás dando ese billete, somos hombres muertos. ¿Entonces? Daré una vuelta y mientras tanto vos, con muchísimo disimulo y cuidando de que nadie se de cuenta, guardarás el billete dentro de mi caja de fósforos y me la devolvés. No había terminado de hablar que yo estaba pidiéndole fuego con un gesto, mientras empuñaba un cigarrillo. Trocanter sacó una cajita de fósforos de madera, la dejó sobre la mesa y se alejó hacia el otro extremo del Patio de Comidas. Desde mi silla podía verlo desplazándose con la majestuosa tranquilidad de un paquebote. Encendí un cigarrillo con uno de sus fósforos y, doblando el billete debajo de la mesa, lo introduje adentro de la cajita. Cuando Trocanter regresó, se la entregué con grandes aspavientos. La guardó en su bolsillo y después de echarme una sonrisa de complicidad, me recordó que todo sumaba; tras lo cual hizo algo parecido a una venia, y siguió por un pasillo en busca de su destino.

Quedé maldiciéndolo. Haber perdido diez pesos en una extorsión me hacía arder las tripas, ya que la época no estaba para andar desparramando efectivo. Y menos en esperar que llegase Evelio.. Pero al estar sin trabajo, no me quedaba otra que aguardar las horas que fuesen necesarias para alimentar una esperanza o para confirmar la desilusión. Uno se aferra a cualquier espejismo. Evelio debió suponerlo cuando me buscó. Tengo algo que podría ser un buen trabajo para vos, había dicho. Cuando lo oí, me temblaron las rodillas y tuve miedo de preguntar, lo que me valió una lluvia de puteadas de Romina, que no entiende de pruritos. ¿A quien se le ocurre?, se quejó. ¡Solo un papafrita se queda callado! El papafrita asintió con un gesto. ¿Qué le diría?¿Qué podría decir para justificar mi silencio? Nada. Sucede que estoy cansado. Estoy cansado de no tener trabajo y más cansado aún de buscarlo. Es así. Adentro

mío no ha quedado nada. Estoy vacío. ¿Para qué preguntaría? ¿Y si era una bosta? ¿Una fantasía? ¿Un imposible? Hubiera perdido la posibilidad de tener una esperanza y habría tenido que seguir como siempre, mano sobre mano, con la sorda desesperación de quien observa cómo las horas se desgranán con lentitud exasperante y todo permanece inalterable. No lamento que pase el tiempo, pero siento algún alivio cuando no me doy cuenta de que transcurre. Me alegra si corre, ya que así faltará menos. Nadie me pregunte para qué. Podría decir que para que todo termine, pero como odio el melodrama, prefiero no decir nada. Con Romina me sucede lo mismo. Me reclama actitudes o respuestas que no encuentro adentro mío. Creo que no las tengo, aunque ella trate de convencerme de posibilidades que los dos sabemos que son espejismos. Entonces, cuando habla y habla con la sanísima intención de levantar mi ánimo, se me caen las palabras o me ganan los silencios, con lo que tengo menos que decir aún y se me ocurren menos cosas o cuando se me ocurren, son tan sonsas que cuando las empiezo a decir me interrumpo dejándolas inconclusas. Con lo que nadie entiende nada de lo que pude haber querido contar, y se ratifica mi idiotez como una dolencia adquirida con la desocupación.

Eso no sólo me pasa al hablar sino que me sucede lo mismo con las palabras escritas. En una época la lectura me abrió el mundo o, al menos me dejó entrar a uno. Hoy no es así. Las páginas cargadas de palabras no me dicen nada. Las miro desde muy atrás de mis ojos. Como si ellos, mis ojos, fueran dos ventanas o las bocas de dos túneles insertados en mi cráneo y yo viese el exterior desde su otro extremo ubicado dentro mío, al fondo ¿me explico? ¿se entiende lo que digo? Hay veces en que me desespera suponer que resulto incomprendible, pero reconozco que lo soy. Es incomprendible decir que mis ojos son los extremos de dos tubos plantados en mi cabeza y que a través de ellos yo contemplo todo desde atrás. Más que incomprendible, es un absurdo, un sinsentido o una fantasía idiota. Creo que esta última alternativa es la que más me ofen-

de. Con alguna parte mía siempre me ufané de haber tenido fantasías de gran vuelo. ¿De gran vuelo? ¿Qué es una fantasía de ese tipo? ¿Un pájaro, acaso? ¡Por Dios! Mejor decir que tenía o tuve fantasías de cierta calidad. No podría traer de muestra a ninguna de ellas, pero se supone que quien ha vivido mis años las tuvo. Libertad. Igualdad. La Avenida Más Larga del Mundo. Fraternidad. Tercer Mundo. Hombre Nuevo. Argentina Potencia. Prode. Humanismo. Los Mejores Bifes. Soberanía. Justicia Social. Campeones Morales. Independencia. Dios. Patria. San Martín Cruzó Los Andes. Socialismo Nacional. El Loto. Mi Mamá Me Ama. Mi Papá Me Mima. La Celeste y Blanca. Tercera Posición. La Mujer del Próximo. Patria o Muerte. Caigo en cuenta de que mis fantasías de calidad empiezan con mayúsculas. De haberlo advertido en su momento, habría sospechado de todas ellas. ¡Pero era tan chico! En esa época, las llaves del mundo estaban extraviadas para mí, y la única manera de ingresar en él parecía que pasaba por reventar la cerradura a patadas. ¿Cómo podría abrir las puertas que nadie abría para mí? Perón, el Viejo Caudillo develaba las claves del juego desde el televisor guiñando el ojo como un cómplice o un tahúr. Le creí, y necesitaba hacerlo. No se puede vivir sin creer en algo, y él me daba un sentido de pertenencia y de identidad con el que ahuyentaba la soledad. Perón me hablaba de la Patria, de las Tres Banderas, de la Resistencia y de las Formaciones Especiales. Me llamaba Compañero, y un escalofrío emocionado me recorría el pecho. Máxime cuando me daba cuenta de que él, Perón, el Viejo Caudillo, había retornado del exilio traído por nosotros, los chicos que lo adoptamos como a nuestro padre. Entonces, el Viejo Caudillo era el de todos, pero fundamentalmente, era mi Viejo y era mío. Más tarde, cuando llegó el momento de empezar a concretar sueños y promesas, rompió el Pacto y nos dijo que los sueños eran solo eso. El Viejo Caudillo resultó un hombre viejo y gastado, rodeado de brujos, alcahuetes y parapoliciales, solo dueño de su carisma. Sus promesas quedarían incumplidas, porque eran imposibles de sostener. No sé si las recordaba siquiera. Con lo que

ese Viejo, al igual que el otro mío, me timó. Hoy han cambiado las verdades, que él, Perón, antes de morir, vendía por veintena. Al repararlas, no puedo dejar de sentir una pudorosa sensación de vergüenza. ¿Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino? ¿Para mí, argentino, no hay nada mejor que Videla, otro argentino? ¿Mejor que decir es hacer? ¿Mejor que prometer es realizar? Entonces, mi General, ¿qué fue lo que usted hizo? ¿También con mierda se hacen ladrillos? ¿Esas sentencias justifican tantas muertes? Y en el camino, también cambió la realidad, que según Perón era la única verdad que no se ocupó de contar. Por la puerta que supo o permitió abrir a nuestras espaldas, se industrializó el asesinato clandestino y se borró la posibilidad de una victoria, con lo que Perón, el Viejo Caudillo, murió de nuevo y fuimos condenados a las catacumbas, a sobrevivir como se pudo. Una incuestionada trayectoria de fracasos me enseñó que los que tienen o buscan el poder, solo admiten como verdades aquellas que sirven a su objetivo de perpetuación o de conquista. De donde, más que verdades, nos venden ilusiones, cuya eficacia tiene que ver con su capacidad de ensoñar a los que se asoman al mundo buscando un hueco por donde ingresar en él, sabiendo que no todos podrán hacerlo. No siempre pensé así, y en algún momento creí que había que hacer de la vida algo más digno. Hoy, en que soy uno de los tantos desocupados que andan por ahí, soy también uno de los tantos sobrevivientes de lo que una vez fuimos. Advierto que toda sobrevida es patética. Al transitarla, me consuelo diciéndome que nuestra derrota significó la caída de la última barricada que defendía la utopía. Gloria a los caídos. Si estaban equivocados, quienes los vencieron tampoco estaban en lo cierto. Aunque odie reconocerlo, me siento un poco veterano de una guerra. Perdida, pero guerra al fin, y no esta condena donde me acabaré de a poco y por partes. ¿Cómo transmitirlo? No puedo. Me agarra esa parálisis a la que me refería, esa pérdida de lenguaje que trae el extravío de las palabras aptas para describir un estado de ánimo o una situación de pensamiento. No puedo

Mientras Evelio no está

explicarlo, lo que me vuelve una nada con rostro de tipo. Un emboscado detrás de sus recuerdos, con una tarjeta de crédito en el bolsillo que vale como prueba y rémora de otra era geológica de su existencia. Que también intenté defenderla y, como siempre, inútilmente.

La vez que esboqué esto delante de Evelio, protestó su desacuerdo. ¿Qué guerra, pedazo de idiota? ¿Qué gloria a los caídos? ¿En medio de qué delirio te estás revolcando? Si no tenés palabras, pensá que es porque tal vez no tengas lo que decir. De ser así, mejor guardar silencio. Es más digno. Y hasta resulta una mejor defensa, opinó.

No sé si el silencio es una buena defensa. Creo que siempre busqué hacer algo, aunque fuese inútil o imposible. Recuerdo que cuando Alimena me anticipó mi despido, fui a ver al Director Ejecutivo. Quería quedarme y no sabía cómo y también necesitaba que algún directivo me dijera en la cara que me echaban, confirmándome que no era una versión. Cuando entré a su despacho y el D.E. me preguntó qué quería, se me secó la boca. Moviéndolo el leño en que se había convertido mi lengua, dije que estaba al tanto de la decisión de la empresa de desactivarme y que se me había ocurrido una idea que podría solucionar los problemas comunes. El D.E. había alzado las cejas y al ver ese gesto entendí que estaba meando fuera del tarro. Tales problemas comunes no existían. Aún así, me mojé los labios y me lancé hacia adelante. Si la empresa quería tercerizar mis funciones, yo mismo podría hacer ese trabajo. Es decir, enfaticé, yo podría tercerizarle mis servicios a la firma. El otro no cambió su gesto pero dijo que podría ser. ¿Por qué no?

Me escuché proponiendo transformar la relación laboral en otra autónoma, por llamarla de alguna forma. No podía creer lo que estaba diciendo, pero tampoco podía dejar de decirlo. Podríamos, había acordado el D.E. Me miraba sin sonreír pero sin durezas. En vez de un sueldo les facturaría mis servicios, continué desarrollando la ocurrencia. Sería un trato entre personas independientes. Comprendo. De empresa a em-

presa, dijo. Juro que no se le movió un músculo al susurrarlo. Digamos que yo sería un prestador autónomo, sinceré. No tengo espaldas para considerarme empresa. El D.E. había dicho que era una gran idea. Que cuando me estableciera le hiciese llegar mi dirección, teléfonos y e-mail, así cuando necesitase un proyectista o algún trabajo de desarrollo de planos, podrían presupuestar también conmigo. Quizá fuese el inicio de un nuevo trato. Claro, coincidí. Pero para establecerme por mi cuenta necesito tener la seguridad de que trabajarán conmigo. Creo que es posible ¿no? Al fin y al cabo, no me echan por inútil.

Habíamos quedado mirándonos y no aguanté fijar mis ojos. Muy interesante, dijo el D.E. después de observarme un siglo con la atención de un entomólogo. Llevaré su inquietud al Directorio. Propuse que sería mejor decidir eso antes de que me fuera. Lo dije modulando cada palabra para que me entendiera bien. Me regaló una risita no exenta de ternura y me reprendió. No mezcle. Una cosa es su ida y otra una futura contratación. Arreglemos su forma de desvincularse y después encaremos su nueva relación empresarial. Para eso, primero tendrá que renunciar. Sería un papelón despedirlo para volver a contratarlo. Desde el punto de vista formal implicaría un despropósito. Que mandara mi telegrama, indicó, que él llevaría mi propuesta al Arquitecto. Quedamos así, concluyó. No, antes de renunciar necesito una definición, suspiré mientras me levantaba. El D.E. pareció apurado. Tendría una respuesta, prometió mientras me estrechaba la mano y me llevaba hasta la puerta. Podría ser, ¿eh? No era mala idea.

No lo era, pero representó una utopía. Regresando de la entrevista, trepé a mi tablero de dibujo y se me cruzó la palabra *fracaso*. La murmuré para exorcizarlo o para darle carnadura como al genio de una lámpara mágica. Dije *fracaso* y buscando su significado en el diccionario que Alimena tenía para corregir sus notas, encontré que significaba *mal éxito o salida en un negocio*. Me había sorprendido ese descubrimiento:

Mientras Evelio no está

para mí, éxito era triunfo, liso, llano e incontrastable. Me dije entonces que si fracaso era un mal éxito yo, por esas vueltas del idioma, era un tipo exitoso. Hasta podría arriesgar que muy exitoso. Tanto, que después de cerrar el diccionario me vino a la mente la palabra *muerte*, y se me ocurrió que podría ser una forma de encontrar el éxito. Me había frotado el pecho por encima de la camisa tratando de pensar en otra cosa. En aquel momento no lo había logrado, y después supe que el diccionario era muy viejo y esa acepción estaba en desuso. Como yo.

Ahora siento que el tiempo ha operado lo suyo. La situación, más que odio hacia la empresa, hoy me convoca simpatía hacia mí. En aquel momento estaba tan desesperado que la muerte podía resultar una elección o un alivio. Hoy me había acostumbrado a la desdicha minúscula y el D.E. y su perfumado recuerdo eran una estación más en un recorrido de pérdidas. El otro lo sabía, y por eso no se cuidó en mostrarme y hacerme sentir que yo era un gusano.

Outsourcing, había dicho el D.E. cuando volvimos a vernos. No lo inventamos nosotros. Mencionó el detalle de la autoría como si esa falta de paternidad fuera un atenuante o una coartada. Cada vez son más las empresas que lo adoptan, continuó. Es un buen instrumento del management. Por eso estuvimos pensando con el Arquitecto su propuesta de tercerizar en usted sus funciones de ahora y concluimos en que era imposible. Pese a ser idóneo, le falta profesionalidad. Es decir, el título de arquitecto o de ingeniero. El famoso cartón, había sonreído. Y además, no tiene soporte. Pasará tiempo hasta que pueda armar una estructura, y no podemos ni esperar ni arriesgar, ¿me explico, verdad?.

No di señal de entenderlo. El D.E. era una silueta contra la pared. Era una voz algodonosa que hablaba con palabras que remitían a otras categorías de pensamiento, a otros valores, como *outsourcing* o *managemenet*, *estructura* o *soporte*. Esas palabras me amodorraban. Sentí que era inútil insistir. Es duro tener que negarle esa posibilidad,

continuó el D.E. He apurado los procedimientos para definir la posición de la empresa y no tuve suerte. Pero le queda el consuelo de saber que le cumplí la palabra empeñada.

Su discurso descendía suave como arroyito de montaña discuriendo entre las peñas hasta desparramarse en la planicie desértica de mi futura desocupación mientras yo clavaba mirada en él, sin ver su cara bronceada y bronceína. El D.E. comentó que era una situación desafortunada. Me causó gracia el término “*desafortunado*”, pero coincidí nuevamente por su precisión. El otro elegía sus términos con la prudencia de quien camina entre porcelanas. De todas formas, el proceso de downsizing fue iniciado sabiendo que habría que enfrentar circunstancias desdichadas, confió. La mía era una de esas, pero se encuadra en el marco de las resoluciones de carácter estratégico. ¿O sea?, musité inclinándome hacia su escritorio. Nada, dijo encogiéndose de hombros. Que no tenemos otra salida.

¿Contemplaron si por mi antigüedad tengo algún mérito para permanecer en el empleo?, apuré. Con mi edad no me resultará fácil conseguir otro. Además de vivir, tengo que pasar alimentos a mis hijos y a mi ex. El D.E. aseguró que habían estudiado todas las variantes. Lamentablemente, la antigüedad me perjudicaba, ya que un empleado nuevo ganaría mucho menos haciendo el mismo trabajo. Y en lo que se refiere a las obligaciones familiares, eran cuestiones tan personales que, por discreción o respeto se sentía impedido de considerar. ¿Y si me reasignaran funciones?, sugerí. ¿No pensaron esa posibilidad? ¿Con otro sueldo?, preguntó el D.E. Me había removido en la butaca. No me ponga en esa alternativa, rogué. Tengo que hacerlo, se justificó. Su respuesta no lo obliga. Podría aceptar una pequeña variación en el salario a cambio de seguridad. ¿Y una variación que no fuese pequeña?, había inquirido. ¿Se conformaría con ganar un cuarenta por ciento menos? Es demasiado. No estoy preguntando si es mucho o poco, sino si lo aceptaría, señaló

Mientras Evelio no está

estudiándome, mientras yo le devolvía la mirada con ojos de perro apaleado. No me apriete, musité pidiendo clemencia. No lo hago, se excusó. Solo estoy preguntando hasta donde está dispuesto, para que el Directorio pueda considerarlo. Querrá tener en cuenta los costos. Usted se lo imagina. Por supuesto. ¿Entonces? Arriesgue, invitó el D.E. Piense que es un juego y se le hará más liviano. ¿Aceptaría por un cuarenta por ciento menos? ¿Igual horario, las mismas tareas y responsabilidades? Todo igual. Quizás las tareas y el horario podrían incrementarse un poco. El resto no. ¿Qué responde? Por unos segundos pasaron por mi cabeza mil imágenes sin sonido que hice a un lado y, como quien se arroja al vacío, dije que aceptaba. Aceptaría, corregí en un intento por recuperar mi dignidad. El D.E. tomó nota del condicional con una inclinación de cabeza y avisó que llevaría el tema al Arquitecto. Quizá pueda hablarlo mañana al mediodía, apostó. Esos dos se deben haber cagado de risa con el relato de mi humillación. Nunca más volví a conversar con el D.E.

Después de ese encuentro, apareció el gordito de Personal con la confirmación formal de mi despido y, luego de escuchar el veredicto, tuve la impresión de estar llegando al final de un camino que no sabía cuándo ni donde había empezado a transitar. Tengo la sensación de no haber entendido nada de todo, le susurré a Romina en la espantosa oscuridad del dormitorio. No me valieron las experiencias propias ni las ajenas. Cuando la política se volvió un infierno, me hablaron de la crisis de las ideologías. Cuando me separé de Gladys anduve mal, y los amigos decían que eran cosas que pasaban, rememoré. Cuando sufrí por no vivir con mis hijos, me dijeron que me iba a acostumbrar. Pero cuando me echan del trabajo, nadie viene a decirme que lo tome con soda. Al contrario. Falta que me den el pésame. De ahí mi estupefacción: Extravié ideales y a todos les pareció lógico. Perdí una pareja y nadie se mosqueó. Dejé de convivir con mis pibes y ninguno se alarmó demasiado. Pero cuando pierdo el trabajo, nadie viene a contarme que eso también está en la naturaleza de las cosas. Al contrario. Todas las

señales que recibo indican que es algo terrible. Entonces ¿qué es lo importante en la vida de una persona?

¡Ah! ¡Qué pregunta!, murmuró ella con voz de sueño. Adelantame la respuesta, apuré. ¿Qué es lo más humano que tenemos? ¿Es el trabajo, que cuando lo perdemos se termina el futuro? ¿O es otra cosa?

¿Vos qué creés?, farfulló con el rostro hundido en la almohada.

Te pregunto para que respondas, no para que me repreguntes.

No sé, concluyó ella después de un rato. ¿Nadie te dijo nada?

Palmadas en la espalda, murmullos de velorio, de solidaridad formal, de enojo desalentado. Miradas huidizas y silencio. Alimena se había acercado para decirme que se sentía en la línea de fuego. Tengo miedo de que me suceda lo mismo, me dijo, ¿entendés? No supe qué contestarle y miré los tubos fluorescentes. Con Romina volvimos al silencio. Escuchaba su respiración acompasada y no pude soportarla. ¿Sabes qué es lo más humano que tenemos? ¿Te interesa saberlo?, le pregunté de nuevo. Gruñó que la dejase en paz, que quería dormir.

Ni bien había salido del despacho después de doblar el cogote ante el D.E., me dije que el otro debió confirmar que yo no servía. No era un tipo confiable, habría dicho en la cena al repasar los sucesos del día. Desde su sitio, tenía razón. Para él, yo no podía ni puedo serle confiable. Y si lo pienso un poquito, tampoco debía ni debo. Pero puedo jurar que quise conservar mi lugar en aquel agujero. Con lo incómodo, aburrido, rutinario y mezquino que me resultaba, lo sigo extrañando. Como extraño a mi billete de diez. Pero, con respecto a éste, después del pacto con Trocanter, había conseguido el amparo de la ley. Pese a eso, lo extrañaba. Había sido mi dinero.

07.

Romina me recomendó que no regresara sin haber conseguido el trabajo de Evelio. Lo dijo con una sonrisa de gata, relamiéndose el labio inferior como si rescatara la huella de un bombón de chocolate. Mejor no vuelvas sin trabajo, maulló mientras me veía preparándome para el encuentro. Contesté con un gruñido que no mejoró la comunicación. Ella insistió en el repaso de sus consignas, repitiendo que debía ser flexible, poco pretensioso y hasta humilde, debiendo demostrar a Evelio, en todo momento, tener las suficientes condiciones de adaptabilidad para que me cuadrara cualquier cosa que pudiera ofrecer, manteniendo la dignidad. Señalé que cumplir con tantos requisitos atentaba contra la posibilidad de mantener un retazo de tal dignidad y se enojó. No hizo grandes demostraciones, pero la conozco tanto que la puedo leer hasta por debajo de su piel. La intuyo. Como siempre estoy hablando de esa capacidad mía, no abundaré más en el asunto. Pero a Romina la pesco con sensores que ignoro de dónde los saqué. Con ellos conozco que, desde que perdí el trabajo, algo fue cambiando entre nosotros. Nada para mejor. Ahora se enoja fácil por cualquier cosa. Con mis sensores siento cómo se tensa, cómo su cara se pone tirante y la boca se le afina hasta volverse como el filo de un cuchillo. En esos momentos, cualquier cosa que diga o module o esboce el cuchillo será un hierro candente que se hundirá en mi pecho. Cuando Romina me mira con reproche, me sube por dentro un frío, un temor o una contractura de coronaria que me hace sentir en falta, y que esa falta está ahí, expuesta y resulta injustificable y, por eso, merecedora de una condena que está en camino. Y yo, descubierta. Como si un reflector me iluminase en la medianoche junto a la alambrada del campo de concentración o de la prisión, tornando imposible la fuga y el retroceso. El reflector me ilumina desde lo alto de la torre y tres soldados o guardianes se inclinan sobre la ametralladora Galting o Schmeisser, la giran enfocándome. Sobre mi camisa se dibuja la

Mientras Evelio no está

cruz de la mira de la ametralladora y los soldados o guardianes me ven como si estuviera o fuese un cruzado. Uno de ellos sostiene la cinta de las balas, el otro corre el seguro del arma alistándola, mientras el tercero impide que el reflector me pierda. Los perros ladran tironeando de sus correas y los soldados ríen, hablando entre sí en el áspero dialecto romino de los sicarios. Como si fuera el ojo de una Gorgona, la luz del reflector romínico me paraliza contra el alambrado. Estoy perdido: en cualquier momento las balas comenzarán a respuntearme el cuero y los perros se abalanzarán sobre mí. Siento el orín recorrerme la pierna y mi desolación es tanta y mi frío tan profundo, que su calor me reconforta. De pronto, mi amigo Ernie Pike me hace señas desde el otro lado del alambrado. Me muestra una MK2 y, anticipando su acción, me indica que corra. Muevo la cabeza, negando. No puedo. Ernie se encabrita. Siento su enojo, pero cuando más tarde repase los hechos, me entenderá. Esto no es una guerra sino algo más importante. Se trata de enfrentar las balas rominas. Ernie sacude el brazo, y creo que me saluda antes de irse. Pero me equivoco. Ha sacado la espoleta de la MK2 y la arroja contra la torre. La granada estalla y la derrumba. Los guardianes caen, mientras las balas explotan y el reflector se vuelve un chaparrón de vidrio que golpea la arena. Los perros aúllan, despedazados. Ernie me toma del brazo y con la ayuda del Sargento Kirk y de Ticoonderoga, me empujan y me hacen correr. Me levantan en vilo cuando saltan un charco o una barricada y sin dejarme recuperar, siguen hasta el campamento de Patton. A la carrera le gritan al centinela el santo y seña: ¡Aijaveyob! y me sueltan, permitiendo que me quiebre mientras Rintintín husmea el orín. Estoy hecho una porquería, sollozo, pero el bueno de Ernie me aconseja tranquilidad. Cancha Rayada, Waterloo, Stalingrado, Diem Bien Phu, la Batalla del Estadio de River Plate, Ezeiza y Ganso Verde fueron peores, opina. Digo que no y se ríe, mientras los otros se alejan en la noche hacia el centro del cuadro, donde está el punto de fuga. Fin del episodio.

Río de mis disparates y siento que se me abren tajos en los labios, partidos por la aridez del desierto y la falta de agua. Me duelen los labios, quiero decir, y los humedezco con un sorbo de gaseosa, mientras suspiro con melancolía al recordar los personajes de las historietas que inventó Oesterheld. Hoy pocos las recuerdan, pero por adentro mío, Juan Salvo sigue transitando por las estrellas. Repaso las consignas de Romina y vuelvo al momento en que ella se enojó por mi comentario sobre la pérdida de la dignidad. Me dijo, con la calidez de témpano que a veces emana de su mirada, que la única dignidad valedera es la que da el trabajo. Cualquier trabajo que te haga sentir útil y ganar la vida, te dignificará, sentenció con aire de patricia romana o romina. Para no abandonar mis costumbres personales, fui hasta el diccionario, a mi viejo Pequeño Larousse Ilustrado, y busqué la palabra *dignidad*, que encontré en la página 322: “F. Funciones elevadas, cargo o título eminente: *la dignidad episcopal*// Nobleza en los modales: *hablar con dignidad* (Sinon: *Gravedad y trato*)//Respeto de sí mismo: *Perder la dignidad*// CONTR: *Indignidad*”, leí. Alcé la vista y se me encogió el pecho. No te enojés, le pedí, pero no me escuchó. No quiero ganarme la vida, dije. La gané cuando nací. Lo que merezco es conservarla y que nadie la ponga en peligro. Tampoco necesito ser útil. Ignoro si alguna vez lo fui. Cuando me pagaban sueldo me consideraban útil, pero no porque lo fuese, sino por cobrar un salario. Y cuando no sirvió más que yo lo cobrase, se descubrió que era un excedente inútil, por lo que me hicieron saltar a la desocupación, que fue cómo caer en el pecado, del que solo saldré cuando consiga un trabajo y pueda regresar a la normalidad de los millones que tienen que ganarse sus vidas diariamente hasta que el cansancio, la miseria, la vejez o el aburrimiento los saque de circulación, bellamente jubilados, patéticamente decrepitos o mutuamente sepultados, según toque y corresponda. Terminé mi parrafada y miré a Romina. Ella no se enojó sino que, con una voz pausada que quería ser representativa de su infinita paciencia, dijo que ojalá tuviera suerte y que si Dios

Mientras Evelio no está

existe, que me ayudara a conseguir ocupación y sueldo. Aunque fuese chico, ya habría tiempo de aumentarlo. Hoy había que encontrar el pedazo perdido y reiniciar el ascenso, amén. Rueda por nosotros, los desocupados. Nuestro será el Reino de los Cielos.

Más de una vez me había preguntado el porqué de esa sensación de estar en orsay ante Romina. No pude contestarlo hasta que Evelio tiró una pista. Estábamos tomando una ginebra en el bar de la esquina de Estados Unidos e Independencia. Se trata de un lugar infecto, oscuro, de mesas agotadas por el tiempo, que elegimos por el solo hecho de estar en una intersección increíble. Nada que ver con la brillantez y limpieza de este Patio de Comidas. Pero estábamos de paso, regresando de un viajecito a Valentín Alsina, adonde habíamos ido a llevar una mercadería de Evelio. Que nadie me pregunte en qué consistía, porque no sabría contestar. Eran paquetes, no muy grandes. Tampoco demasiados. Nunca me dijo qué había en ellos. Las dos o tres veces que pregunté, me miró y con una sonrisa cortés dijo que eran cosas. Suyas. Y punto. Yo le había preguntado si eran cosas legales. Había sonreído al escucharme. ¿Y a usted qué le parece? Arriesgué que me parecía raro que no dijera su contenido. Que no saberlo me intrigaba y que, si no quería decirme de qué se trataba, al menos tenía que estar dispuesto a pagar esa ignorancia. Consideró que el razonamiento era correcto y allí nomás aceptó pagarme el doble. Nunca más volvimos a hablar del tema. Aquel día veníamos de llevar esas cosas suyas a Valentín Alsina y habíamos parado en ese bar. No recuerdo cómo salió el tema, pero cuando conté que con Romina siempre me sentía culpable de algo sin saber por qué, me miró y poniéndome una mano en el brazo, dijo que eso me sucedía porque tenía miedo. Para ser precisos, puntualizó, entiendo que usted es un cagón. Nos habíamos reído. Él sin burla, y yo sin bronca. En otro momento, en otro lugar o con otra gente, me hubiese sentido humillado y sin saber qué hacer. También hubiera sentido la obligación de reaccionar rápido, para evitar la burla. Hubiese negado la acusación, poniéndome

colorado al oír la sorda risa de los otros, sintiendo sus miradas sobre mí. Aunque estuvieran callados o mirando a otra parte, habría tenido la sensación de sus risas y sus miradas taladrándome la vergüenza. Pero por suerte solo estábamos Evelio, yo y un trío de taxistas en una mesa próxima, y nadie más. Los choferes estaban ocupados en contarse sus pequeñas trampas, sus tácticas de hurto chico a pasajeros viejos, a boliguanos recién inmigrados, a perulenos confundidos o a americanos indiferentes. Reían festejándose los recuerdos de botines obtenidos y pegaban con sus manos sobre el tablero de la mesa para que el entusiasmo tuviera percusión. Eran tres tipos desparejos. Uno, muy grande, otro pequeño y el tercero gordo. Con dientes ausentes uno, otro con coronas doradas, pelos con brillantina y anillos de sello el tercero. Pulseritas de oro en la muñeca, uno. Reloj digital, otro. El tercero llevaba un arito en la oreja. Hablaban fuerte, sin importarles que nos enterásemos de sus aventuras, o para que las supiéramos. Entonces hice girar la llave y el motor crujió, contaba el Gordo. El boliguano me miró alarmado y frené diciendo que tenía una falla en el motor, que se había parado, pero que si empujaba de atrás, quizás arrancase. Baja el boliguano y empuja con fuerza, hasta que giro la llave, enciendo el motor, pongo primera y me voy saludándolo por la ventanilla, y el huevón queda en medio de la calle viendo como me alejo con sus valijas. El Grandote y el Chiquitín se doblaron de la risa.. Así aprenderá el boli, opinó el Chiquitín. El Grandote, por su parte, relató sus travesuras con el cambio, mientras que el Chiquitín reconocía que su reloj estaba generalmente acelerado. Comenté a Evelio que esos taxistas eran una mierda y él levantó las cejas. ¿Por qué tan duro? Si sus historias son ciertas, esos dan pena. Incapaces de hacer el Mal en serio, se conforman con las sobras para jactarse de lo que no son. Esclavos estentóreos, rotuló vaciando su copa de ginebra de un trago. Me quedé mirándolo y juro que dijo eso de “*esclavos estentóreos*”. A mí no se me hubiera ocurrido que existieran esas palabras. De voz fuerte, aclaró Evelio. Quise decir esclavos de vozarrón.

Mientras Evelio no está

Hablan al pedo. Respiran porque el aire es gratis. Lastiman porque no saben qué más hacer con su miseria. Es pobre gente. Recordé entonces que el boliguano desvalijado debía ser tan o más pobre gente. ¿Qué hay con eso?, había preguntado Evelio. ¿Cree que son mejores? En esa época aún no me tuteaba. Al menos, no peores, defendí. Me dio la razón. ¿De qué sirve? Están enganchados a la rueda, y ruedan. Como pueden. No se les ocurre salir de ella, sino que sueñan con rodar mejor o más sueltos. Robando a un boliguano o quedándose con las moneditas de una vieja. Por eso estos tipos, que llevan una vida de mierda, son también los guardianes del templo que la hace posible. Adhieren a los mismos valores que sus patrones y solo desean participar del festín, aunque sea comiéndose las migas. Por eso el dinero tiene tantos partidarios: los que lo disfrutan, por razones obvias; y los que lo sufren por su ausencia o escasez, porque creen que algún día podrán disfrutarlo en mayor medida. Estos imbéciles sostienen las reglas del juego que los estruja. Viven por su esperanza de llegar a sentarse en algún momento delante del tapete verde de este garito, con algunas fichas en la mano. Debí haber hecho un gesto de desagrado que lo hizo reaccionar. ¿No me cree? Mire, le regalo un cuento que leí una vez, que lo explica bien, anunció. Dice más o menos esto: En el lujoso living de un piso en Manhattan, con vista al río, hay un hombre. Viste una fina bata de seda. Sobre el bolsillo izquierdo, a la altura del corazón, tiene bordadas en oro sus iniciales. El mismo monograma se repite en la vajilla del comedor, en las copas de cristal y en los pomos dorados de las puertas. El hombre mira hacia el río y bebe su whisky. No se escucha otra respiración que no sea la suya. Se sienta en un sillón y tras un instante, su pecho se inunda de una angustia intolerable, hasta el espasmo. El hombre está mal, deprimido y asustado. Se ve solo en su lujosa sala y se siente una basura, poca cosa pese a sus millones. Solloza y no quiere vivir más. Y afuera y abajo, en los barrios bajos de la ciudad, hay infinitos tipos solos y angustiados, imaginándose historias posibles. Y muchos se imaginan en un piso en Manhattan, con vista al

río, en un lujoso living, mirando la noche, con una fina bata de seda que tiene sobre el bolsillo izquierdo, a la altura del corazón, un monograma con sus iniciales en oro. El mismo monograma se repite en la vajilla del comedor, en las copas de cristal y en los pomos dorados de las puertas. Se imaginan que miran el río y beben whisky. Que en el lujoso piso no se escucha otra respiración. Que se sientan en un sillón y tras un instante, sus pechos se inundan de una angustia intolerable, hasta el espasmo. Se sienten mal y asustados. Se ven en su lujosa sala y se sienten una basura, poca cosa pese a sus millones. Sollozan y no quieren vivir más. Cada uno de los que imaginan esa historia allá abajo y afuera quiere estar allí, en medio del living lujoso, sollozando de angustia y sin ganas de vivir más. Fin del relato, sonrió. ¿Le gustó? ¿Explica lo que dije? A esa altura me había olvidado el comienzo de la discusión. No encuentro la moraleja, me disculpé. Evelio rió. La moraleja, si es que existe, cuenta que lo que angustia es la propia mierda, nunca la ajena. La ajena, si es brillante, se envidia y se desea. Mire a esos tipos, pidió Evelio señalando a los taxistas con un leve movimiento de cabeza. También tienen miedo. Por eso hablan fuerte. Como los chicos que silban en la oscuridad mientras se cagan de espanto. ¿Nunca le pasó, eh? ¿No? ¡Usted no tuvo infancia! Por eso le ocurre esto con su mujer, concluyó. Quise aclararle que Romina no era mi mujer, pero rogó que no lo fatigase con imbecilidades. Protesté recordando que mi mujer era Gladys, de la que estuve separado durante años y divorciado desde no hacía tanto, mientras que con Romina no hay ningún vínculo legal, por lo que las cosas comienzan y terminan en cualquier momento. Es cierto, acordó. Cuando ella lo decida. Reímos y el trío de taxistas paró para observarnos. El Gordo fue el primero que, desenganchándose de nuestra presencia, volvió a su recuento de escaseces, con el que siguió hasta que el Grandote se fue a trabajar.

Al quedarse solos el Chiquitín y el Gordo, sentimos que algo cambió en esa mesa. Fue una intuición, a no dudarlo, porque nos dimos cuenta de inmediato que se había producido un cambio de clima o,

Mientras Evelio no está

como diría Romina, había variado la carga energética del plano. Esa nueva aura que rodeaba al Chiquitín y al Gordo los envolvió demasiado rápido, y nos dimos cuenta al oír que el Gordo gemía. Empezó despacito, y de tanto en tanto interrumpía el sollozo con un hipido. Gimió hasta culminar en un llanto manso. Evelio y yo nos dejamos llevar por su llanto, chocante en quien hacía un rato era tan pícaro y ahora estaba tan desnudo, con su ridículo arito en la oreja. El Gordo hablaba al Chiquitín entrecortadamente, y la escucha de sus palabras era difícil, pero pese a los sollozos y por la amarga modulación de sus labios, pudimos ir captando lo necesario para reconstruir la historia con el aporte del mozo que, de manera confidencial, fue llenando sus huecos.

Así resultó que el Gordo era padre de un chico de la calle de dieciseis años que había aparecido estrangulado contra las rejas de Plaza Constitución. Al chico lo conocían como El Polaquito, sin que nadie pudiera explicar el mote. Vivía por los alrededores de la Plaza y solía rapiñar por la Estación Terminal, donde tenía su núcleo duro en una barra de cinco o seis como él. Además, en la Estación estaba La Rubita que, con sus catorce años tenía dos de prostituta y era explotada por El Rata, un uruchilo con residencia legal y buenos contactos en la zona que le evitaban interferencias de la Dirección de Minoridad y controles policiales. Pero sucedió lo imprevisible, bajo la forma del amor entre El Polaco y La Rubita, que explotó sin que nadie supiera cómo. Creo que se entrevistaron en los andenes, especuló el Gordo. Ella siempre hacía como que esperaba un tren, para trabajar sin que la jodieran. Y de andén a andén se fueron viendo, y se sabe - suspiró el Gordo - que los ojos a veces tienen ganchos, y este fue uno de esos casos. Se engancharon y vino el desastre, ya que El Rata no iba a permitir que ningún pendejo le robase una hembrita que prometía. O que la pisara de arriba. Porque los chicos eran juguetones y cuando podían se abrochaban. El Rata le hizo llegar varios avisos. Que la dejara tranquila. Que la chica tenía patrón. El pibe creyó que podría soplarle la dama al Rata que. Vino

un día, recordó el Gordo interrumpiéndose a sí mismo. Apareció para pedirme unos pesos. Por unos días nada más, avisó cuando vio mi cara. ¿De dónde vas a sacar para devolverla?, lo chivé. El Polaco se había sonreído. Fijate vos, pidió el Gordo, que no me sonrió a mí sino que fue como si repasara el recuerdo de un sueño, ¿entendés? Miró para todos lados y acercándose, me dijo que se estaba por hacer de una minita que iba a trabajar para él. Le dije que estaba loco. Que lo iban a hacer mierda. Tomó los billetes y se fue, diciéndome que yo era un gil que nunca había entendido que el mundo es de los fuertes. El que se achucha pierde, viejo, me sobró palmeándome el brazo. Fijate ahora.

Se había enterado de su muerte a través de “Crónica”, que sacó su foto en la primera plana del ejemplar de una edición que mostró a Chiquitín y luego el mozo tuvo a bien facilitarnos, para mejor ilustración de lo escuchado. Cuando tuve el diario ante mí, el Polaco lucía zapatillas sin medias y su cuerpo colgaba del cable de electricidad con que, según la crónica, lo habrían estrangulado. Lo del cable era una presunción, continuaba la noticia, ya que existía la posibilidad de que el homicidio hubiera sucedido en otro lugar y que el cadáver hubiera sido transportado hasta la Estación Terminal para su exhibición. El Polaco vestía remera y vaquero roñosísimos, y tenía la cara desfigurada en un rictus que el fotógrafo había captado de muy cerca, por lo que la foto daba cuenta de un adolescente que miraba hacia el costado derecho del diario. Miraba con ojos desorbitados, con un hilo de sangre y baba corriendo por la mejilla, mientras un mechón le caía entre el ojo y la oreja. Era hermoso, pensé mezclando las aclaraciones susurradas por el mozo con el sollozo del Gordo y con la foto del diario, y esa belleza no le sirvió para otra cosa que para apurar su tránsito. Evelio, que lee mis ocurrencias, puntualizó que la belleza del Polaco le sirvió de mucho, ya que le evitó años de degradación y de miseria. No se equivoque, dijo alzando su índice hacia el cielo. Ese muñeco no estaba peleándole al Rata la libertad de la chica, sino la transferencia de su dominio. Se salvó de conver-

Mientras Evelio no está

tirse en un cafishio, continuó, para asumir el noble papel de muerto joven, de promesa frustrada, de futuro perdido, lo que permite que su padre Gordo, que lo abandonó en la calle o se desinteresó de él, hoy lo llore y se sienta recuperando aquella paternidad. Esa misma que dejó vaya a saber por qué cuestiones. No importan ahora que enfrenta el dolor junto al cadáver de su hijo. Al sentirlo, el Gordo recupera una dimensión que había extraviado, quizá cuando en su propia adolescencia nadie quiso estrangularlo. No pude menos que quejarme por el comentario. Es una canallada lo que está diciendo, Evelio. No se sintió mortificado. La estadística viene en mi sostén, avisó. Demuestra que los hijos de pobres están destinados a ser pobres como sus padres. Que las mejoras son excepcionales y poco probables. Que las oportunidades han naufragado. ¿Qué quiere que diga del Polaquito? ¿Que iba a ser un Billy Gates? Tenía más posibilidades de ser proxeneta y alcahuete de la policía. El cable que lo mató no lo hizo más infeliz, sino que lo privó de años y de malas experiencias. Pero eso quizás haya sido bueno para los que hubieran sido sus víctimas, que han quedado libres de su amenaza, pudiendo ser victimizadas por otro.

Siempre se escapaba ese hijo de puta, se escuchó al Gordo. Pasaba días sin saber de él, hasta que alguno de los vagos con los que andaba me decía donde estaba parando, o algún tachero lo veía y me avisaba. El Chiquitín asentía, dando fe de sus dichos. Fui al juez, continuó el Gordo. A contar del Rata. Búsquelo, le dije. Pregunte a la policía de quien se trata, que lo conocen. Se lo detallé de pé a pá. Color de piel, forma de caminar, de vestirse, lugares por los que andaba. Anotaron todo en un papel que me leyeron, donde repetían lo que les había contado. Lo de La Rubita, que se pensaban juntar, que la chica iba a trabajar para él, todo. Hasta conté del dinero que le había dado, por si hubiera alguna posibilidad de recuperarlo. Por las dudas, aumenté la suma. Anotaron todo, me lo hicieron firmar y me despacharon diciendo que me quedara tranquilo, que ahora intervenían ellos.

Evelio me hizo una seña, volteando la cabeza como diciéndome ¡escuche, escuche! ¿Qué jode, Evelio?, me encabrité. ¿Acaso sabe lo qué pasó con la actuación del fiscal y del juez? No, pero lo imagino, rió. Esta historia es vieja como la injusticia. Nada hace suponer que deba tener un final distinto.

08.

Dijo que yo era un miedoso. No usó la palabra, pero ese fue el concepto. Y ese miedo - para Evelio - explicaba la sensación de estar en falta que arrastro desde siempre y que se me había potenciado con la desocupación. No podría acusar a Romina de habérmela inoculado. Casado con Gladys fue igual, y cuando mi madre me miraba fijo era lo mismo. Pareciera tener que ver con su trato con las mujeres, arriesgó Evelio mientras pedía otras dos ginebras. Preferí no responderle. ¿Duele o le preocupa?, insistió Evelio. Le pedí que no me jodiera. Esa noche me revolví en la cama sin poder dormir, hasta que Romina protestó que le estaba desarmando las mantas, haciendo viento y molestándola. Bastó para chivarme. Tiré las frazadas al pie de la cama, encendí la luz y le pregunté si creía que mi madre me había instilado el miedo a todo o por todo. Me contestó que volviera las frazadas a su lugar, que apagara la luz y la dejara tranquila, que había tenido un día bravo. Quise insistir pero ella repitió que necesitaba descansar. Lo dijo enfatizando lo del descanso, y me dio la espalda para continuarlo. Como no podía ser de otra manera, hice lo que me pidió, sintiéndome en falta por perturbar su sueño. Me quedé quieto y desvelado, sobando la pregunta que nadie tenía apuro en responder. Tampoco interés. ¿A quien preocupaba un sentimiento tan brumoso, tan inespecífico? A nadie. Me lo había anticipado Evelio con su habitual acidez, cuando después de diagnosticarme el mal aclaró que no era para asustarse. Miles me acompañan en el pánico. Todos disimulan o lo ignoran creyéndose valientes, sonrió, pero el broche del miedo les aprieta los huevos. Con distinta intensidad y por lo que fuere, nadie está exento. Máxime cuando se vienen destruyendo los lazos que nos conectan con el prójimo y cada uno es más uno que antes, dijo. Lo aterrador es que eso no nos hace más libres sino más solos. Y allí es por donde entra el miedo. Se nos instala tan fuerte que

Mientras Evelio no está

pasa a ser una compañía. Cuando no está, lo extrañamos. Nos mantiene despiertos. Parece una tontería, pero sin él seríamos de madera. El miedo, en cambio, todavía nos hace transpirar. Quédese tranquilo con su terror. Cultívelo. Es quien lo hará crecer y reventar.

Al escucharlo, sonreí agradecido. Una de cal y una de arena, filosofé. De alguna forma, está haciendo un favor a mi estima. Contestó a mi sonrisa con otra, y me recomendó que no fuera pelotudo. Sin el miedo, quizá seríamos mejores pero también podríamos resultar peores, aventuró. ¿Quién podría afirmarlo? Esos giros de Evelio son una de sus particularidades que más me impactan. Pasa de filosofar a la tontería, sube y baja en su charla, queriendo demostrar que convive entre opuestos. Evelio dice que representa una farsa y al descubrir su juego lo perpetúa y me desorienta más. Quisiera tener su falta de escrúpulos, lo envidié una vuelta. No le interesó saber a qué me refería. No se quede con las ganas, me animó. Pero sepa que para eso hay que tener algún coraje, advirtió. Dije que no: Más que coraje, no hay que tener límites o tenerlos lejanos. El coraje es otra cosa. Usted lo sabe, pero su falta de escrúpulos le da para jactarse de ser un corajudo, aunque tenga la misma sangre de pato que los demás. Evelio no contestó. Tomó su ginebra, encendió un cigarrillo y se quedó mirando la calle en silencio, haciéndose el reflexivo.

Traté de pensar en el miedo que me había anunciado. Le dí vueltas, reconstruyendo lo que pasaba cuando aparecía. Fueron retazos de películas sin argumento ni sonido. Imágenes. Flecos de imágenes, para ser más exactos. Idea de flecos de imágenes detrás de esa sensación de falta. Sentí estar ocultando algo que no podía nombrar. Tenía escondido algo vinculado con cada una de mis relaciones. Con Romina y conmigo, por ejemplo. Entonces supuse que cuando me asaltaba ese sentimiento yo debía disimularlo, para que Romina no advirtiera que estaba escondiendo algo. Porque si lo notaba, preguntaría por lo oculto y yo no sabría qué decir. Balbucearía disculpas o excusas inentendibles,

con lo que me sentiría peor y más en falta, y eso se reflejaría en mi cara y Romina, al darse cuenta, rompería a llorar sintiéndose víctima de mi engaño y de mi ocultamiento, y mis protestas de inocencia caerían en el vacío y ni yo creería en ellas. Esa falta, esa secreta suciedad, debía ser como un beso del diablo. Se me ocurrió que si la cuestión se equiparaba a un beso o a un pecado, la falta o lo siniestro se volvía algo absurdo y calenturiento, una enfermedad o un castigo. ¿Qué iba a esconder cuando no escondía nada? De donde lo pecaminoso estaba en la potencialidad de la trasgresión, intuida desde antes de que ocurriese. Y ese anticipo adelantaba una expiación angustiante, ya que nadie puede sufrir o aterrizzarse por lo que no está, ni esconder lo que no existe. De donde era imposible compartir esa sensación, y su última racionalidad consistía en el conocimiento de mi origen de falso huérfano, manchado y mentiroso como un sueño y real y vigente como una pesadilla. No se trataba, entonces, de que mi padre me hubiese abandonado estando yo en la cuna, sino que era posible que yo, desde la cuna, hubiera echado a mi padre, con la complicidad materna. Sobre la mesa del café de Independencia y Estados Unidos vi insinuarse una clave posible. Encendí un cigarrillo y le di una pitada larguísima. Quería inundarme de tabaco hasta echar humo por las orejas, conmovido ante lo que creía un descubrimiento importante. Evelio, llamé, sé lo que sucede con ese sentimiento del que hablaba. El otro volvió de sus pensamientos y me miró con indiferencia o al menos, creí encontrar en sus ojos un desinterés manifiesto a lo que podía contarle. ¿Qué es?, dijo en tono muy educado. La culpa, Evelio. No el miedo, sino la culpa. Puede ser, concedió sin dejar de mirar por la ventana. ¿Por qué no se da un respiro con todo eso? Va a terminar más loco que una cabra.

Estaba por contestarle no recuerdo qué, cuando la palabra culpa volvió a resonar desde la Mesa de los Taxis pronunciada por el Gordo, que la incluyó en una parrafada que tenía relación con la muerte del Polaquito. Al Gordo parecía no importarle que nadie hubiera castigado

Mientras Evelio no está

aún al asesino de su hijo. Buscar castigos no era su trabajo, y no podía perder tiempo en fiscales y policías. Tenía que darle al taxi doce horas por día para juntar la plata para pagar la pieza y comer, y ahora también para que la tumba del pibe tuviera flores y para reemplazar el dinero que le había prestado. El Gordo desechó también hacer justicia por su propia mano, porque - dijo como quien repite una fórmula que no comprende - no sería justicia sino venganza. La muerte del Rata no le iba a devolver al hijo y tratándose de un matón, el muerto podría ser él antes que el otro, con lo que en vez de un finado, habría dos para llorar.

Evelio me miró a los ojos, como preguntándome ¿oye lo que está diciendo ese? Y el Gordo continuó diciéndole al Chiquitín que La Rubita estaba embarazada. De donde ese guacho tuvo tiempo suficiente de llenarle de humo la cocina a la pendeja antes de dejarse matar, se quejó. O sea, que tengo un nieto o una nieta en la panza de esa turríta, que es capaz de pretender que yo, como abuelo, pague el aborto o el nacimiento y le mantenga al crío. Pero va muerta, anotició al Chiquitín antes que éste dijera algo. No soy ningún boludo. No pienso darle un mango. Que se pudra en su agujero y haga lo que quiera. Que lo aborte, lo tenga, lo venda o lo críe como le dé la gana, porque conmigo no tiene nada que ver. Si el pibe fue lo bastante machito como para hacerle un hijo, debió ser también machito para prever cómo criarlo. Y si ese hijo de puta lo único que planeó fue explotarla y volverse un cafiolo, menos tengo que preverlo yo. No soy ningún tarado. Solo me queda esperar que se haga justicia, explicó el Gordo, y para eso estuve con el juez y con el fiscal y firmé los papeles que me pusieron delante, después de que anotaron todo lo que declaré. Ellos tienen la obligación de hacer justicia y la harán, y cuando eso ocurra mi hijo quedará en paz. Dio un gruñido y se sumió en un silencio que al Chiquitín pareció ponerlo incómodo.

Evelio volvió a mirarme. ¿Lo oyó?, preguntó en voz baja. No esperó que le contestara y siguió en un susurro. Si no fuese un buzón de

mierda y un almacén de cerveza, ese idiota podría buscar al matador de su hijo y cobrarse vida por vida. Y si no se lo permiten los principios, suponiendo que los tenga, podría buscar a La Rubita para ayudarla con su nieto. En cualquiera de esas variantes, podría imaginar que su hijo volvería a vivir y él sería un hombre. Pero como su hombría estaba hipotecada desde antes, su hijo murió abandonado como morirá su nieto, y cuando esto ocurra, este estúpido se sentará a la mesa de un bar a gritar otra vez la misma historia sin un asomo de vergüenza.

¿Por qué tendría que tenerla? Lo dije en forma automática, y más que un interrogante para Evelio, sentí que era una pregunta para mí. Quedé sorprendido al oírme y Evelio comentó su asombro. ¿Usted, que siente culpa sin saber por qué ni de qué, me pregunta eso? Vale la pena preguntárselo, respondí. Sobre todo, cuando el otro aparenta no tener vergüenza. Se encogió de hombros. El Gordo parecía seguro de no tener que rendir cuentas a nadie por su inacción. Había firmado papeles ante el juez y el fiscal, y con esas firmas les transfirió el problema. El Polaquito era, en el relato desangrado que habíamos oído, otro, un ajeno. El Gordo, ya calmado de su llanto, parecía fresco como una lechuga después de contar que su hijo vagaba abandonado y que su nieto le importaba un pito. Ese tipo no debiera hacer sombra en el piso, se encrespó Evelio. Y sin embargo, la hace más grande que yo.

Recordando sombras, dos se proyectaron frente mío. ¿Todavía por aquí?, interroga Catón. Todavía, contesto con un encogimiento de hombros. Este amigo tarda demasiado. Tiene costumbres de mina en lo que se refiere a la puntualidad, aventura Ton. Se sonríen con las manos a la cintura. Están parados delante y será por el hilo de mis ocurrencias o porque yo mismo estoy siendo sospechoso ante mis ojos, que empiezo a ponerme nervioso. Se me secan los labios. Los repaso con la lengua y les muestro el ticket del corned-barbecú. Estoy en regla, aviso. Sigo siendo un cliente que cumple. Ríen y se sientan. Un descansito, declara Catón.

Mientras Evelio no está

Para relajar los pies. Después de tantas horas, duelen. Lo peor es que arden, cuenta Ton. Es como tener brasas en los zapatos. Quédense el tiempo que necesiten, ofrezco generoso. Si quieren, tómense un refresco. ¿Soborno?, pregunta Catón. Iba por cuenta de ustedes, desmiento. No me contestan y se reclinan en sus sillas. Catón se saca su gorra y la coloca junto a su garrote sobre la mesa. Estira las piernas y resopla, mientras Ton me mira fijo.

Ahora resulta que tenés inmunidad, anuncia Catón. La autoridad nos ha informado que debemos dejarte en paz. Por lo que veo, has transado con el sargento y conseguiste su amparo. Me defiende diciendo que Trocanter, como protección, parece poca. Al menos, la bastante barata para ser comprada por un gilito como vos, ataca Ton. Pido que conversemos sin ofender. Hago mi vida y dejo que los demás hagan la suya.

Catón no está de acuerdo. Nada está bien, compadre. La corrupción del poli permite sostener un sistema basado en la miseria. Abro los ojos de la sorpresa ante su discurso. ¿Desde cuando revolucionario?, me burlo. ¿Un vigilador agitando banderas de barricada? Catón toma su garrote y señala un calendario digital. Hoy es día impar, y me toca ser de izquierda y a Ton de derecha. Mañana, día par, cambiaremos. Ton será de izquierda, y a mí me tocará la derecha, ¿entendés? Confieso que no y explican que es parte de su entrenamiento. La única ideología en el Shopping es la del orden y la seguridad, dijeron. En algún momento de cada día, asumimos esos papeles por un rato y los jugamos. Nos da flexibilidad ¿sabés?. Nos abre la cabeza y nos vuelve más objetivos y desapasionados. Nos profesionaliza más, acota Ton. ¿Vas entendiendo o te lo tengo que explicar de otra forma? Digo que entendí todo.

Ríen. No me creen. No entendés nada. Estás habituado al rebaño, define Ton. Perdiste la noción de lo heroico junto con la idea de raza. No tenés orgullo ni afán de conquista. La guerra es ajena a vos, al igual que la gloria. Estás dominado por el miedo, remacha. Un alienado entre-

gado al consumismo, corona Catón. Sin Dios ni Ley, concluye Ton. Asiento con un gesto. Tienen razón, muchachos. Toda la razón. Me observan. No nos tomes para la chacota que te desarmamos a palazos aquí mismo, avisa Ton. ¿O no nos creés capaces de hacerlo? Respondo que los creo capaces.

Yo vengo de muy abajo, querido, cuenta Ton. Como también Catón. Sabemos lo que es la vida y lo que es la calle. Pero también tenemos nuestra instrucción, no te creas. Pero de tanto meternos cosas encima y andar empastillados, hicimos un montón de cagadas, de las que pudimos enderezar a tiempo. Antes teníamos otros nombres, pero quedaron tan quemados en la policía que preferimos usar estos de ahora, que son más artísticos. Por eso, para nosotros vigilar que no los jodan a ustedes no es solo un trabajo. También es un acto de expiación. Algo así como un testimonio. ¿Está claro?

Le digo que no. No sé lo que es andar empastillado. Rohipnol, Ribotrix, Halopidol. Anfetas y vino, explica Catón. Las metés en un tetrabric y cuando se disuelven, te tomás todo. El mundo cambia en minutos y se vuelve un flash. Te cagás de risa de todo hasta que todo vuelve a ser la misma mierda. Lo mismo sucede con el porro, las pepas, el aceto y la merca, por lo que tiene más sentido venderlas que usarlas. Cuando se va su efecto, el mundo vuelve a ser el de siempre, dividido en chorros, mejicanos, azotados y bananas. ¿Vas captando? Algo, pero no mucho. ¿Quiénes son los mejicanos, los azotados y los bananas? Rien al oírme. Mi ignorancia les causa gracia. Vos vivís en un sombrero, señala Catón. Los chorros sabés quiénes son. Mejicanos, son los que roban a los chorros. Los azotados son los tipos como vos, los normales que trabajan todo el día para dar de comer a su familia. Y los bananas somos nosotros, que cuidamos que los azotados puedan trabajar y gastar sin que los chorros los molesten. ¿Está claro ahora? Digo que sí. Ahora está clarísimo.

Un silencio espeso se instala entre los nosotros. Me miran y Ton

empieza a tararear una canción marcial. “*En lo alto la mirada/luchemos por la patria redimida...*”. Catón le pide que se calle. El otro se resiste. “...*Que el sol sobre tu frente/alumbra tu coraje, camarada/ya el brazo de tu madre...*”, berrea provocativo. ¡Silencio!, repite Catón. “... *te señaló la ruta iluminada...*”, culmina el otro, imperturbable, para callar finalmente. Catón suspira con alivio y me explica: es todo lo que sabe. Es una canción demasiado antigua. Los que la conocieron no la recuerdan. Nos la enseñó un viejo, una noche. Tenía mala memoria, y repetía las mismas estrofas. Al final se puso pesado y tuvimos que echarlo, pero nos aportó lo suyo. En días pares, yo también la canto. Es linda y tiene swing, ¿no creés? Digo que como era una marcha de los que fueron mis adversarios políticos, la conozco pero no entera. Ton se sorprende de que yo hubiera podido tener adversarios. ¿Vos, adversarios? Yo, les digo. Con nombre y apellido. ¿Y qué pasó con ellos? Finalmente, me rompieron el culo. A mí y a los de mi partido. Les ganaron, afirma. Si, reconozco. Primero nos persiguieron y finalmente nos convencieron o se mezclaron con nosotros. Una tristeza. Mirá vos, comenta sin dar muestras de haberme entendido. Apenas lo dice, vuelve a lo que es su interés y se espera. ¿Recordarás entonces alguna otra estrofa, quizás? Luego de un rato, arriesgo que después de “*luchemos por la patria redimida*” viene “*el arma sobre el brazo/la voz de la esperanza amanecida*”. Ton la ensaya y aprueba. Saca un papel y la escribe. Mañana te la paso, le promete a Catón. Te la cambio por aquella cuarteta del Ejército del Ebro. Catón se hace el interesante, pero finalmente accede. Se coloca la gorra, toma el garrote y se incorpora. Nos diste algo, agradece. Pero es poco comparado con lo que debés haberle dado al poli. Seguís debiéndonos. Protesto pero no me llevan el apunte. De última, les recuerdo, tengo la cobertura de Trocanter. Me advierten que si bien es necesaria, no resulta suficiente. Pensalo, sugieren. Te conviene arreglar también con nosotros. Aunque no sepas por qué. Uno siempre tiene algo por lo que responder, comentaron al irse.

Los vi alejarse, y me vino la remembranza de cuando había descubierto la culpa. Si esos dos me hubieran escuchado, no lo hubiesen hecho mejor. El último recordatorio de Catón me perseguía. ¿De qué tengo que responder? ¿De qué tengo culpa? ¿Maté al Polaquito, acaso? ¿Violé o exploté a La Rubita? ¿Robé? ¿Estoy colocando explosivos en el Patio de Comidas? ¿Cuál es el delito que purgo en cada mirada de Romina, de mi madre o de los Vigiladores? Me recuerdo en el bar de Estados Unidos e Independencia mirando por la ventana, hundido en la perplejidad de la historia del Polaquito contada por su padre, y al mencionar una muerte y un padre se me aparece el retrato del mío cuando lo tenía por fallecido y orlado de negro, componiendo en la pared del dormitorio materno la fúnebre imagen de una orfandad finalmente apócrifa, y sentí que en algún sitio una puerta se abría sobre bisagras oxidadas. Un rayo entra por la abertura. La luz es intensa, como de un sol de verano. Enmarca la puerta integrando la imagen de un espacio donde entra mi padre de traje con chaleco, con cadena relojera cruzándole el abdomen, sombrero y corbata. Los rasgos de su cara no se distinguen pero los intuyo en medio de la luminosidad y del polvillo. Desde algún lugar me vuelve la canción que entonaba Ton sobre el brazo de la madre que señalaba la ruta iluminada. La mía señalaba un cuadro, colgado en la pared como un trofeo de taxidermista. ¿Cuál era la ruta iluminada que mostraba el brazo de mi madre? ¿La del varón muerto o la del huido, ausente de cualquier manera? En la puerta se recortaba la imagen antigua y vaporosa de mi padre. Sus rasgos no se distinguen. Podían ser aquellos borrosos de la pared del dormitorio de mi madre. También podían ser los de Trocanter, o los de Ton o de Catón, o los de cualquiera. Podría, incluso, no tener rasgos. Solo un vacío. La puerta se cierra y queda la oscuridad. Siento que alguien me mira desde algún lado y me descubre. Esos ojos me acusan de algo que no puedo precisar. Siguen allí.

09.

Recordé que Evelio tenía teléfono celular. El número estaba en la agenda de casa, por lo que se me ocurrió ubicarlo para ver qué le sucedía. Busqué los teléfonos públicos y los divisé junto a los baños. Para llegar allí tendría que abandonar la mesa o dejar mi mochila en ella, en señal de posesión, pero eso implicaba un riesgo. Decidí que no eran tiempos para más pérdidas. La cargué y fui hasta un aparato desde donde no perdía de vista el Patio de Comidas. Desde allí podría ver si Evelio llegaba mientras yo trataba de saber de él. Marqué el número de mi casa y atendió Romina con tal rapidez que me dio la pauta de que la llamada la encontró cerca del aparato. Cuando le conté que seguía esperando, no se sorprendió. Tampoco se enojó ni lo tomó como una desconsideración hacia mí. Menos mal que se le ocurrió llamar, saludó. Evelio acaba de avisar que tuvo un problema con el auto y está un poco atrasado. Teniendo en cuenta que estaba aguardándolo desde temprano, lo de poco me sonó cruel. Se nota que soy yo quien espera, rezongué. Ese hijo de puta podría haber sido más claro. ¿No dijo cuando llegaría? Sabía de antemano cual sería la respuesta, por lo que no me sorprendí cuando Romina contestó que no le anticipó nada. Tenía el celular con batería baja. Por eso fue breve. Pero intentó consolarme con que Evelio en algún momento arribaría. Tené paciencia, pidió. Al fin y al cabo, no estás a la intemperie ni en una esquina. Cuando le dije que quería volver a casa, me recordó que Evelio me había ofrecido un trabajo. No te vayas, me indicó. No tenés otra cosa que hacer. Podés perder la tarde allí, si fuera necesario. Hoy lo es. En casa, terminarías loco y peleándonos. Opiné que no sería un mal programa. Un cuerpo a cuerpo entre vos y yo. No estaría mal, ¿verdad? En una de esas, hasta podríamos disfrutar una erección. Rió, pero insistió con lo del trabajo. Anoté el número del celular de Evelio y le mandé un beso.

Las relaciones con Romina tenían un grado de tensión que las mantenía vigentes. Oscilábamos entre el odio y el amor, por lo que estábamos siempre buscándonos como dos gatos en un callejón, ya fuese para el arañazo como para la caricia. La circunstancia de habernos encontrado mientras estábamos con otras parejas debió pesar en la que hicimos. No es fácil tener la traición como telón de fondo, pero uno se junta como puede y no como quisiera y mucho menos como debiera. Nuestra historia empezó clandestinamente, con citas furtivas y miradas de incendio, mientras en algún otro lugar de la ciudad su marido cumplía con su jornada de trabajo y Gladys me creía dedicado a idénticos menesteres. Hay veces en que ese inicio me pesa todavía hoy, cuando converso educadamente con ella de las pocas cuestiones que aún nos unen, y que son los gastos del departamento que tenemos en condominio y que ella ocupa, o temas relacionados con los chicos, que viven con ella. Han quedado atrás las peleas sobre el régimen de visitas o la época de las vacaciones o el pago de los alimentos. Hoy, nuestros hijos son grandes y ejercen su libre albedrío y tienen pocas ganas de compartir su tiempo conmigo. Vienen y van cuando quieren, y hago como que estoy a su disposición. Manso, me pliego a sus programas que, por lo general, consisten en una rápida visita por casa, algún almuerzo y el consabido pago de sus mensualidades entre el cinco y diez de cada mes. Lo único que queda de conflictivo con Gladys, es la resolución de sus quejas inmobiliarias. El departamento que aún tenemos en común está mal mantenido. Necesita una pintada, el cambio de algún sanitario y la reparación de los revoques. Esos trabajos son fáciles de hacerlos cuando son en el departamento que uno ocupa, pero hacerse cargo de ellos desde afuera es una condena. Le he dicho a Gladys que Luis tendría que encargarse. Al fin y al cabo, vive en el departamento desde que ellos se juntaron. Ella dice que Luis no puede ni debe, porque no es el dueño ni tiene habilidad manual. Sostengo que en ese caso, debiera pagar para que otros hagan por él, que usufructuará las reparaciones. Gladys responde que para

reclamar eso debo ser un iluso o un imbécil. La discusión termina siempre cuando yo consiento la calificación, agregando que la mejor prueba de mi imbecilidad radica en que nunca pedí que Luis pagase algo de alquiler, o afrontase - aunque fuere mínimamente - los gastos de expensas comunes y los impuestos. A lo que Gladys no contesta. Hace silencio o cambia de tema, para regresar a él en otra oportunidad. De donde resulta que los arreglos siguen esperando y el departamento se cae a pedazos. Al final terminaré donando mi mitad a mis hijos, y que sean ellos los que se ocupen de hacer los arreglos pendientes y de soportarlo a Luis. Esa decisión la tengo tomada hace tiempo, pero la pérdida del trabajo ha tornado más urgente instrumentarla. Si les regalo mi mitad, me ahorraré la mitad de las expensas y de los impuestos. Si bien no es mucho, cuando no se gana cualquier ahorro ayuda, como diría Trocater. Pero para donar mi parte tendría que vencer la resistencia de Romina, que no es poca. Según ella, debería exigir que Luis pagase los arreglos, la mitad de los gastos de mantenimiento y un pequeño alquiler. Cuando lo descarto, responde que soy un iluso o un imbécil y al oírlo coincidiendo con Gladys, sospecho que las dos tienen razón y entonces, lo que hago es no hacer nada. Luis sigue viviendo en mi mitad indivisa, no cambia ni el cuerito de las canillas, no paga nada del mantenimiento de la que en los hechos es su casa y yo imagino que algún día convenceré a Romina y me dejará regalar mi mitad a los chicos. Mientras tanto, todo sigue igual, pero si continúo desocupado este asunto podría complicarse. Si bien me molesta la actitud de Luis, que considero abusiva, nunca la cuestioné por entenderla un precio bajo por haber dinamitado la pareja. Con Gladys hemos estado juntos tantos años que no quisiera dañarla más de lo que pude haberlo hecho. Aunque, a decir verdad, tampoco sé cuánto la dañé realmente. Se la ve bien con Luis. Hacen una linda pareja, como dirían las comadres. Con él, tiene vacaciones todos los años, es socia de un club de tenis y ha viajado por medio mundo. De haber seguido juntos, eso no hubiera sido posible. A pesar del tiempo que llevamos separados,

Mientras Evelio no está

hay momentos en que me pregunto para qué o por qué lo hice. Nunca terminaré de saberlo. Digamos que actué. Con más ferocidad que conciencia. Se trató de las pocas veces en que me sentí envuelto en una pasión y la consideré un obsequio de los dioses, por lo que cuando llegó el sufrimiento, la ira y el dolor, no me sorprendí, ya que esos son, desde antiguo, su alimento.

Cuando se lo conté a Evelio dijo que yo era un ingenuo o un tonto, coincidiendo con Gladys y con Romina. Pero quiso traer paz a mi espíritu haciéndome notar que si esa traición fue un acto de libertad, debería preguntarme qué hice con ella. Al traicionar está violando un principio que no creó pero al que adhiere. O sea, considere que emprendió un acto de autonomía del que puede o no arrepentirse. Pero ese arrepentimiento o esa congratulación por el significado que esa traición habría tenido para usted, no le interesa a nadie. Como tampoco le importaba a nadie si usted cumplía bien, regular o mal sus obligaciones de padre y marido. Mientras nadie se lo reclamara, la presunción es que todo estaba bien, aunque en la realidad todo hubiese estado mal y usted hubiera estado viviendo para el carajo. Lo que le importa al mundo, declaró con aire de mono sabio, es que cuando usted ejerció su libertad violó la ley. Socialmente hablando, lo trascendente de su acto fue eso y solo eso. ¿Sabe que el fin de las leyes es el de prever las consecuencias de las traiciones? ¿Qué quiere decirme con eso?, me encrespé. Que si fuese cierto, lo importante no sería traicionar o no. Está previsto que pueda traicionar, y está pautada la consecuencia de ese acto. Lo que importaría, en caso de llevarla a cabo, sería que fuese por algo que le valiera la pena. Y esa valoración, mi amigo, solo la puede hacer usted. Lo demás es cotillón. Hágame caso y piérdale miedo a los rótulos, me dijo en tono afectuoso. Lo que importa es lo que le pasa acá, señaló dándose un golpecito en el pecho.

Como siempre, había pedido ginebra y encendido un cigarrillo con uno de esos fósforos de cera del tiempo de ñaupá, que no sabía de

donde los sacaba. No se fabrican más, observé una tarde. No aquí, coincidió Evelio. Me los traen del Uruguay, a pedido. Me cuestan un montón, pero me gustan. Al encenderse producen un pequeño fogonazo, una nubecita de humo denso que se deshace enseguida y dejan un olor acre que me recuerda otra época, en la que yo era mejor persona porque todavía era una promesa. Ahora, con todos mis años, soy también una traición o una promesa incumplida. Ya ve, mi amigo, que nos parecemos también en eso. Por estos dos traidores, saludó alzando su copita de Bols. Levanté la mía y sin tocarla, la volví donde estaba. Aspiré una pitada profunda y sentí el áspero viaje del tabaco. Lo saqué por la boca y la nariz y me envolví en una nubecita azul que se despejó hasta que hice otra, más tenue y no tan salvaje. El rostro de Gladys me volvió en una ráfaga de amor y no pude menos que dar un cabezazo tratando de alejar el recuerdo. De alguna manera, seguía queriéndola. Rascando la costra que nos dejó las heridas y el tiempo, ella había sido mi mujer, y yo había quebrado nuestro contrato. Apenas lo hube dicho, Evelio me contestó con un interrogante. ¿Cómo puede prometerse cumplir algo por años cuando se ignora si durará meses? ¿Cuál es la sinceridad de esa promesa?, se preguntó en un murmullo. En el fondo, son solo exteriorizaciones de acatamiento a una norma social. Lo que se siente verdaderamente no le interesa a nadie. Lo único que se asegura en un juramento es la persistencia de nuestro miedo a la soledad. Todos somos promesas incumplidas, dije. Pero es porque no las hicimos nosotros ¿no cree? Pareció pensarlo y le agradó. ¡Muy bueno!, festejó. ¿Le molesta si lo uso? Me encogí de hombros diciendo que no sabía si era creación mía o lo había leído en algún almanaque. Le regalo la frase, concluí. No me interesa.

Tanta gaseosa y tanta soda no podían dejar de hacer su efecto y tuve ganas de orinar. Por suerte o para mi desgracia, no había el menor riesgo de que Evelio arribase pronto, por lo que fui al baño. Era níveo y reluciente, y estaba impregnado de una fragancia de pino que acentuaba

Mientras Evelio no está

la sensación de limpieza. Parecía un quirófano. Los desechos debían tener una dimensión tan aséptica que se volvían virtuales, reducidos a ser solo una momentánea interrupción en el paseo de compras. Enfrenté un mingitorio y saqué mi instrumento de las profundidades del pantalón. Estaba iniciando mi descarga alzando la cabeza como para descubrir el azul del firmamento, cuando entraron unos tipos. Por el rabillo del ojo distinguí sus sombras. Eran dos. Pasaron hacia los retretes y escuché ruidos de puerta. Volví a concentrarme en vaciar la vejiga. Veía el orín romperse contra la porcelana del mingitorio, en cuyo fondo había unas naftalinas. Sentía la tibieza de mi miembro en la mano y la suave vibración que le imprimía el chorro de orina al recorrerlo, y me preguntaba que hubiera hecho con mis ganas de no haber sabido que Evelio estaba en la carretera con problemas en el auto. Si no hubiese llamado a casa, estaría en el Patio de Comidas cruzando las piernas y aguantándome hasta la rabia. Dentro de la desgracia del plantón, había tenido esa suerte.

Estaba en lo mío cuando se abrió la puerta y entraron Ton y Catón empuñando sus garrotes. Corrieron hacia los retretes ordenando que los desocuparan o de lo contrario, tirarían la puerta abajo. Los miré mientras me cerraba la bragueta y Ton, descubriéndome, me saludó alzando su garrote. De un retrete salieron los dos tipos que había entrevisto en siluetas. Uno era un cuarentón, en tanto que el otro era más joven. Se los veía aturdidos por los gritos y por la violencia. Catón se precipitó sobre el más joven, aprisionándolo con el bastón contra la pared, mientras que Ton agarró al otro empujándolo hacia la salida. El hombre cayó, lo que fue aprovechado por Ton para ponerle el taco de su zapato en la entrepierna. Apretó Ton, y el hombre, desde el piso, pidió que los dejaran ir. Claro que los voy a dejar ir, prometió el otro. No queremos putos haciendo porquerías en los baños. Pueden venir a gastar sus dineros, muchachos, pero si se portan como personas normales, ¿entendiste, viejo? Nada de cochinas en el Shopping. No podés pasarte

de la raya aquí adentro, ¿está claro? El hombre gimió asintiendo, y Catón dijo que ya estaba bien. Estaban para cuidar el orden, por lo que bastaba con eso. Además, los señores eran clientes. Ton retiró su taco y permitió que se levantara. Su compañero estaba en un rincón, junto a los lavatorios y guardaba silencio. Junto a él, Catón movía su garrote, alerta. Cuando el más viejo se incorporó, Ton ordenó que se fueran señalándoles la puerta. La próxima vez que los encuentre haciendo estas cosas, habrá leña, advirtió. ¿Está claro? No contestaron. Abriendo la puerta, se perdieron entre la gente.

Los vigiladores se volvieron hacia mí con una amabilidad exagerada. Nos volvemos a encontrar, observó Catón. Parece que nuestros senderos confluyen, ¿verdad? ¿Qué hacías aquí en vez de esperar a tu amigo en el Patio? Dije que había venido a mear. ¿No estarías esperando turno para una mamada?, rió Ton. Hice un gesto de fastidio y me encaminé hacia la salida. Un momento, compañero, pidió Catón. No tanto apuro. Le pedí que me dejase pasar, pero negó con la cabeza. Si contempla a su alrededor, observará que estamos solos en este recinto tan sagrado. Es buen momento para repasar el estado de nuestros negocios. Usted no contribuyó para la campaña. Debe hacerlo, indicó poniendo su palma bajo mi nariz. Su aporte es ineludible, interrumpió Ton dedicándome una sonrisa inefable. ¿Qué si me niego? Nada, hombre, dijo Catón con seriedad. No nos hagas poner duros o tristes. Queremos que compartas tu dinero no solo con Trocanter sino también con nosotros. Además, el cuento de que estás esperando a un amigo es insostenible. Si insistís en mantenerlo sin pagar peaje, tendrás que esperar en otro lado. Si no, le diremos al Jefe que sos raro, y llamará al patrullero que te llevará a la Comisaría para averiguar tus antecedentes. ¿Qué decidís?

Pregunté si estaban seguros de que el patrullero vendría al llamado de su Jefe, y asintieron sin perder sus sonrisas. Parecían disfrutar el momento. ¡Claro que vendrá! ¡Y enseguida! ¿No te das cuenta de que el Shopping es el complejo comercial y de entretenimientos más grande

Mientras Evelio no está

en el área de la Seccional?, preguntó Catón. Aquí se pagan fortunas para que la policía trabaje de tal y persiga a los carteristas, a los arrebatadores y a todos aquellos que pueden joder el negocio. Incluyendo a los uruchilos, a los boliguanos, a los perulenos, a los sucios, a los mendigos roñosos, a los pobres guarangos y a los locos molestos, indicó Ton. Y también se paga para que no se moleste a la gente ni se persiga a las prostitutas finas ni a los homosexuales ni a los drogonos ni a sus dealers mientras sean discretos. El precio comprende el arresto de aquellos que son entrometidos, ruidosos, violentos o simplemente imbéciles. Como verás, este emprendimiento está dirigido a permitir la libertad de comprar y vender y al completo disfrute de esas actividades. Dejamos que la mano invisible del mercado seleccione por sí sola al público del Shopping, al que le brindamos la seguridad que pide y necesita. Como la mano invisible del mercado a veces falla, aparecemos nosotros, que vendríamos a ser una especie de traumatólogos de la mano invisible del mercado, bromeó Ton. Cuando tenemos alguno que podría traer problemas o que es poco claro, o que es un tramposo que corrompe a honestos policías, como es tu caso, intervenimos. Llamamos al Jefe, él llama a la Comisaría, viene el patrullero y te lleva para que les cuentes a los canas quienes y a qué te dedicás. Así que vos elegís. Quedarse en el Patio de Comidas tiene un precio que no se salda con lo que hayas arreglado con el sargento. Nosotros también somos parte del mecanismo que hace funcionar al Patio. No nos podés discriminar, apoyó Catón. Sería injusto. Ilegítimo y molesto, completó Ton. Arbitrario, sentenció Catón. Con un suspiro, saqué un billete de diez y se los ofrecí. Para los dos, señalé. Y con esto, quedo en paz con ustedes, con la policía, con el Jefe y con la puta que los parió. Con la Patria y con el Pueblo, afirmó Catón tomando el dinero.

Enfilé hacia la salida, pero Ton me retuvo con brusquedad. No tanta prisa, compañero. A mí nadie me putea y se la lleva de arriba y de vos ya estoy hasta la gorra, por lo que aún no hemos terminado, anunció

empujándome hacia un retrete. Cuando lo haya hecho, te juro que serás otro tipo, anticipó. Del envión quedé sentado en la tasa de un inodoro, viendo a aquel energúmeno aproximarse blandiendo su garrote. Intenté levantarme, pero me golpeó las piernas de manera que me derrumbé, aullando de dolor. Me dio una seguidilla de palazos que no por rápida dejó de ser efectiva, mientras me recordaba que con su vieja no. Me brotaron las lágrimas mientras Ton seguía molliéndome a palos con la serena precisión de un verdugo. Cuando cesó la paliza, sacó un par de grilletes de su cinto y me esposó las manos a la espalda, gruñendo que con su vieja nadie se metía. Pese al estado lamentable en que me encontraba intenté resistir, pero Catón intervino y, solidario con su camarada, me garroteó los hombros con unos mandobles secos y dolorosos, con lo que terminó mi defensa. Ton me tomó del pelo mientras me prometía el infierno por haberlo puteado y, sacando su pija dijo que ella era su madre, por lo que para reparar el insulto, la debía besar. Negué con la cabeza y me pidió suavemente que no fuese tonto, que un besito a una madre no era nada, pero que si seguía negándome acabaría más lastimado. Un besito, vamos, para lavar la ofensa y restablecer nuestra amistad. ¿Qué es un besito, chabón?, preguntó empezando a estrangularme. La falta de aire me hizo coincidir con él en que no era nada, y poniendo los labios en morro rocé su glande. No le debió resultar suficiente, por lo que le hizo una seña a Catón que, inclinándose con un movimiento rápido, me aferró los huevos mientras Ton me apretó las mejillas hasta que abrí la boca, lo que aprovechó para meterme su poronga dentro de ella. Me ordenó que se la chupara y que, de no hacerlo, Catón me arrancararía las pelotas. Lo dijo mientras su compinche me las estrujaba de tal manera que no me quedó duda. Llorando, lo trabajé como quería y cuando consolidó mi derrota, guardó su cosa y mirándome desde su altura, anunció que podía andar tranquilo, que ni su mamá ni ellos me guardaban rencor por haberlos puteado y que cuidarían de que nadie me molestase mientras esperaba a mi amigo.

Hundido en el retrete hasta el fondo de mi vergüenza, con el cuerpo dolorido a lo largo y a lo ancho y con los sentidos entumecidos, no supe ni quise contestarle. ¿Estás bien?, quiso saber Catón. Estaba por responderle cuando entró un tipo a orinar. Se detuvo sorprendido al verlos en la puerta del retrete hablando conmigo, hasta que advirtió que se trataba de los vigiladores del Shopping y eso lo tranquilizó. Despacio y sin poder sofocar mis dolores, me incorporé. Me arreglé la ropa y pasé entre ellos hasta los lavatorios, donde hice un buche profundo. Me lavé la cara y comprobé los rastros de los golpes. Aproveché la presencia silenciosa del otro para salir y los vigiladores vinieron detrás mío. Pasó todo, ¿verdad compañero?, opinó Catón. No contesté y me dirigí hacia la lomitería, donde tomé asiento. ¿Te sentís bien?, insistía Catón. Déjenme tranquilo, les pedí al borde del sollozo. Necesitaría no verlos. Aire, por favor. Aire y silencio, amplió Ton asintiendo. Le pregunté qué quería decir con eso, y pidió que no me hiciera el inocente. Quise decir que no podés hablar con nadie de lo que pasó. Una sola palabra y nuestro trato se quiebra. Y si se quiebra, te repito el tratamiento. Y además, te rompo el hoyo. Que te quede claro, advirtió. Y tampoco quiero verte por aquí después de las ocho de la noche. Con o sin tu amigo, a esa hora tenés que irte. Si te encontramos después, tendrás que darle el tratamiento del baño a Catón o te repetimos la sesión que tuviste, cerró poniéndose en marcha hacia algún sitio.

Miré las espaldas de esos gorilas y me asaltó una sensación de impotencia, de rabia y de asco que me llevó de nuevo al baño, donde me encerré en un retrete y vomité y lloré hasta que me dolieron los ojos. Sentado en el inodoro, repasé los hematomas que me dejó el ataque de Ton. No recuerdo cuanto tiempo estuve llorando, pero al volver al Patio de Comidas me sentí mejor. Verifiqué que para las ocho de la noche aún faltaba.

10.

Traté de convencerme de que tenía que olvidar lo pasado. La violación fue un episodio terrible que el tiempo se encargaría de ir borrándolo de la memoria hasta que solo sea el recuerdo tenue de un mal sueño. Debía tenerme paciencia y dejar que la sucesión de los días hiciera su trabajo. Y sobre todo, evitar caer en la desesperanza, en la desvalorización o en cuadros depresivos. Lo pasado, pisado. La vida continuaba y en el episodio me había tocado ser la víctima. Y como tal, era el inocente; el que está libre de toda culpa y por su mera condición de víctima, merecedor de compasión, justicia y respeto. Ton se había impuesto sobre mí por la fuerza. Con la ayuda de su cómplice, me había cagado a palos hasta vencer mi resistencia y casi me arrancó los huevos para conseguir su mamada. Otros habían pasado por iguales o peores experiencias y siguieron vivos. No era para tanto, pues. A mí nadie me había cogido. Las únicas marcas que me quedaron eran la de los golpes. Nada más. Lo pasado no modificaría mis elecciones sexuales. Era lo bastante grande como para procesar lo sucedido y neutralizar sus efectos dañinos. Pero más allá de los consuelos, sentí que una vez más, me encontraba dándome explicaciones para aliviar, como dice el tango, *“la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser”*. Estaba harto de tener que explicarme todo para poder seguir viviendo. Por más elaboradas que pudieran ser las justificaciones con las que me lamiera mis escaras, en alguna parte mía no terminaba de convencerme. Allí se alojaba la helada sensación de lastimoso desprecio por mí mismo, con la que venía conviviendo desde hacía años. Pasaba el tiempo y esa sensación se tornaba cada vez más congelada. Llegará el día en que, de tanto frío, empezará a quemarme y quizá ese ardor sea un alivio. Mientras siga invadiéndome el hielo, su efecto anestésico continuará impidiéndome sentir. En algún punto, siento que eso no es del todo bueno. Nada de lo barruntado me

impedía sentir que por dentro estaba rompiéndome a pedazos.

Con un ánimo y un humor que de tan oscuros podrían hacer sombra, me senté a una mesa del Patio a tomar algo fuerte. Además de los consuelos que pudiera darme, necesitaba meterme adentro un poco de alcohol, para desinfectar la basura que Ton me había dado a tragar.

Se acercó la camarera a tomar mi pedido y para mi sorpresa, resultó ser la gordita corned-barbecú. Al reconocermela, me saludó como si fuéramos viejos amigos. Encargué una ginebra doble con hielo y la vi irse hacia la barra, contorneándose a sabiendas de que la estaba mirando. Después de lo sucedido y de mis tristes meditaciones, me hizo bien estimarle el traste como si estuviera por montarlo. Cuando regresó trayendo la ginebra, se me ocurrió invitarla a que se siente. No soportaba estar a solas con mi angustia y necesitaba confirmarme que las mujeres seguían gustándome. La chica era lo bastante linda y lo suficientemente tonta como para distraer mi depresión y llevarme hacia otros territorios mientras se iba distanciando el episodio del baño y continuaba con mi espera. Pero rechazó mi convite diciendo que no podía, que lo tenía más que prohibido. Si me pescan me echan. En horario de trabajo no podemos tratar con confianza o familiarmente a los clientes. Tanto es así que hay chicas que, cuando vienen sus novios, los tratan de usted. Al principio les resultaba chocante, pero al final les divierte. A ella no le sucedía porque en este momento estaba sin novio. Pero cuando tuviera el próximo, tendría que manejarse así, por lo que creía que iba a ser mejor que su futuro enamorado no viniese por aquí. No quisiera que me vea sirviendo mesas o limpiando. Opiné que era un trabajo como cualquier otro, pero lo desechó. Es trabajo de sirvienta. No me gustaría que por eso, después me tratase como a una sierva, dijo alejándose.

La seguí con la vista y cuando giró a mirar hacia donde yo estaba, le pedí con gestos otra ginebra. Me la trajo y después de revolotear por

los alrededores, estuvo cuchicheando con la cajera. Al rato comenzó a acomodar las sillas alrededor de las mesas vacías, con lo que se desplazó hacia la mía. Yo había empezado a leer el diario de la mañana, y al verla cerca le pregunté como se llamaba. Wanda, contestó. Lindo nombre, dije. Pero parece de fantasía. Protestó que era el suyo, aunque con poca convicción. Le hice saber que yo no tenía inconvenientes en que fuera falso. En una época me acostumbré a usar cualquier nombre. ¿Cuándo? ¿Dónde?, preguntó incrédula. Cuando estuve en la clandestinidad, respondí bajando la voz. ¿Qué es eso?, se asombró. Una manera de caminar por la vida. Ahora no se usa más, pero en un tiempo estuvo de moda. Dijo que me burlaba de ella. Que eso estaba mal. Le aseguré que no era así y le pregunté si ahora no tenía problemas en tratarme y conversar conmigo. Aclaró que la encargada no estaba. Volvería en media hora, dijo, para confiarme luego que no se llamaba Wanda. Mi nombre de nacimiento, el del documento, es Rosa. Wanda me lo pusieron aquí. A todas nos bautizan al ingreso. Hubiera querido ser Vanessa, pero ya había una. Wanda o Abigail, me ofreció la encargada. ¡Wanda, entonces! No quedaba otra, explicó. Al principio no me gustaba, pero me fue cayendo. Ahora no lo cambiaría. Soy Wanda. Wanda. Wanda. Cerraba los ojos al pronunciar su nombre, como si entrase en éxtasis. Inawandable. Pregunté qué había hecho con su nombre real. Dejé de usarlo. Ahora soy Wanda, insistió. Aquí, en mi casa, en la vida. Soy otra persona, distinta de Rosa. Mejor o más valiosa que Rosa. ¿No es ridículo ese nombre? Rosa. No tiene encanto. Es sonso y marchito. Por eso, soy Wanda. Aquí y para siempre. Quise concluir el tema y leer el diario, pero la gordita corned-barbecú seguía con ganas de charla. Maldije para mis adentros y le aconsejé que no hablara con desconocidos. Te puedo hacer daño, avisé. Volvió a reír como una muñeca tonta y dijo que no me creía. Un hombre como usted es incapaz de hacer daño a nadie. En la cara se ve que es bueno.

Lo decía tan en serio que me sentí humillado por el reconoci-

miento. Encendí un cigarrillo y tirando el humo hacia la cúpula vidriada que cubría el Patio, le dije que ahí donde me veía con mi cara de santo, yo era un asesino. Peligroso e impune. Volvió a reírse. Ningún criminal andaría tan tranquilo. Expliqué que había sucedido hacía muchísimo tiempo. No habías nacido aún, dije para ubicarla. Insistió con lo de mi rostro bondadoso, hasta que me empezó a sacar de quicio. ¿Querés escuchar la historia?. Asintió encantada pero avisó que no podía sentarse para oír. Seré breve, anticipé. Escuchá: Cuando era chico, a la vuelta de donde vivía había una casa con una higuera. En verano, esa casa y su tapial cubierto por la higuera eran los únicos lugares con sombra. Los perros, en el calor, se estiraban allí y miraban cómo nos amontonábamos enfrente, tratando de capturar el frescor de la piedra. De puro aburridos, una vez concluimos en que la vieja que vivía en esa casa de la higuera, tanto por ser vieja como por sus ropas negras, era una Bruja. Y al bautizarla le dimos nacimiento. Si en lugar de la Casa de la Bruja hubiésemos dicho, por ejemplo, la Casa de la Higuera o el Parador de los Perros, la historia hubiera sido distinta. Pero éramos chicos y eso fue un juego hasta que dejó de serlo y la Casa de la Bruja pasó a ser una zona que había que evitar. Cuando se abría el portón y salía La Bruja, encorvada sobre su bastón, no faltaba el chico que se persignara. Y tanto hablar de La Casa de La Bruja, que así quedó en el barrio. Hubo quien dijo que éramos unos ingenuos al creer en brujas. No era cierto. Ni creíamos en brujas ni éramos ingenuos. La prueba está en la forma en que terminó el juego.

Wanda sonrió sin dejar de mirar a su alrededor si había algún cliente sin atender. Se me ocurrió que el cuento venía desde la región de mis terrores y de mis olvidos, que es como decir que procedía de mi infancia, que fue siempre un páramo oscuro y doloroso al que el paso de los años y la distancia no le aportan brillo. Con la vista puesta detrás del hombro de Wanda, continué enhebrando el relato con voz opaca. Eran vísperas de Navidad, había terminado el almuerzo y estábamos libres, con la calle a nuestra disposición y los grandes durmiendo la siesta. Nos

juntamos en un zaguán frente a la Casa de la Bruja, con la pirotecnia con la que contábamos para la Nochebuena. Eran cohetes de cabezas amarillas que se raspaban como fósforos y unas pocas cañitas voladoras. Disfrutábamos más prometiéndonos su encendido que haciéndolos estallar. Y cuando eso pasaba, el estruendo era mezuquino.

Wanda me mira. Supongo que trata de imaginarme chico y no puede. La imposibilidad está también en los tamaños. Yo chico implica un cuerpo que contradice mi volumen actual. Mis manos son grandes, nervudas y llenas de pelos. Manos de hombre. No hay chicos así, debe decirse. Entonces, yo niño soy un ente de fantasía, un elfo, un gnomo, en definitiva, distinto de quien lo nombra. La historia es la de ese gnomo y no la del hombre que la narra con voz blanda.

Nunca conté cómo terminó la historia, dije sonriéndole. Ella me retribuye la sonrisa con otra. Es agradable verla sonreír, pero no puedo evitar sentir que su cara se borrona y aparece la de Ton haciéndome muecas. Sacudo la cabeza para alejar la imagen y vuelve la sonrisa de Wanda. Esa tarde apareció la Bruja caminando hacia su casa, continuó. La miramos desde el zaguán y uno gritó con voz de falsete ¡bruja !;bruja ! Representate la escena, invito. La calle era un horno, brillante bajo el sol. El calor traía un silencio que aplastaba todo, y en ese silencio, el grito llegó a oídos de La Bruja. Se volvió hacia nosotros y nos amenazó con su bastón. Nos pegamos un susto bárbaro y escapamos hacia el fondo del zaguán donde estábamos. Como huida no valió gran cosa, pero fue la única que se nos ocurrió. Agazapados detrás de una escalera, vimos como La Bruja se metía en su Casa. Cuando cerró su portón volvimos a la vereda, avergonzados por la estampida. Estuvimos de acuerdo en que si nos agarraba nos hacía mierda, y a ese comentario se le sumó otro y otro que nos fueron exaltando hasta que uno corrió hasta la Casa de la Bruja y arrojó un cohete por encima de su tapial. Los demás lo seguimos, descargando nuestro arsenal de cohetes y cañitas voladoras para reivin-

dicar nuestro honor. ¡Ya verá esa Bruja de mierda!, nos prometíamos al lanzar nuestros explosivos. En dos minutos se terminaron las explosiones y tuvimos que escapar de las puteadas de los vecinos, despertados por el bochinche. Por eso no vimos cuando se prendió el fuego. Volvimos cuando vimos pasar al camión de los bomberos. Las llamas devoraron la Casa de La Bruja. Cuando las apagaron, vino una ambulancia y retiró su cuerpo. Dijeron que había muerto por el humo de los retazos de tela apilados en el patio, que ardieron con los cohetes. Con esa muerte pasé a ser un asesino anónimo. ¿Te das cuenta lo que fue ver entrar aquel cuerpo en la ambulancia?. De no ser por nuestra idiotez, hubiera vivido hasta que le sucediese cualquier forma esperable de morir. Y sin embargo su destino fue más trágico, solo por coincidir con el nuestro, que era nuevito o inocente, ¿cómo llamarlo? imberbe, imbécil, impredecible.

¿Entonces?, preguntó Wanda. Nada, dije encogiéndome de hombros. Que empecé a ser grande convertido en un asesino, repetí. Y el tiempo convierte la anécdota en fantasía. ¿Puede alguien quemar viva a una persona y seguir como si nada y olvidar el episodio? Ella me lo preguntó alzando el mentón. ¿Se puede?

Éramos chicos, traté de explicarlo. Todos coincidieron en que la pobre vieja había muerto de casualidad, como pasan esas cosas, sin que nadie pudiera preverlo. En la averiguación de un hecho así intervienen peritos que han visto y estudiado miles de incendios; médicos forenses y toda una comparsa que informó al juez cómo pudieron pasar las cosas. Y el juez, que también vio y estudió miles de accidentes, sentenció que la muerte de la Bruja había sido originada por la expansión de una fuente de fuego nacida accidentalmente de la combustión de desechos textiles acumulados por la víctima, que ardieron en contacto con chispas producidas por una cañita voladora. Y archivó las actuaciones. Pero mis compinches de esa tarde y yo sabemos que quisimos acabar con ella y lo logramos, de donde lo que importó fue nuestro deseo, que motorizó el

acto. Con esa certidumbre andamos sueltos. Fíate entonces de mi cara de bueno.

Wanda se repasó los labios con la lengua, sonrió y siguió acomodando las sillas de alrededor. ¿Es cierta la historia?, preguntó al rato. Negué sacudiendo la cabeza. No. Es pura fantasía. Soy un mentiroso. Me miró con aire de duda. ¿Y cuándo miente? ¿Al contarla o al desmentirla?, quiso saber. Ese es un secreto profesional, contesté. Si querés, a la salida de tu trabajo nos encontramos y te cuento más detalles. Hizo una mueca que no significaba nada, recogió la bandeja y sin decir más, se despidió diciendo que tenía que hacer. Sonreí como un conejo y me sentí un tarado.

¿Cuándo mentí? ¿Hoy, que trato de seducir a la gordita y olvidar la imagen de Ton metiéndome su pija en la boca, o ayer cuando prometí serle fiel a Gladys? ¿Cuándo lamenté la falsedad de la historia de mi padre? ¿Cuándo decía que daba mi vida por el Viejo Caudillo? ¿O cuando me consideraba un señor útil, con una ocupación que me daba chapa de tal? ¿Vivía bien cuando estaba con trabajo? Recuerdo el día que siguió a aquel donde me había dejado basurear por el D.E. Entré a la empresa y fui al que todavía era mi agujero. Antes de que la Gerencia de Personal y Recursos Humanos me computara como un blanco móvil, me gustaba llegar temprano. Paseaba por las salas y los despachos disfrutando de la quietud de cada lugar. A primera hora, las moquetas están barridas y peinadas, los escritorios y los papeleros vacíos, los teléfonos mudos y la ciudad se despliega frente a los ventanales mostrando los edificios y las copas de los árboles. En esos momentos, sentía que todo estaba en orden. Esos espacios se volvieron ajenos por el mero aviso de mi cese. En aquel momento me había parecido asombroso que, pese a estar allí, ya no era nada ni nadie, y ya ese lugar había dejado de pertenecerme y yo había dejado también de ser suyo. Todo eso resultaba de la naturaleza de las circunstancias. Me restaba aguardar que me dijeran las condicio-

nes del despido. Que me leyeran el epitafio o me lo enviaran por telegrama. Me había sentado ante mi tablero de dibujo y después de un instante, concluí en que, de tener alguna dignidad, orgullo o alternativas, debería irme. A aceptar mi destino o a rehacerlo, sin esperar más. Así : arreglar algunos papeles, pedir mi liquidación y saludar a un par de tipos. Y luego a la calle, a buscar un nuevo lugar o a inventarme otra manera de vivir. Hacerme rápido otra identidad, apta para olvidar el exilio a punto de iniciarse. No perdí el trabajo por mis cagadas, me dije, sino que fue mi función la esfumada. O sea, que se había vaciado. De donde yo también carecía de sentido y - para llamarlo con los términos de Alimena - resulté tercerizable. Y si fui tercerizable en mi función, significaba que también podía serlo como persona, por lo que al tercerizarse mi humanidad, quedaba convertido en otro, un ajeno, un fuelle vacío. Hoy río al acordarme de la rabia idiota que me invadió entonces. Odié con fuerza. Si hubiera tenido coraje, hubiese roto todo, para irme después caminando lento. Apenas la tuve, había sentido vergüenza de mis fantasías. Eran tan vulgares y gastadas, que ni eran mías ni eran fantasías sino repeticiones de antiguas imágenes. Lugares comunes. Tenía domesticada hasta la rabia. Había reído en mitad del salón de dibujo y al escucharme me volvió la seriedad y largué el aire sin saber qué hacer. No me fui. No rompí nada. Seguí en mi tarea y cumplí mi horario hasta el último segundo de la jornada, porque trabajo y horario eran lo único cierto que tenía entonces, y cumplirlos era lo mejor que sabía o podía hacer. Al irme ya para el destierro, guardé los elementos de dibujo como si los fuera a utilizar al día siguiente. Fue el comportamiento de un mono domesticado. Recordé la figura del D.E. y debí reconocerme que me infundía más respeto que odio, por lo que no podía odiarlo porque lo respetaba con temor reverencial. Me pareció paradójico. Después me dije que era una burla del destino. El D.E. no tenía esos problemas. El no debía odiarme y mucho menos respetarme. Pese a ser ambos humanos. Compatriotas. Ciudadanos de idénticos derechos. Entonces, ¿por

qué suponía que no me respetaba? No sentí necesidad de responderme para saberlo. Ante el D.E. sentí lo mismo que hubiese podido experimentar de haberme encontrado ante Perón o ante mi padre. La misma imposibilidad de todo. Al recordar a mi padre, me vino a la memoria mi hijo Miguel. Solía despertarlo para llevarlo al colegio. Con los ojos hechos dos ranuras, Miguelito desayunaba su café con leche con tostadas de manteca y dulce. Al minuto de estar listo para salir a comenzar su día, empezaba a toser, lo que le provocaba arcadas que le hacían vomitar el desayuno sobre los mosaicos de la cocina. Yo le alcanzaba un vaso de agua y una servilleta, limpiaba el enchastre y volvía a ofrecerle un desayuno, que Miguelito rechazaba. Antes de dejarlo en la puerta del colegio, le compraba un alfajor y un jugo de naranja y me quedaba viéndolo irse, con la náusea de su vómito revolviéndome el estómago.

Me digo que quizá por comenzar así el día, Miguelito desarrolló un buen humor envidiable. Me quedó el recuerdo de sus vómitos como algo mío o dedicado a mí. Mi primogénito arrancaba su día vomitando y daba la impresión que de ese acto sacaba el alivio y las fuerzas suficientes para afrontar el mundo. Me pregunté si no tendría que adoptar ese método para vencer la rutina de buscar inútilmente un trabajo inexistente, de esperar que me respetasen en aquel lugar o que llegara Evelio. No supe ni quise contestarme. Sonreí para mis adentros, me imaginé vomitando sobre el D.E. y sentí entonces un alivio que debía ser parecido al de Miguelito.

11.

El tiempo sigue deslizándose moroso y su lentitud no mejora mi espera, pero la envuelve el sopor del aburrimiento. El hastío embota el recuerdo de la ofensa sufrida y todo parece quieto o aquietado, con excepción de los gorritos colorados con orejitas de ratón de los chicos de Roberto, que se mueven a lo largo y lo ancho de su sector, a pocos metros de mi observatorio. Corren de aquí para allá, vendiendo, empacando, limpiando, sirviendo. Gerundios en movimiento. En el local de Pizza & Pasta, en cambio, las cosas están más tranquilas. El vendedor de sushi, por su parte, al compás del reloj, guardó los pescados para la noche y pasó a comerciar té de colores y de flores, pasteles de arroz y budines de colibríes. Sobre el Patio se ha instalado un aire de relajada distensión. Agotados los almuerzos tardíos, el lugar entró en una meseta calma. Me dejo estar junto a mi vaso de gaseosa y miro alrededor. Poca gente transita ante las vidrieras de ropa, de los bazares, de las casas de música y de regalos. Alguno entra a un negocio y compra algo. Otros se entretienen mirando. Hay vendedoras a las puertas de los locales, esperando. Impresionan esos locales de luz dicróica y pisos flotantes, con tanto vidrio y plástico y fotografías y decoraciones, sin nadie que entre. La repetición de los mismos elementos en cada negocio, por encima de su aparente variedad, los uniforma. El hecho de estar desiertos, los agranda. Las vendedoras también son todas iguales. Son mayormente lindas, mayormente flacas, mayormente vestidas de negro, con ropas muy ajustadas o muy cortas que les marcan sus cuerpos mayormente bien formados. Me pregunto si también a ellas las bautizarán al ingresar al trabajo, como a Wanda. Prosigo diciéndome que esas chicas a las puertas de sus negocios me recuerdan el relato de Evelio sobre las prostitutas de Amsterdam. Están detrás de las vidrieras o paradas a la puerta, me contó. Pasás y elegís. ¿A cualquiera? A cualquiera. También podés no

Mientras Evelio no está

verlas con solo elegir no ir por donde están, ya que la ciudad tiene mejores lugares. También podrías irte a estudiar filosofía, contesté bur-lón. También, había asentido Evelio. En Amsterdam floreció la filosofía. Baruj Spinoza era de allí. Mucho gusto, dije. Evelio hizo una inclinación de cabeza. No te explicaré quien fue, me anticipó. Agradecí su gesto y quise volver a las mujeres que se exhibían en las vidrieras. Tienen un farolito rojo en la puerta, y las hay de todo tipo. Altas, bajas, medianas, amarillas, blancas, negras, lo que quieras. Están allí casi desnudas, ofre-ciéndose. ¿Cómo se ofrecen? Algunas te hacen señas, pero son las menos. La mayoría sonríe y respira hondo, para que veas el tamaño de sus tetas. Vos pasás y elegís como entre las góndolas del supermercado. Latas de atún a mi derecha, verduras congeladas en la refrigeradora, sopas deshidratadas en sobrecitos a la izquierda, lo que quieras. Allí es lo mis-mo, con la diferencia de que en vez de un carrito, empujás tu calentura, tu curiosidad o tu poco de vergüenza, según por donde te toque. Al menos, no hay productos transgénicos. A lo sumo, siliconas y nutrasweet. Recuerdo que reí al escucharlo. ¿Y? Nada. Si querés alguna, entrás y ella cierra su vidriera con una cortina de tela. En una de esas apaga la luce-cita roja, pero no lo aseguro. Yo le había dicho que tendría que haber probado a una de esas mujeres, como experiencia turística. Evelio había negado. No pude, dijo. No se trataba de querer o no. No podía mirarles las caras sin sentir vergüenza. No porque me hubiese vuelto puritano. No me parece mal que alquilen su cuerpo, si es lo que tienen para ofrecer en el mercado. Como dicen los economistas, cada uno explota sus venta-jas comparativas. Que esas minas lo hagan no me escandaliza. Al fin y al cabo, todos hemos vendido o alquilado alguna vez una parte o toda nues-tra conciencia o nuestra fuerza o nuestra inteligencia, lo cual es más o menos lo mismo. No dejé de entrar por eso. Fue por otra cosa.

Quedó en que algún día me iba a contar por qué. Hasta hoy no lo hizo, pero debo reconocer que se dieron pocas oportunidades. Lo cierto es que esas vendedoras a la puerta de sus negocios en el Shopping me

hicieron recordar la anécdota holandesa de Evelio. De escucharme, diría que no es lo mismo. Aquí ofrecen mercadería, mientras que allí la mercadería son ellas. Cierto. Ya llegaremos a eso, me digo. Cuestión de tiempo. Pero mientras tanto, me dispersé y llegué a Holanda. Vuelvo al Patio y todo sigue igual. Bostezo. Si tuviese el dinero de la indemnización, en este momento podría estar haciendo la siesta o tomando sol en la ladera de montaña. Pero la empresa no solo me había tercerizado sino que, además, me obligó a la miseria anticipada.

Cuando le conté a Evelio lo que había pasado con la indemnización, casi se atraganta de la risa. Estábamos en uno de los descansos que hacíamos entre entrega y entrega de sus famosos paquetitos. A mí me convenían esas colaboraciones, porque me entretenía y de paso ganaba unos pesos. Habíamos parado en la vereda de un bar de la Recoleta, frente al cementerio. Unas ligustrinas daban intimidad a los parroquianos, apartándolos de los peatones y asegurando tranquilidad. Si bien es cierto que usualmente ese empleo privado de lugares públicos está prohibido, algo habían acordado los del bar con la Intendencia; ya que podía presumirse que no era un arreglo provisorio sino que estaba muy bien puesto, con mesitas de mármol y silloncitos cromados para sentarse a recibir la caricia del sol. Pedimos unas ginebras y dejamos que el sol nos calentara el cuerpo. El alcohol se me introducía como un fuego helado. Con los ojos cerrados, lo bebí a pequeños tragos y luego sentí el tabaco y después o antes o entretanto el sol, pleno y completo sobre mí, besando mi cuero. Y la ginebra y el tabaco y el sol me dieron una serena sensación de placidez que me llevó a contarle a Evelio mi entrevero laboral con el Arquitecto y su D.E., y de mi esperanza de justicia, y fue allí donde ese mierda se puso a reír como desahogado, atragantándose con la ginebra y con el humo de su pipa y tosió y se rió de mi historia, que es como decir que se rió de mi esperanza o de mí. Esperé a que se le pasara la tosida para reprocharle su falta de solidaridad y volvió a reír hasta desgañitarse. Después de aspirar hondo y secarse las lágrimas, dijo

Mientras Evelio no está

que yo estaba loco. ¿Qué espera de un juez designado por los representantes políticos de su deudor?, me preguntó concentrándose en encender el tabaco de su cazoleta. ¡Almita cándida!, proclamó con tono compasivo. ¿Qué y de quién está esperando qué? ¿No ve que su Arquitecto sabe cómo es el juego, mientras usted ni siquiera está empezando a intuirlo? El conocimiento, en ese sentido, es parte del poder. El Arquitecto y su Directorio, al disponer su despido, barajaron sus alternativas y posibilidades con precisión suiza. Le llevan ventaja. Negué. No es posible, dije. Pero Evelio siguió hablando como si yo estuviera en silencio. Acepte que el ejercicio del poder trae un conocimiento, propuso. El desarrollo de ese saber se imbrica con el poder, de manera que los dos - saber y poder - crecen juntos. ¿Me explico? Sí, lo alenté. Pero no veo donde quiere llegar. Quiero llegar a que esto que le pasa fue previsto por su Arquitecto y su D.E., que midieron plazos, procedimientos, demoras, urgencias, necesidades, presiones, desgastes y honorarios. Y por eso propusieron pagarle la mitad de su indemnización. Porque ese dinero le corresponde a usted sólo por un pacto antiguo, que le reconocía unos pesos para que viviera hasta conseguir otro trabajo. Pero ahora sabemos que no encontrará una nueva ocupación, y menos en forma rápida. Es más: se acepta la posibilidad de que nunca más vuelva a tener trabajo. Entonces, la indemnización no asegura ninguna supervivencia, sino que posterga el arribo de su miseria. De donde ese costo, hoy, carece de sentido para este sistema que, por un principio de economía, prefiere terminar rápido con usted. Máxime cuando usted tampoco tiene quien lo defienda en serio. Estamos volviendo al estado más puro y salvaje de la naturaleza. Si hurga en ella no encontrará ningún preaviso que no sea el del viento cuando sopla, trayendo los olores del cazador y de la posible presa. De donde su derecho, hoy, no es tal. Es una golosina que le dieron una vez para que se creyera protegido y no pensara en rojo. Ahora que no hay más Muro de Berlín, que desapareció la Unión Soviética, que los sindicatos son empresas de turismo y medicina prepaga y que desapare-

ció el enemigo que justificaba asegurarle una sobrevida, volvemos al comienzo. O sea, al viejo juego de pactar por cuánto se deja. Cómo en Amsterdam ¿vivo? ¿Usted cree que esas mujeres están en las vidrieras porque son unas degeneradas? Quizá lo sean, pero seguro que llaman a los turistas para poder comer y para que su cashio siga viviendo. Bueno: Holanda está a la vuelta de la esquina y usted no se daba cuenta hasta que su Arquitecto le obligó a estudiar geografía. Ahora que lo sabe, elija de una buena vez y déjese de joder. En la vieja lucha de clases, le tocó jugar con las negras. Demás está recordarle que en esta partida usted juega por necesidad, por lo que perderá por obligación. No se engañe. Suponiendo que lo que dice sea cierto, aventuré. ¿Arreglo con la empresa o sigo el juicio? Se encogió de hombros y contestó que no sabía qué era lo mejor. Quizá convendría esperar al Arquitecto a la salida de su casa y molerlo a palos. O advertirle que lo hará si no paga, sugirió. Pero la amenaza no le resultará creíble, por lo que habrá que darle la paliza y después de haberle avisado, puede suceder que el hombre esté alerta y fracase el intento. Podría también incendiarle la empresa o el auto, seguir el pleito, secuestrarle un hijo y pedir rescate. No sé, confié. Podría usted olvidarse de todo o convertirse en el Arquitecto y echar a sus proyectistas sin pagarles un peso. O sino, podría pedir otra ginebra y seguir tomando sol. Opté por lo último, sabedor que en ese momento era solo un tipo que llevaba los paquetitos de Evelio sin tener idea de su contenido. Siempre llevó paquetitos cerrados sin saber qué tenían adentro, proclamó Evelio cuando reiteré mi protesta por la falta de información. Sentí que estaba en lo cierto y que, en mi situación, no me quedaba otro remedio que soportar la ignorancia. Espero que no sea droga, dije. Quizá la esté llevando, me contestó con aire provocador. ¿De donde cree que saco dinero para vivir? Déjese de joder y disfrute del sol, que para eso le doblé la paga. En ese entonces me había convencido, pero aquí, en el Patio de Comidas, no hay sol, lo que me impide disfrutarlo. A pesar de eso, a esta hora el lugar está plácido. Exceptuando la gimnasia

Mientras Evelio no está

febril de los muchachos de Roberto, que con sus carreras me hacen recordar a las hormigas antes de una tormenta, el resto es calmo. Enciendo otro cigarrillo y me digo que estoy fumando demasiado. Me prometo por enésima vez que más adelante dejaré el cigarrillo o fumaré menos.

En medio de la poca gente que transitaba por los pasillos, pude ver a la Mendiga. No bien la divisé empujando su cochecito de bebé, supe que vendría hacia mí. Esa intuición fue, sin duda, la que guió sus pasos hacia mi mesa, sin prisas ni pausas. En aquel momento desconocía que era la Mendiga, pero no me llevó demasiado tiempo saberlo. Se trata de una mujer alta, vestida con sobriedad, con el pelo cubierto por un pañuelo floreado de seda. Aparenta unos treinta años, pero dicen que es más joven. Va por el Shopping empujando un cochecito de bebé, y posiblemente en su interior haya uno, si es que el día anterior tuvo una recaudación suficiente para alquilarlo. Según Evelio, un bebé de alrededor de un año y blanquito, puede costar unos cincuenta pesos la jornada. Si tiene ojos celestes, habrá que poner diez mangos más, pero dependerá del día. Una cosa son los fines de semana, feriados o sus vísperas y otra de lunes a miércoles, en que la cotización baja porque la demanda afloja muchísimo. Eso la obliga, a veces, a portar un muñeco envuelto entre sábanas y gasas. Lo cierto es que la Mendiga anda con su cochecito cubierto con capota, y el hueco lo lleva cubierto con un tul. Se detiene frente a los paseantes y los manguea con una triste historia. En mi caso, estacionó y me echó su discurso en un castellano macarrónico, y que consistía en que ella y su bebé “... *erran rrefugiados alfano-kosofarres que estafan pasando hamfffrre porque Alto Comissionado de Nacioness Unidasss los hafía afandonado en essta ciudad, donde estafan esperrando poderr folfer a Cristina tan prronto como pudierran. Perro mientras tanto, señorr, hafía que comerr. ¿No podrría ayudarrla con unass monedasss?*”. Me envió una mirada que quería ser enternecedora, pero que tenía la profundidad y malicia propias de un martillero en una su-

basta pública. Recordé que cuando era estudiante de la Escuela Nocturna tenía un condiscípulo que trabajaba por Plaza Once, al que le decíamos Sordomú. Repartía por los cafés unos papelitos que explicaban su drama: *“Soy sordomudo. Mi padre nos abandonó y quedó mi madre a cargo de mis cuatro hermanitos. No consigo trabajo, pero no quiero robar para alimentarlos. ¿Podría ayudarme con algo? Dios, que todo lo ve, lo recompensará”*. Los escribía uno por uno con letra de imprenta. Estaban ajados y mugrientos de tanto manoseo, por lo que había noches en que el Sordomú me pedía que lo ayudase en redactar nuevos para su reemplazo. Sacaba buena plata, pero tenía riesgos. Había que arreglar con la policía para que no se lo llevaran por mendicidad o averiguación de antecedentes, lo que le generaba un costo fijo que había que amortizar de entrada. Los días de lluvia, por ejemplo - explicaba - trato de que los tiras no me vean, así no cotizo. Los días flojos, me llevan casi la mitad de la recaudación, pero no queda otra. También había que hacerse respetar por los pungas, por los buscas y por los fraudulentos que vendían rifas para Asociaciones Cooperadoras inexistentes, Uniones de Lucha contra las Plagas de Egipto, Iglesias de la Resurrección del Alma para su Empeño, Ligas de Putas Honestas y Emancipadas y otras asociaciones civiles con fines de lucro dedicadas a vivir de la piedad ajena. La gente es buena, decía Sordomú. Pero hay tantos competidores que a veces se termina a los sopapos. Los peores eran los ciegos, que teniendo buena vista para los negocios, peleaban los espacios al milímetro. Aún así, el negocio rendía.

Años más tarde, seguía de sordomudo, pero ya no era como en los viejos tiempos. Todo cambió, se lamentó mientras comíamos. Primero, fue la desconfianza: mucha gente no cree en nuestras enfermedades ni en nuestras invalideces. Supone que son falsas y eso merma los ingresos. Después, la represión de la dictadura al gremio fue espantosa. Hubo desaparecidos, muertos y torturados. Hasta que entendieron que no éramos guerrilleros disfrazados y que solo queríamos mendigar, hubo que

cuidarse. Para más, cuando llegó el Mundial de Fútbol dieron orden de que los pordioseros se esfumaran para no dañar la imagen del país. Lo plantearon como una cuestión de Estado y hubo que obedecer. Uno violó la consigna y se paró a pedir donde estaban los periodistas extranjeros. Cada dólar que le daban lo mostraba como una condecoración. Lo dejaron durante tres días, hasta que se confió. Lo atropelló un camión recolector de basura. Lo que podría llamarse un accidente. Entendimos el mensaje y nadie jodió más. Durante ese tiempo, nos las arreglamos como pudimos. Hasta hubo quien llegó a trabajar. Pero como todo tiene su fin, un día se fueron los militares, llegó la democracia y se pudo respirar. Los negocios repuntaron a pesar de la crisis, hasta que llegaron los inmigrantes. Vos sabés que nunca discriminé a nadie, había aclarado el Sordomú a esa altura de su relato. Pero debo reconocer que los extranjeros nos jodieron. A mi manera, yo pertenezco a una pyme o a un sindicato que necesita cierta protección estatal para funcionar. Los primeros extranjeros que nos embromaron fueron unos inválidos chilentinos venidos para las Olimpiadas de Discapacitados. Eran veintisiete hijos de puta, invitados por la Secretaría de Deportes con gastos pagados. Los metieron en la Villa Olímpica y entrenaban en los Bosques de Palermo donde podías verlos dar vueltas y carreras en sus sillas ortopédicas. No sé quien habrá sido el primero, pero uno de ellos, aprovechando que el tránsito se había detenido en un semáforo, empezó a mangar. Y claro: Si pensás que, por la convertibilidad, un peso es igual a un dólar y que donde viven esos tipos un dólar es una fortuna, te darás cuenta cómo siguió la cosa. Durante las Olimpiadas de Discapacitados compitieron y hasta ganaron alguna copa. Cuando terminaron los Juegos y tuvieron que regresar a su país, se quedaron mangando. Pensé que si en una buena jornada podían hacer entre ochenta y cien pesos, eran otros tantos dólares, que en su tierra sacaban más mal que bien en quince días. Resultado: Se fueron para volver en un micro charteado. Se estacionaron en los bosques y comenzaron a mendigar en forma organizada. Hasta se

trajeron un cocinero para que les hiciera la ranchada. A los que trabajábamos en forma independiente, nos barrieron. Por suerte, llegó la policía con los de Migraciones y tuvieron que irse. Pero de tanto en tanto vuelven. Se quedan una quincena, veinte días a lo más, hasta que interviene de nuevo la cana o se les vence el plazo para devolver el micro. Después de ellos, vinieron los perulenos, que también incursionaron en el oficio. Sin ánimo de generalizar, señalo que son gente violenta y guaranga. Tras ellos, los boliguanos. Y por si no éramos bastantes, se sumaron los del interior. Aún así, Sordomú sobrevivía. Evelio lo hubiera meado de desprecio. ¡Los únicos con derecho a discriminar a los extranjeros son los indios!, decía. ¿Sabe por qué no lo hacen?, preguntó una vuelta. Arriesgué que por nobleza nativa, y había reído. ¡No, tarado! Porque no pueden. Hemos matado a la mayoría y los que quedaron están buscando su alma. Se la robamos. Como robamos todo, concluyó.

Los ojos pedigüeños de la Mendiga me hicieron acordar de Sordomú, y comencé a negarme a sus pedidos con un tenue movimiento de cabeza. De todas formas, no quise que se fuera de inmediato. Resulta extraño lo que digo, pero era así: que me pidiera algo a mí, ¡tan luego a mí!, me hacía sentir que yo podía ser envidiado por tener algo que dar. Aunque fuese solamente un mejor dominio del idioma que ella destrozaba exagerando su acento extranjero. Ella, entonces, era menos que yo. Más necesitada que yo. Quise saber hace cuánto estaba en el país, pero eludió la respuesta para insistir con lo suyo. Tuve un compañero que mendigaba, expliqué para retenerla. Le decíamos Sordomú, porque se había especializado. No creo que haya abandonado el rubro. Él me contó como es lo de ustedes. La Mendiga titubeó y educadamente cambió de tema pidiéndome que la invitase con algún *rresfrresssco*. *No es un buen día. No hay cassi nadie. Y essstoy cansssada*, dijo. *Tengo sed. Y hamfre. Perro me conformmarría con algún rresfreesssco*.

Su pedido me confirmó que ella estaba más jodida que yo y por algún lado me tocó. Me acerqué al mostrador de la hamburguesería y le

Mientras Evelio no está

pedí a Roberto una hamburguesa doble - una Dablmít - con una gaseosa. Pagué con un papel de cinco, recibí mi vuelto, cargué todo en una bandeja y volví donde la Mendiga me estaba aguardando. No había terminado de sentarme cuando vino Wanda y con una sonrisa de hielo me pidió que utilizara las mesas de Roberto. Estando las suyas vacías, se deben ocupar primero, explicó. Sobre todo habiéndole comprado a él.

Quise disculparme pero no me dio tiempo y me dejó con la palabra en la boca, sosteniendo la bandeja en el aire. Dándome por vencido, invité a la Mendiga a mudarnos. Apenas nos reubicamos, le entregué la compra con aire de apóstol en ejercicio y le pedí que se repusiera de su fatiga.

12.

Observaba a la Mendiga masticando los aritos de cebolla y el Dablmít chorreante de ketchup y sentí algo parecido a la lástima. Digo parecido porque no era un sentimiento neto, sino que venía enturbiado por una sensación de ferocidad. De piadosa ferocidad, digamos, pero de ferocidad al fin y al cabo. La miraba y me imaginaba destrozándola a patadas. O hundiéndole una espada en medio de los pechos. O tirando su cochecito de bebé con su contenido escaleras abajo. Sonreí mostrando los dientes como si quisiera morderla y me dije que, fuese como fuera, lo que sentía era lástima más o menos genuina. Pero no por ella, sino por mí. Aún me dolía el cuerpo de los bastonazos que me dieron los vigiladores, y guardaba en el pecho una herida que sangraba en silencio. ¿Qué estaba haciendo en ese infierno? ¿Esperando a quién para qué? No supe qué responder y me sentí una basura, que conversaba con otra al único fin de aumentar su propia cotización. Volví a encarar a la Mendiga, que estaba dando cuenta de su Dablmít. Comía con ademanes de indudable animalidad, inclinándose sobre la bandeja para evitar que la salsa le chorrease el vestido, de forma tal que parecía más una cerda o una perra que una mujer. Habláme de Kosovo, le pedí con cierto tono autoritario. *¿Qué quiere que cuente? ¿Cómo es? ¿Cómo se vive? Ahorra ya no es más, dijo. Ahorra ya no se fife más en Kósofo. ¿Pero antes? Antes..., antes sí se fifya en Kósofo. Perro fino la güerrra y se acafó todo.* Cuando le pregunté si había estado prisionera de los serbios, murmuró cualquier cosa. Algo así como que *una siempre es prisionera de alguien.* Cuando le pedí que precisara, pareció enojarse. *¿Qué preguntas cosa que leyó en diarrios? ¿No viste televisión, eh? ¿Querer remover dolores terrribless en mí? ¿Qué preguntas voss?.* La acusé de impostora, pero no me entendió. *¿Qué es esso? No entiende.* Una mentirosa, hermana, la apuré con aire sobrador. Vos sos tan de Kosovo como mi compañero de

colegio, el Sordomú. Pareció extraviarse en pensamientos insondables, de los que regresó esgrimiendo una sonrisa: *¿Slobodan Sordomú?*, preguntó animosa, ganándome en buena ley. Me di por vencido. Le di un billete de dos pesos, la saludé besándole la mano y me fui a otra mesa, sintiéndome que, en comparación con ella, yo era magnífico. Desde allí, pude ver cómo terminaba su colación, se limpiaba el ketchup y la mayonesa de las comisuras y de sus manos y tomaba el cochecito de paseo del bebé. Luego de decirme que ella *no errra ninguna tonnta*, me mandó un beso y se fue por un pasillo en busca de paseantes a los que conover.

Entonces reapareció Ton. Estaba solo, y era la primera vez que nos volvíamos a encontrar después del episodio del baño. Una sensación que oscilaba entre el odio y el temor me invadió, y preferí rehuirle la mirada. *¿Todo bien?*, saludó con aire indiferente. Nada está bien, respondí con voz oscura. Y menos con vos. Preferiría que hicieras de cuenta que no existo. No quiero charlas con vos. Se sentó a mi mesa y me dijo que no sea idiota. No fue para tanto, dijo. Además, te lo buscaste. No se putea a una madre impunemente. La madre es lo más puro que tiene un hombre. Y, por otro lado, seguís sanito y entero, señaló. Si no disfrutaste, pensá que pudo haber sido peor ¿no? Siempre las cosas pueden ser peores, opiné. Esperaba que el infierno le cayera encima. En la medida de mis posibilidades, le avisé, iba a contribuir para que eso sucediera. Es fácil abusar de un tipo atado. Algún día ajustaremos nuestras cuentas, le prometí. Entonces, veremos quien de nosotros tendrá más ventajas a favor. Ton pareció no impresionarse por la advertencia y preguntó qué había pasado con la Mendiga. Cuando dije que nada, no me creyó. Le pagaste una comida, señaló. Le diste también un billete. *¿Por qué tanta generosidad? ¿Qué hablaste con ella?* Ese tipo me fastidió con sus preguntas. Son cosas mías, Ton. Tomátelas antes de que llame al cana. Me sacó un cigarrillo del paquete y luego de encenderlo se acercó más. Sentado a mi mesa y fumando mi tabaco, parecíamos dos camaradas. Lo miré y me regaló una sonrisa que me hizo girar la vista a otra parte, mientras

repetía con desagrado que se fuera. Aproveché que no lo miraba para agarrarme la mano y arrimar el cigarrillo hasta hacerme sentir el calor de su brasa en la piel. Ahí dijo en voz muy baja que si no hablaba lo apagaría en mi palma. Será un curso breve para dejar de fumar, viejo. Te arruinaré la mano, pero te salvaré los bronquios. ¿Qué quería esa tipa? ¿Te ofreció sexo? ¿Le pagaste para tenerlo? Opiné que estaba loco, pero al oír el chisporroteo que hicieron mis vellos al chamuscarse, cambié el rumbo. No me ofreció ni compré sexo, aclaré. Se presentó como una refugiada albano-kosovar, que estaba juntando plata para ella y su bebé y me cayó simpática. La convidé con un Dablmít y una gaseosa, le pregunté por Kosovo y me contó un par de pavadas. ¿Tengo que creer esa fábula?, preguntó Ton. No hay otra. Es la pura verdad. Como habló conmigo de una manera que me causó gracia, le di unos pesos. ¿Cuántos? Pocos. ¿Qué son pocos? Un par. Sé más preciso, ¿qué es un par de pesos? Dos pesos. Te debiste sentir la Madre Teresa, ¿verdad? Un poco más joven, dije por decir algo. Me soltó disculpándose por haber tenido que ejercer violencia. No me gusta pero te la buscaste, rezongó. Necesitaba saber si la Mendiga cumple el Trato y la Norma. Por lo que contás, pareciera que sí.

Si no hubiera pasado momentos durísimos a manos de ese gorila, me hubiera reído al escucharlo haciéndome reproches. Preferí no hacer comentarios y guardé silencio. Ton señaló que, dado que yo no sabía qué era el Trato y la Norma, me lo explicaría. Le dije que no era necesario. Que podía irse ya mismo, obviando contar nada, pero pareció no escucharme. Lo he tenido que aprender casi de memoria, dijo. Dejáme que te ilustre: Trato es el convenio que une a la Mendiga con el Shopping. En el caso de ella consiste en trabajar vestida con ropa limpia durante horario diurno, no molestar más allá de lo aceptable y pagar su canon con puntualidad, explicó con aire docente. La Norma dice que quien ejerce una función dentro del Shopping no puede detentar otra, por lo que si su rol es el de Mendiga, no puede ofrecer sexo. Lo tiene prohibido, para

Mientras Evelio no está

evitar interferencias, promiscuidades, confusiones y descontroles. Además, así impedimos la evasión, dado que el canon por Mendicidad es mucho más bajo que el de Prostitución.

Lo miré con sorpresa, un poco perplejo por la organización del Shopping. Yo creía que era un sitio convencional, pero admito que me equivoqué, concedí. Ton sonrió con orgullo. ¿Verdad que está bueno? Aquí no hay lugar para la improvisación. Está previsto hasta lo imprevisto. La Mendiga no estaba prevista, por ejemplo. Apareció, se estableció sin armar escándalo y cada vez que se la echaba, volvía. Pasó lo mismo con algunos negocios en los nichos que se dan en algo que es tan grande como esto, que los podés imaginar, invitó. Ese circuito obligó a los capos a pensar algo que, según ellos nos lo explicaron, fue una innovación en las pautas de conducción gerencial. Hubieras visto cómo lo contaban. Estaban contentísimos cuando nos informaron que habían privilegiado la rentabilidad y la tolerancia en vez de aplicar criterios represivos. Y así aparecieron los Tratos y las Normas, que reglamentaron las contribuciones que esta gente venía haciendo en forma caótica, discontinua y sujeta a las arbitrariedades y caprichos de cualquiera. Por supuesto, suspiró, para nosotros implicó la pérdida de otra fuente de recursos, pero a la larga lo institucional es más serio. Este Shopping, muchacho, aspira a ser un mundo sin conflictos. Todo está ordenado y cada persona tiene un papel que cumplir. Así no hay sobresaltos. Todo brilla, es limpio y tiene que ver con una misma estética. Me puse nervioso al oírlo hablar de estética. ¿Qué sabrás de eso?, me burlé. Ton lo pensó un momento y dijo que de estética lo sabía todo. Y que, además, no necesitaba que nadie le contase qué es lo que le gusta y qué no. Ni tampoco qué es lindo ni qué es feo. Lo tengo claro, man, enfatizó. Mis convicciones son firmes y no me asusta usar la violencia para defenderlas. En el fondo, sonrió, debo ser un revolucionario. Manifesté mis dudas observando que él no era un hombre de izquierda. Asintió con fervor, señalando que la revolución no estaba a la izquierda. Esa es una mentira que no resiste ningún análisis.

Preferí no polemizar, pero le pregunté de donde habría salido esa mentira. Nos la infiltraron los judíos y los bolches, afirmó con énfasis. Ellos fueron los que trajeron ese invento porque convenía a sus planes. Dije que no entendía cómo los planes de los judíos podrían ser iguales a los de los bolches, a lo que Ton me explicó que, en general y sin querer ser discriminador, vienen superpuestos, por lo que todo bolche es judío y todo moische es bolche. Debe ser una cuestión hormonal. El ADN ¿viste?, arriesgó. No sé por qué, pero en ellos se da. Le pregunté si Patricio Etchegaray era judío. No lo conocía. ¿Quién es? Hasta donde conozco, era el Secretario General del Partido Comunista de la Argentina. Dejó la política para dedicarse al Hatha Yoga y se fugó con una corista santiagueña a Kabul, con los fondos que habían recaudado para Sai Baba. Ton no lo conocía. ¿Era judío Etchegaray?, insistí. No podría asegurar lo contrario, declaró Ton. Pero si era bolche, tenía grandes posibilidades de serlo. Lo miré diciéndome que parecía convencido. ¿Qué diría Catón?, arriesgué. Hoy, todo lo contrario, ya que este es su día zurdo. Pero también sabe que la revolución viene por la derecha. La izquierda lo que sí tuvo a lo largo de siglos fue un buen manejo de los medios, que nos hicieron creer cualquier cosa. Si hasta fue fashion ser zurdo. Pero desde que el mundo es mundo, los pájaros de mal agüero llegaban volando desde la izquierda. En las misas negras que hacen los negros en las negras noches de su infecto mundo negro, hacen la negra señal de la cruz negra empezando por la negra izquierda. Numa Paillita, el duende riojano de las pailas, aparece siempre por tu izquierda. El Pombero te hechiza con su ojo izquierdo. Y el Caraú vuela a la izquierda, y describe círculos en tal sentido. A la izquierda queda el infierno, en tanto que el Paraíso está a la derecha. En este Patio de Comidas tenés ratificado lo dicho: a la izquierda, se puso solito el japonés con su tienda de Sushi. Nadie le señaló un espacio. Fue él quien lo eligió, con toda su mala leche amarilla del infierno. Mientras que a la derecha se encuentra la lomitería. Nobles carnes rojas, palpitantes, sangrando proteínas. La esencia de la pampa,

Mientras Evelio no está

que es como decir nuestra esencia nacional. ¿dónde está ella? A la derecha. No tenés pérdida y la ceguera no se justifica. Decir que el hombre es el lobo del hombre no es un juicio de valor sino una descripción. Solo los blanditos, los putos, los rengos, los negros, los marxistas, los judíos, los caldereros, los cobardes y los intelectuales pueden sostener otra cosa, que será, como ellos, blanda, puta, renga, negra, marxista, judía, calderera, cobarde e intelectual.

No supe qué decirle. Hubiera necesitado que llegase Evelio. El habría aportado algo. No me pregunten qué, pero quizá hubiera dicho unas palabras que permitieran aclarar la sopa ideológica que Ton había volcado sobre la mesa. ¿Y por qué los caldereros?, quise saber. Sonrió y rascándose la cabeza dijo que le chocaba el oficio. Observé que no era razón suficiente, pero Ton descartó el argumento. Vos te hacés demasiado problema por todo, señaló. Pensás demasiado, viejo. Demasiado y mal. ¿Cuántos caldereros viste en tu vida?, preguntó. Seguro que ninguno, pero te interesa conocer los motivos por los cuales se les puede tener bronca. ¡Al pedo total!, rió.

Reconocí que ya no pensaba, ni mucho ni poco y ni bien ni mal; y que la única seguridad que tenía era la de estar al pedo. Me despidieron de mi empleo después de más de veinte años y estoy desocupado, confíé. Lo único que aprendí a hacer bien, una máquina lo hace mejor, más rápido y más barato. Además, no pide nada, no se enferma y sus problemas son solo de service, mientras que a mí se me caen las muelas y el pelo, me canso fácil y me vuelvo más lento. El amigo que espero me prometió un trabajo y por eso estoy teniéndole la vela. Pero en ese esperar, resulta que me topo con un tipo como vos, que me hace sentir más basura de lo que usualmente me siento. Y encima, no puedo siquiera fantasear con un desquite o una reparación y tengo que soportarme más basura que antes, encastrado por la vergüenza. ¿Estás contento con lo que me hiciste? ¿Más feliz o más hombre? Se rió. Empezó a sacudirse con

sus carcajadas y me dejó sin saber qué hacer. ¿Quisieras que repare lo que te hice?, preguntó con aire burlón. Si querés, te la puedo chupar y así empatamos, ofreció. No es una mala propuesta, ¿verdad? Si querés, vamos al baño y te la sorbo. Lo miré con asco. Un trabajo es lo que me interesa. Lo demás, incluyendo tu bronca a los caldereros y tu ofrecimiento de chupármela, me importa un carajo. Tomátelas. No quiero verte, ni oírte ni olerte.

Ton escuchó mi parrafada y se levantó para irse. ¿Así que sin laburo, eh? Es la primera vez que hablás con la verdad, dijo mientras se acomodaba el garrote a la cintura. Pero no me das lástima. A vos nadie te impuso nada. Si estuviste tantos años en un mismo agujero, fue por tu elección de azotado. Si te sirve de consuelo, pensá que te podrá ir mal un día, un mes, un año, muchos años. Pero no te puede ir mal siempre. Ya conseguirás algo y si eso no sucede, jodete. Por algo será. Sos de ese tipo de idiotas que de todo hace un drama. No sabés vivir y nunca entenderás lo que te pasa ni lo que sucede a tu alrededor. Dicho esto, chocó sus talones con fuerza y se alejó a paso de ganso.

Se aproximaba la hora de la merienda y se notaba en el Shopping que el gentío venía espesándose. Ahora no solo eran los adolescentes o los desocupados o los aburridos como yo, sino que se veían parejas y señoras que atravesaban el Patio de Comidas provenientes de la planta baja; oficinistas y estudiantes que venían a tomar algo o al cine y gente en general, sin identidad definida. Los pasillos, galerías y locales del Shopping empezaban a poblarse más densamente, y los vigiladores y policías dejaron de deambular para estacionarse en puntos fijos. No pude menos que observar que Evelio seguía sin aparecer. Cargué mi mochila y volví a los teléfonos públicos, desde donde llamé a su celular. Apenas me reconoció me reprochó la impaciencia. ¿No te dije que ando con problemas? Sigo en la ruta, a la espera de un repuesto, viejo. Si te resulta pesado tomátelas, pero no embromes, que tengo poca batería. Estoy

Mientras Evelio no está

desde la mañana, me justifiqué. Recordó que yo estaba desocupado. Al pedo como bocina de avión, dijo. ¿Qué dejaste por esperarme, a ver? Te pago el día, ofreció. ¿Está bien así? ¿Eso querías? Dije que no. Quería encontrarme con él y saber qué tenía para ofrecerme. Entonces bancátela, concluyó. Y si tardo mucho más, andate que después te llamo.

Decidí dar un paseíto por el Shopping y estirar las piernas. Así fue como encontré a Trocanter. ¿Todavía no apareció tu amigo?, me preguntó asombrado. Me encogí de hombros, y me anunció que se iba a hacer sus adicionales. En mi reemplazo viene el sargento Scafoide, me anunció. Sabe de nuestro trato, así que no vas a tener problemas con él. Observé que nuestro pacto no me había servido demasiado. Los vigiladores anduvieron tratando de averiguarlo, anuncié. Me paró con un gesto de su mano advirtiéndome que no les diera bola. ¡Ninguna bola! ¿entendés? Esos dos tarados solo saben coger imbéciles en el baño, declaró. Donde se den cuenta que les tenés miedo, se te van a subir encima. Son villeros ¿comprendés? Un poco más enseñados, pero villeros al fin. ¡No les des bola! Cualquier cosa, pedile a Scafoide que te ahuyente a esos idiotas. Me quedé mirando el vacío, como si me hubieran dado un golpe en la boca del estómago. No quise insistir con el lamento de mis desgracias, pero le reproché no haberme dicho que esos dos eran unos tarados. Le deseé suerte y después de dar unas vueltas a la deriva, entré en un bazar del piso a curiosear.

El lugar estaba lleno de gente que, a diferencia mía, de tanto en tanto compraba alguna cosa. Ciertas mercaderías me parecieron caras y otras baratas hasta lo ridículo, lo que no dejó de llamarme la atención. Por lo demás, algunos diseños eran lindos u originales, lo que también me sorprendió, haciéndome recordar que, de chico, mi madre me había llevado una vez a Harrod's, deslumbrándome. Lo habíamos recorrido casi en puntas de pie, con respeto, con la admiración que

ocasiona visitar la casa de un rico, apreciando en cada uno de sus rincones la impronta del oro. En Harrod´s pude ver todo aquello que no tendría nunca, todo lo que era inalcanzable por mi origen o por su naturaleza o por el orden natural de las cosas, por lo que ese paseo estuvo también cargado de envidia y resentimiento. En Harrod´s me di cuenta de que era un huérfano y, principalmente, de que éramos unos secos. Allí se disolvía la trascendencia de la cultura y el estudio que mi madre quería inculcarme a fuerza de lecturas o conciertos en el Teatro Colón. Hasta el olor del lugar era caro. Sándalo, eucalipto, palosanto, especias, perfumes orientales, el espeso aroma del cáñamo, del yute hindú y de las lanas peinadas, los aromas de las alfombras y las cortinas, los rasos italianos, las sedas chinas, los percales españoles, los poplines ingleses, la cristalería de Bohemia, todo tenía un olor refinado y excluyente. Lo aspirábamos con fruición, porque ese olor era lo único que podíamos llevarnos.

En el tercer piso funcionaba la Sección Juguetería, y en ella y de la mano de mi madre, había un mundo de ensueños. Allí se acumulaban bicicletas, triciclos, sulkys a pedal, revólveres a cebita de inmejorable calidad, rifles de aire comprimido, arcos y flechas, ¿qué no había en aquel tercer piso, por Dios? Faltaba algo. Mejor dicho, alguien. Allí no había persona alguna que pudiera, debiera o quisiera regalarme uno de esos juguetes fascinantes. Para mí, entonces, quedaba el pedigüeñar sabiendo de antemano que la concreción del deseo era imposible. Paladeaba la amargura de mi mala cuna y de mi peor presente y volvía a casa tratando de embocar el balero, masticando el resentimiento. ¿Quién y para qué inventó el balero? ¿Alguien pudo embocarlo tres veces seguidas? Yo, jamás. Ese tercer piso de Harrod´s me quedó en la memoria como el Domicilio de la Fantasía. Años más tarde, cuando leí en el diario que lo cerraban, tuve una mezcla de pesar y alegría. Sentí que el deseo de los excluidos como yo había presionado sobre el edificio hasta derrumbarlo. Allí, en ese tercer piso, me acordé de mi viejo ladrón y prófu-

go y desde alguna costura creí entenderlo. Vaya a saber por cuántos terceros pisos había transitado en su vida de azotado, mirando todo aquello que no se debe pedir ni tocar. En algún momento no debió soportar tanta imposibilidad y estiró su mano y aprisionó su deseo para huir con él a los Estados Unidos, imaginándose una felicidad por la que valía la pena dejar a un hijo. Allí, a solas, descubrió que lo obtenido era insuficiente o insulso y se dio cuenta de que su deseo valía mientras siguiera siendo tal. Al concretarlo, descubrió que era mucho más grande que su botín. Pero cuando lo supo, se le había hecho tarde para todo. Quizá quiso regresar y no pudo. O no se le ocurrió volver a este rincón oscuro del planeta y aceptó la circunstancia como una condena. No por eso mejoraba mi idea sobre él. De herencia me había dejado su misma exclusión, de donde el producido de su robo se convertía en otra fruta prohibida. Ahora, en el Shopping, estaba viendo las mismas cosas que entonces, esencialmente hermosas, inútiles o inaccesibles pero actualizadas y al alcance de todas las tarjetas, de todos los planes de pagos. Estaba observando unas tallas tailandesas cuando se armó una tremolina cerca de la puerta. Se oyeron ruidos de expositores volcando su contenido al suelo y un hombre corrió, seguido por unos alaridos de mujer. ¡Un carterista! ¡Mi billetera!

El fugitivo corría entre la gente tratando de perderse en ella, pero todos le hacían el vacío. Unos silbatos hendieron el aire y un montón de vigiladores aparecieron de distintos lugares, con sus garrotes listos, mientras otros clausuraban las puertas de cristal blindado del Shopping. La gente se abrió para dar paso al fugitivo y a sus perseguidores, pero también comenzó a desplazarse tras ellos para no perderse la cacería. Los vigiladores trataban de moverse lo más rápido posible en dirección al que huía zigzagueando entre el público, pero no les resultaba un avance fácil. El ladrón ya había ganado la planta baja y fue entonces que un vigilador del primer piso decidió actuar de una forma vista mil veces en las películas americanas. Traspasando la baranda, se arrojó

al vacío, planeando hasta impactar en el cuerpo del fugitivo. La trayectoria de vuelo del vigilador y su culminación arrancó una cerrada y calurosa salva de aplausos, silbidos y gritos de entusiasmo en el público, que se abalanzó sobre los caídos que yacían encimados en el piso, quietos, jadeantes y agotados, con un manojito de hilos de sangre corriendo por sus rostros. Goteaba la cara del vigilador y su sangre oscura caía sobre el saco del fugitivo. Los vigiladores los rodearon con ánimo de separarlos, pero uno del público que se identificó como médico aconsejó no moverlos y que llamaran a una ambulancia. Con celeridad, aparecieron unos camilleros que, después de colocarle a cada herido un cuello ortopédico, los subieron a las camillas. El vigilador aéreo fue sacado en medio de una estruendosa salva de aplausos, que no pudo escuchar por haber perdido el conocimiento. Estaba por retirarse la camilla que llevaba al fugitivo cuando la mujer que había sido víctima del robo pidió que le devolvieran la billetera. Un vigilador registró el herido sin demasiada suavidad, pero no le encontró nada encima, por lo que concluyeron que debió tirarla durante la escapada. Mientras la mujer lamentaba su mala suerte y se organizaba la búsqueda de la billetera, el Shopping se fue normalizando. La gente volvió a recorrer los negocios, las manchas de sangre fueron limpiadas y los vigiladores retornaron a sus puestos. Por mi parte, decidí regresar al Patio para tomar una merienda. Antes, llamé a Romina para ponerla al tanto de que seguía esperando a Evelio, y que estaba cada vez más harto. Me deseó suerte rogando que tuviera paciencia. Recordé que desde el día de mi despido, venía teniendo ésta y faltándome aquella. Más suerte y menos paciencia, arriesgué. En una de esas es lo que necesito. Dijo que quizás fuese así.

Fui a un Delicatessen donde compré un capuchino y una porción de lemon-pie. Me senté en una mesita ínfima y dí cuenta de la tarta. Después del chasco en la lomitería de Wanda, este tentempié era la reivindicación de la gula. Encendí un cigarrillo y me eché contra el respaldo, entrecerrando los ojos. Al fin y al cabo, me consolé, Evelio tiene

razón cuando afirma que no pierdo nada esperándolo. Estuve así más de una hora, cuando pasó Catón. Quise hacerme el desentendido, pero se acercó hasta mi lugar y con un aire que quiso ser pícaro, me dijo que si andaba por el Shopping después de las ocho, le tocaba el servicio que había tenido Ton. ¡Acordate!;eh?, advirtió inclinándose sobre los restos de mi merienda. Me hubiera gustado partirle la cara de un sillazo, pero me pareció que no era el mejor momento. Mejor te vas de aquí en lugar de andar diciendo boludeces, señalé. De todos modos, no se iba. Estacionado junto a mi mesa, sacó un chicle y mordiéndolo, dijo que estaba nervioso. Que su compañero estaba con conmoción cerebral y además, tenía una fractura de cadera. ¿Y el otro?, no aguanté preguntar. ¿Ese hijo de puta? Creo que nada. Unos magullones. ¿La mujer encontró la billetera? ¡Esa idiota!, calificó Catón. Después del escándalo, hizo la denuncia en la Policía y se fue a su casa ¿A qué no sabés qué encontró allí? ¿Su billetera?, aposté. La misma. Llamó hecha una lágrima. Por suerte, pudimos convencerla de que no hiciese nada. Lo que le robaron, robado está, dijo el Jefe. Le avisó que si retiraba la denuncia, el chorro la demandaría por injurias y la familia del vigilador por falsa denuncia, lesiones graves y daños y perjuicios. Que, además, tendría que pagarle los sueldos al vigilador mientras estuviera internado, más todos los gastos médicos, remedios y hospital y todos los tratamientos posteriores. La asustó hasta que la convenció. Olvídense, le pidió el Jefe. Cuando la llamen a ratificar su denuncia, manténgala. No diga jamás que encontró la billetera en su casa. Diga que nosotros se la dimos, que la encontramos junto a un macetero, y todo estará bien. Le recordó el Jefe las declaraciones que había hecho ante las cámaras de los noticieros de la tele. Imagine la cara de sus vecinas si ahora dice que se la había olvidado en su casa, le propuso. De la popularidad pasará al ridículo, señora. Con eso la terminó de convencer, rió Catón. De donde se comprueba que vale más la vanidad que la verdad.

Pregunté por qué el Jefe había hecho eso y dijo que, en primer

lugar, porque para eso era Jefe; y en segundo término, para que el Shopping no tuviera problemas. ¿Te imaginás si llega a saberse que lo corrimos como un ladrón y no lo era? ¿Qué un vigilador se hizo el Rambo y quedó hecho mierda? No, viejito. La Gerencia no puede permitirlo. Daría una imagen horrible de la empresa. Además, para nuestro compañero, esto es mejor. El seguro pagará el accidente de trabajo, él seguirá cobrando su sueldo y su familia podrá subsistir, mientras que si todo queda como una imbecilidad colectiva, lo echarán a la mierda y se morirá de hambre en medio de su invalidez. Así es un héroe. La oficina de Relaciones Públicas está haciendo lobby en los medios para que publiciten el noble gesto de ese humilde servidor que arriesgó su vida para evitar un delito contra una débil mujer. Lo leerás mañana en los diarios y te emocionarás. ¿Y el tipo que acusaron de ladrón? Se encogió de hombros. Un idiota que corre en medio de una muchedumbre no puede ser trigo limpio, sentenció. ¿Una persona honrada, en un caso así, correría? No, no correría, se respondió sin darme alternativa. Lo que prueba que ese tipo no era honrado. Algo habrá hecho que lo impulsó a huir. Que lo explique. Hay un montón de testigos que lo vieron correr con la billetera en la mano.

Señalé que eso no era así. Nadie vio esa billetera. Me pidió que dejara pasar unos días y, si seguía habiendo interés de la tele, iban a verse billeteras de todos los tamaños y colores. Irán arrimando las versiones para concluir puliendo la definitiva, disfrutó. Y no porque sean mentirosos. Creerán haberla visto. Podrán reconstruir la escena y entre la bruma descubrirán la certeza. No falla. Lo acusé de ser un cínico y lo aceptó con una sonrisa de tal. No te rías, me fastidié. Puedo llegar a ofrecerse como testigo a favor de ese tipo. Hacé lo que quieras, me desafió. Pero después no te quejes de lo que te suceda. Lo que podría pasar después de las ocho, aquí, si te encuentro, sería nada si buchoneás como dijiste, dijo alejándose. Lo tendré muy presente, contesté. No sabés cuánto. Creo que los dos hablábamos en serio.

13.

Sigo resignado a la espera. Esto no es nuevo: tengo la sensación de aguardar desde siempre. La imagen quizá no me favorezca, pero son tantos los que esperan, que lo mío se vuelve un mal de muchos y eso resulta un consuelo. Se dirá que es poco, que es otra manifestación de la pobreza de mi alma, y sonreiré sin cuestionarlo. A esta altura, prefiero la tolerancia a la certeza. Me dejo llevar por los acontecimientos sin tratar de torcerlos. Sólo cuando se refieren a mi círculo más cercano hago algo. Poquito, para ser sincero. Ahí dispongo en cosas que no ofenden a nadie y que tienen que ver con mi mundo concreto. Prefiero quedarme con la compasión y la tolerancia. En primer lugar, hacia mí y hacia mis fracasos. No trato de explicarlos. Antes sí, y los intentos fueron otros fracasos que se sumaron a los anteriores, dejándome una trístísima sensación de frustración reiterada. Hasta que me di cuenta de que nadie - salvo mi madre - me pidió que fuese un genio o un filántropo. Menos un científico o un militar. Tampoco cobrador de seguros o administrador de consorcios. Ni labriego. Mucho menos domador o carpintero. Nunca nadie me pidió nada salvo que hiciese mi trabajo, cumpliera con mi función y, de no poder hacer ni lo uno ni la otra, que no molestase. Discreción, podría haber sido la consigna o el destino, y por una u otra razón, le fui fiel. Quizás en esa fidelidad radicara mi exceso. Y así estaba gracias a él: aburrido, sin trabajo, golpeado, violado y sin destino.

Estaba pensando esas cosas cuando al alzar la vista encontré a Wanda sonriendo. Le devolví la sonrisa y le indiqué una silla. Se sentó diciendo que había concluido su turno y que, a partir de ese momento, era una mujer libre. Lo enfatizó como para convencerse. Confió que aunque no había pensado encontrarme, al verme se acercó porque le había caído bien pese a mis mentiras. No lo dijo con esas palabras, pero fue lo que transmitió. La convidé con un lemon pie, un capuchino o lo que quisiera, y optó por una cerveza y un postre. La mesa era redonda y

muy pequeña, de manera que quedamos a centímetros. Podía ver su rostro en detalle, distinguiendo el rastro del delineador por sus párpados, el rouge en sus labios, y la expresión tonta con la que transitaba por la vida. Tanta cercanía implicaba que nuestras rodillas se rozaran. Cada movimiento obligaba a reacomodar o no las piernas; y cada uno optó por la inmovilidad, lo que hizo que nos las presionáramos debajo de la mesa. Mientras esperábamos su pedido, encendimos cigarrillos que fumamos mirándonos a los ojos. Yo sentía que ese juego me hacía recuperar en algo mi machucada virilidad. Wanda sonreía, y el humo del cigarrillo le salía entre los dientes y se alzaba hacia el techo, provocando un efecto extraño. Había quedado muy impresionada con mi relato sobre la muerte de la Bruja, que la persiguió durante toda la tarde. No estaba convencida de que fuera cierto, pero también tenía dudas de que se tratase de una simple fantasía. Nadie piensa así a menos que sea un enfermo, sentenció. Ofrecí otra sonrisa como respuesta, y le pregunté si quería detalles del hecho para que pudiese arribar a alguna conclusión que la sacara de dudas. No los quiso, porque prefería suponer que yo era inocente, y tenía miedo que con más información, quedase clara mi culpabilidad. No podría soportar merendar con un criminal, dijo. Aunque hubiera llegado al delito sin quererlo. El brillo de sus pupilas desmentían sus palabras. Sin embargo, la probabilidad te excita, opiné mientras le apretaba un muslo. Concedió que lo mortífero tenía algo de erótico. Lo dijo de otra forma, poniendo su mano sobre mi mano que estaba bajo la mesa sobre su muslo, y se rió mientras me apretaba los dedos y se pasaba la punta de su lengua por el filo de sus dientes. Lo hizo muy bien y se me ocurrió que Wanda estaba jugando un juego viejísimo, que tenía la virtud de hacerme olvidar por un momento el tronco de Ton incrustándose en mi boca. Me arrimé hacia ella, que me frenó recordándome que estábamos en el Patio de Comidas donde tenía prohibido exhibirse en situaciones de intimidad. Apunté que ella había iniciado el encuentro reivindicándose como una mujer libre y ratificó su proclama.

Elijo que sea así, puntualizó. Me dan trabajo por los ratones que puedo mover en el bocho de los tipos y no por mi destreza para el servicio. Es natural que mis patronos cuiden esa imagen, ya que representa clientela. Hay tipos que vienen a comer corned-barbecú con fritis solo para hacerse el coco mirándome el traste mientras se hacen pelota el estómago. No sólo conmigo, aclaró. Con mis compañeras es igual. Y esos detalles se cuidan. Tanto, que cuando una de las chicas - la que bautizaron Samantha - informó que estaba embarazada le dijeron que apenas se le notara la panza tendría que dejar el trabajo porque atentaba contra la imagen corporativa de la empresa. Al sexto mes tuvo que renunciar.

Le pregunté cómo pudieron aceptar tan fácilmente la ida de Samantha, y me explicó que gracias a que todas tenían buena figura y mejores piernas, las propinas eran generosas. Que los clientes nos quieran conquistar representa dinero, dijo. No tenemos sueldo, sino que nuestro salario sale de las propinas, deducidos los impuestos y aportes jubilatorios, aclaró. En eso la empresa es muy puntillosa y no tiene a ninguna en negro. Estamos todas inscriptas y lo primero que se recauda en propinas es para la Previsión Social y para el fisco. Lo que queda se reparte. De ahí que sea fundamental que todas estemos bien. Samantha conocía las reglas, participó del juego, fue una buena compañera y como quería tener el bebé, renunció a seguir siendo moza y a seguir siendo Samantha. A cambio, fue solidaria, recuperó su nombre y ganó su hijo. El trato sonaba justo ¿verdad? Wanda entendía que había actuado correctamente. Esas son las reglas, dijo presionándome con la rodilla. Tuvimos que desarrimarnos para que una moza en minifalda dejara su pedido. La comparé con Wanda y concluí con que tenían algún parecido que no podía definir. ¿Ella también sólo gana de las propinas y no puede mostrarse con novios en situaciones de intimidad?, arriesgué. Wanda se encogió de hombros y confesó que lo ignoraba, pero posiblemente fuese igual. Las que no tienen esas limitaciones son las que atienden otro tipo

Mientras Evelio no está

de negocios, señaló. Las que venden ropa, perfumes o discos. Ellas no tienen nuestras reglas. También ganan menos, ya que no le agregan ningún valor a lo que venden. Vos no comprás un disco porque te gusta la vendedora. Pero te podés comer un corned-barbecú o dos tomatornings sólo para verla ir y venir un poquito más. Ahí está la diferencia.

Entiendo, dije poniendo nuevamente la mano sobre su muslo. Sentí que lo tenía duro, suave y recubierto por una media negra. Wanda comía su lemon pie con aire aplicado, utilizando una cucharita con su diestra mientras que su otra mano tomaba la mía. Comía, me miraba y se pasaba la punta de la lengua por el filo de sus dientes o por las comisuras de la boca, y yo me fui excitando y de manera firme y sostenida, empecé a tener una erección. Le dije que verla comer me erotizaba y ronroneó como una gata. ¡Asesino!, susurró entrecerrando los ojos. Aproveché que liberó su mano bajo la mesa para avanzar la mía por su muslo y volvió a reír. Ser mirada me excita, reconoció. Al principio, cuando iba al mostrador a buscar los pedidos, sentía los ojos de los tipos quemándome la cola y me ponía violentísima. Los odiaba verlos tan babosos. Después me acostumbré, siguió. Y ya no me pareció terrible ir y venir exhibiéndome; ni esos mirones me parecieron tan tontos. Empecé a ganar buen dinero, lo que contribuyó a que no me fastidiase que me quemaran la cola con sus miradas. Y llegó el momento en que descubrí que disfrutaba con esas miradas y empecé a buscarlas. Se dio algo curioso, sonrió. Cuanto más me agradaban las miradas de los clientes, mejor los atendía. Y cuanto mejor los atendía, más recaudaba en propinas. Ahí disfruté más todavía.

¿Disfrutar? Debí hacer algún gesto de asombro, porque Wanda se rió de mi cara. ¿Qué te sorprende?, preguntó. ¿Que goce sintiendo el deseo del otro? Dije que sí y volvió a reír con aire de conejo. Hay formas de tomar las ganas del otro y hacerlas propias, comentó. Deseo que el otro me desee y cuando lo logro, yo gozo mientras el otro sólo me desea y, en su desesperación por estirar el momento con la ilusión de concretar

su esperanza, consume más. Me hace ir y venir del mostrador a su mesa, llevando y trayendo sus consumiciones. Y voy, vengo, giro, me muevo, lo espío y disfruto. Sé que me está recorriendo el cuerpo con la vista. Hay veces en que los ojos tocan más fuerte que las manos ¿no creés? Cuando eso ocurre, siguió, siento sus ojos repasándome el cuerpo, buscando el pliegue por donde entrarme. Hasta huelo sus ganas. Lo miro y se hace el distraído, girando los ojos hacia cualquier lado, de manera totalmente ridícula. Los fija en un árbol artificial, por ejemplo, o en un afiche o en un tipo. Difícil que mire a otra. No tiene lugar para otra. Está presionado por su deseo y desde mi lugar, disfruto excitada, húmeda y satisfecha. Cuando se va con su deseo transformado en corned-barbecús, en egplants, en fritis, con las gaseosas revolviéndole el estómago lleno de basura, deja una propina menor que sus ganas pero que superan las mías. Se va habiendo comprado algo caro por muy poco y yo, con muy poco, consigo algo valioso y encima, dinero. ¿No es una maravilla?

Seguí fumando en silencio, mirándola entre el asombro y la sorpresa. No hubiera esperado en ella tanta claridad. Cambió de tema y preguntó si seguía aguardando a mi amigo. Cuando contesté que sí pareció divertirse con una situación que no terminaba de entender. ¿Para qué esperarlo tanto? Le expliqué que tenía que traerme algo. No preguntes, pedí bajando el tono. Cuanto menos sepas será más seguro para vos. Ese hombre se está jugando la vida para llegar aquí. Ha tenido un problema en la ruta y me anticipó que tardará. Por eso estoy obligado a esperarlo. Es por mi trabajo, ¿sabés?

Comprendió cualquier cosa. ¿Un microfilm?, preguntó arrimándose. ¿Sos un agente secreto? Opiné que lo suyo era un exceso de televisión. ¡Me encanta la tele!, confió. Apenas llegaba a su casa, lo primero que hacía era encenderla y hacer zapping. Nunca veía un programa completo, ya que a veces los horarios se superponían, obligándola a ir de un canal hacia otro para no perder ninguno.

A todo esto, yo seguía recorriendo su muslo, que consideraba

territorio liberado, y Wanda dejaba hacer mientras se afirmaba en su convicción de que yo debía ser un agente secreto o un killer o un espía. Nadie es tan paciente a menos que esté entrenado, dijo. Vos lo estás. Yo asentí, ratificando mi training yendo y viniendo por la sedosa superficie de su pierna No sé si tanto. Pero he pasado lo mío, dije. No sólo por lo de la Bruja, sino también porque alguna vez estuve bajo fuego, usé armas y hasta posiblemente maté. Lo dije buceando su mirada ante la noticia. ¿Cuándo fue? ¿cómo fue?, quiso saber. ¡Uf! Mejor no recordar esas cosas. Insistió y le conté de un tiroteo del que participaron militares, policías y guerrilleros. ¿Y vos con quienes estabas? No me acuerdo, ya que hubo muchos muertos y heridos. Era de noche y no se veía nada. Fue duro. ¿Me estás contando otra historieta?, preguntó Wanda. Prometí no hablar esto con nadie, nunca, susurré. ¿Te das cuenta de que estoy violando mi promesa? A mí no me la hiciste, señaló. ¿Es verdad lo que estás contando? Lo es. ¿Nada más?, insistía ella. ¿Nada más? Respiré hondo y dije que mejor no dar detalles. Aclaró que no me creía. Que ese tiroteo no existió jamás. Vaya uno a saber cual es la verdad, aventuré agitando la mano.

Le brillaban los ojos y tenía las pupilas profundas como pozos de sombra. La imaginé húmeda y la consistencia de mi miembro aumentó. En Bosnia también combatí, apunté. Llegué allí después de pelear en Uganda. Fue un viaje largo e incómodo, máxime porque no conozco idiomas y estaba con poco dinero. Quiso saber cómo me las había arreglado. Iba con unos compañeros que hablaban algo de inglés, dije. Eso bastó. Pero después de la toma de Czardán, dejé todo y me vine. Extrañaba, ¿sabés? Asintió como si entendiera y preguntó qué se me había perdido por esos pagos. Nada, reconocí. Si no me hubiesen prometido una buena paga, no hubiera ido. Me dijeron que el paisaje era parecido al de las sierras de Córdoba. Más precisamente, a la zona de La Cumbrecita y de Villa Allende. Esos lugares siempre me gustaron y el dinero que ofrecían era mucho. Entonces fui. Pero Bosnia no es como Córdoba. Es

un lugar de mierda, que transité haciendo cosas de mierda.

Preguntó si cobré mi dinero. Le dije que no todo. Hay cosas que nunca pueden salir bien. El que me reclutó era un turco mañero, que a la hora del pago se escudó detrás de los milicianos serbios, que dijeron que se hacían cargo de la deuda y la honrarían. Preferí no insistir, ya que cuando tu deudor está armado y viene matando a cualquiera, es mejor no cargosearlo con reclamos, ¿sabés? Tuve que irme con lo que conseguí juntar.

Para consolarme de tanta desgracia, colocó su mano sobre mi entrepierna y advirtió la consistencia que había cobrado el bulto. La miré sorprendido y ella sonrió mientras acariciaba mi bragueta con dedos de humo. ¡Mi pobre matador!, maulló a mi oído, mientras yo fantaseaba con camas orientales de sábanas de seda, hasta que intenté definir el juego, que de seguir tenía implícito un peligro casi inminente de derrame. Apenas lo insinué, retiró su mano. ¿Qué buscás?, preguntó con aire bobo. Contesté algo así como que la buscaba a ella y que no la encontraba en la forma que quisiera. Respondió que, por el contrario, ella había encontrado lo mío. No quiero que disfrutes mientras sufro, declaré con aire digno. Sabés que ahora no puedo ir con vos a ningún lado. Junté mis manos sobre la mesa y le pregunté qué otro día podríamos encontrarnos. Pareció no entenderme. Estamos juntos, recordó. ¿A qué pensar en otros momentos? Carraspeé y encendí otro cigarrillo. Le pregunté si yo le gustaba y me contestó que siempre había soñado tener amores con un matador. Con un hombre que desafía el peligro, susurró mirándome con los ojos abiertos como soles. Alguien que tutea a la muerte. ¿Cómo no me va a gustar un tipo así? ¡Uno que se juega la vida! ¡Que corre por los techos, salta de un tejado al otro, se desliza por los caños de desagüe! ¡Que violenta cerraduras, se mete en casas ajenas, ve en la oscuridad! ¡Que sabe usar cuchillo, pistola, nunchacus, kalachnikofs, granadas, sables, bayonetas y qué más! Se relamía en la enumeración y sus

pupilas se dilataban. ¿Vos sabés usar todo eso, verdad? Yo asentí. Agregale misiles, apunté. Era una suerte que Wanda solo hubiera pedido cerveza para beber. Si se hubiese metido algo más fuerte, no sabría por donde iría su delirio. Le pregunté con mi mejor tono si no quería que en algún momento hiciéramos el amor, culminando así sus sueños. ¡Si lo estamos haciendo!, proclamó. Dije que podíamos considerar empezada una relación y buscar una manera más íntima de seguirla. Estamos tan cerquita que podemos sentir nuestros cuerpos, observó. Me doy cuenta que tenés tu mano sobre mi pierna, y que tu pierna roza la mía y que para hablar estás viniéndote encima. ¿No es íntimo eso? Opiné en contra, pero no coincidió. Hay muchas formas de hacer el amor, y esta me agrada. Al fin y al cabo, estamos iniciando un conocimiento, dijo haciendo un mohín de beba.

Dije que sí y me quedé quieto. Aspiré el cigarrillo y la proximidad de la brasa me hizo arder los labios. Lo aplasté contra el piso de mosaico, Wanda preguntó si de verdad hice todo lo que dije que hice. En vez de responder, pregunté qué le parecía y ella dijo que creía que eran mentiras. Para impresionar, opinó. Para hacerte el interesante. Dije que podía ser, pero insistió. Le pregunté si le daría asco que la tocara con manos manchadas de sangre y se las mostré. Las miró, las repasó con sus dedos, las guardó entre sus palmas y mientras maniobraba de esa manera, yo hervía. Pensó un rato y terminó diciendo que no le daría asco, pero sí impresión. Querría saber si fue por una causa buena. Necesitaría que hubiera sido por algo justo. Me encogí de hombros. No sé qué es algo bueno o justo, dije. Depende del lugar donde te ubiques. Puede variar. Quien para mí es un asesino, para otro resulta un justiciero. Los dos matan en nombre de algo. ¿Por qué habríamos de creer que uno es mejor que otro?, pregunté mirándola. La descubrí tildada. Tenía los ojos muy abiertos y aire de no entender. Se humedeció los labios. Hablás muy bien, silabeó. Tenía su boca muy cerca de la mía y pregunté si la podía besar. Cerró los ojos y ofreció. Tenía un gusto cálido. Me buscó con su

lengua y salí a su encuentro. Le mordí los labios y gimió suavemente. Traté de tomarla por la cintura. Cuando acerqué mi silla, se alejó. Se recompuso la blusa y rió. Que había sido un pícaro. Miró la hora diciendo que tenía que irse. Advertió que no tratase de retenerla. No pensaba hacerlo pero dije que su ida me apenaba. Sugirió que la buscara al día siguiente a la salida de su trabajo. Podríamos ir a ver cualquier película en los microcines del Shopping. Tienen butacas comodísimas, sonrió. Pregunté si no había un hotel por horas en el Shopping y pidió que no sueñe. No quiero acostarme con nadie, proclamó. Prefiero que disfrutemos sabiendo del deseo del otro. Cuando concretemos las fantasías, las perderemos. Despertaremos más pobres, auguró. Dije que no lo sabía, pero ella rechazó mis protestas. No quiero que nadie se meta en mí. No quiero que nadie me manche. No quiero que nadie me arruine la cintura ni me muerda los pechos. No soy tan boluda como parezco, avisó. Me desorientó su crudeza y aprovechó para despedirse con un piquito. Confirmé que tenía un buen andar y empecé a relajarme, preguntándome por qué habría hecho tantas tonterías. Evelio hubiera dicho que se habla de aquello que no puede hacerse porque no da el cuero. Y que se hace todo aquello de lo que no hay ánimo para hablar. Me encogí de hombros y rechacé esa versión. En el fondo, son palabras. Evelio las maneja muy bien. Me imaginé a Wanda mirándolo y diciéndole qué bien que hablás, Evelio. ¿Se besarían entonces? El trataría de saber hasta donde podría jugar una fantasía así, supuse. No porque le importara besarse con Wanda, sino para ver hasta donde llega y qué le produce. Experimenta siempre. El ataque de Ton lo hubiese vivido distinto, con más entereza, o lo hubiera afectado menos. O no le hubiese pasado nada. O Ton se la hubiera chupado a él, imagino. Esa capacidad de arriesgar me fascina. Es lo que le admiro. Yo siempre me consideré más timorato, más pusilánime o más idiota. Cuando se lo dije, lo desechó. La grandeza de un hombre radica en la cantidad de verdad que puede tolerar sobre sí mismo y no en las cosas que pueda hacer, definió con esa

Mientras Evelio no está

celeridad que tiene para sacar frases de la galera. Cada uno sabe cuánta verdad puede soportar, había sentenciado aferrándome del brazo. Yo, adelanto que muy poca, dijo. Me alivió escucharlo. Si él podía muy poca, seguro que yo menos. No porque crea que Evelio sea mejor, sino porque reconozco que ha sabido vivir más lo que le tocó en suerte. Yo, en cambio, siento que he andado tomándome del pasamanos y dejándome llevar por las circunstancias. Cuando estas se pudrieron, se derrumbaron las barandas y quedé sin saber qué hacer. Pudiendo aguantar poca verdad, para decirlo con las palabras de Evelio.

Alrededor mío, entretanto, se había juntado una muchedumbre en las mesitas del Deli. Consumían, hablaban entre sí o hacían ruido de mil maneras. Un bramido sordo sobrevolaba el Patio de Comidas y las conversaciones. A mi derecha, un matrimonio viejo hablaba con otro, que permanecía de pie junto a su mesa. Eran de Chivilcoy, y por unos instantes se habían perdido de vista. Festejaban el reencuentro. Nos paramos para ver la vidriera de la zapatería y ustedes siguieron de largo, explicaban a los gritos. El matrimonio encontrado proclamaba su inocencia, en tanto que la pareja encontradora reprochaba. Estaba por llamar a tu hijo, a Chivilcoy, confesó el hombre encontrado. La mujer encontrada se congratuló que no lo hubiera hecho. Lo habrían preocupado inútilmente. Se sonrieron entre todos, y comentaron las circunstancias. Nos paramos delante de la vidriera de la zapatería y ustedes siguieron de largo, reiteró. ¿Viste qué precios?, se dispersó la otra. Nos paramos delante de la vidriera de la zapatería y ustedes siguieron de largo. A mi izquierda, había una mujer hablando por un teléfono celular mientras tomaba un helado con frutas. No la oía, ya que casi susurraba por el teléfono. Cuando le respondían, se llevaba las frutas heladas a la boca. Veía su perfil y la imaginaba saboreando el helado. Tenía los labios brillosos y mojados con crema. De cuando en cuando, se los repasaba suavemente con la punta de la lengua. Nos paramos delante de la vidriera de la zapatería y ustedes siguieron de largo. La mujer de la izquierda fina-

lizó su charla, apagó el teléfono y siguió con su helado. Nos paramos delante de la vidriera de la zapatería y ustedes siguieron de largo, insistió Chivilcoy. Pagué y huí hacia el otro extremo del Patio. Desde los parlantes de la disquería, Ricky Martín cantaba “*Living´ la vida loca*”.

14.

Caminé entre el gentío que se movía moroso delante de vidrieras que me parecieron lujuriosas de tan llenas. Me asombré al comprobar la cantidad de cosas a las que no tengo acceso. Antes, cuando hubiese podido comprarlas - es decir, cuando trabajaba y tenía un sueldo y un lugar fijo y respetable dentro de este circo - no me hubiera fijado en ellas. Pero ahora me desesperaban. Su inaccesibilidad, su imposibilidad de adquirirlas, las volvía casi necesarias. Trajes, zapatos, lapiceras, muñequitos, cinturones, compact-discs, equipos electrónicos, corbatas de seda, muebles de jardín, jeans y remeras, zapatillas, sacacorchos, paraguas, perfumes, todo se exponía para mi deseo en un exhibicionismo obsceno. Las mercaderías parecían enteradas de mi imposibilidad. Permanecían inmóviles, mostrándose impudicamente como si espieran mis reacciones. No pude evitar el recuerdo de días no muy lejanos en los que me burlaba de ese despliegue de tentaciones, y en la remembranza hallé los rescoldos de una vieja identidad que me dieron fuerza para intentar reírme. ¿Para qué podría querer un microteléfono celular con doscientas funciones en teclado y una batería que en stand-by duraba una semana? No solo no sabría usarlo, sino que tampoco me quedaba claro en qué consistirían las ventajas técnicas de sus doscientas funciones. O sea, que hasta el lenguaje en que se me hacía saber la promoción me resultaba incomprensible. Había dejado de entender los códigos, lo que era otra pérdida. Pero mientras tanto, mis tripas ardían de deseo por el microteléfono celular. Y al decir que ardían, quería decir que me estaba incendiando de ganas. Me imaginé cargándolo en el bolsillo o al cinto, paseando por cualquier parte mientras Evelio arreglaba su carrindanga. *Cuando estés entrando en la ciudad, llámame a mi celular y me voy al Patio a esperarte, le diría. Ahora estoy entrando a un microcine, a ver la última de Bruce Willis, Evelio. Te veo, man.* Se me hacía agua a la

boca de solo pensar esa posibilidad. ¡Qué placer! De pronto, se me ocurrió que no podría estar mirando una película con el microteléfono encendido, ya que si sonaba, los espectadores me iban a abuchear. El microteléfono comenzó a hacerse microscópico, a desvanecerse entre mil mercaderías mucho más deseables y más útiles, cuando apareció un vendedor en la puerta del local y me ofreció uno. ¡Pruébelo!, invitó con susurro de ofidio. No, gracias, rechacé. No me serviría de mucho. Me contestó con cierta ironía que eso era una suposición nacida del desconocimiento. Es muy útil, afirmó con aplomo. A cualquier persona, en cualquier parte que esté, un aparato de estos le viene óptimo. Llévase uno, que si no le sirve, puede devolverlo dentro de los treinta días. Rechacé reforzando la negativa con un movimiento de cabeza. En mis actuales circunstancias, murmuré, un celular no me sirve de nada. Además, no podría tenerlo encendido en locales donde hay público. El vendedor lo negó. Este teléfono suena, pero si quiere que no haga ruido activa una función y le avisa que hay llamada en silencio, vibrando. No molesta a nadie y solo usted se entera. Doscientas funciones, dijo mostrando como pasaban por el display. Agenda para trescientos números, amplió. Cinco idiomas a elección entre doce. Bloqueo y desbloqueo de llamadas. Full Internet. E-mail, con cinco casillas POP3 gratis, full full. Menú de seguridad. Claves de amparo náutico. Conexión directa al Merval y al NASDAQ. MP3. Posibilidad de acceso interactivo vía MEP. Doce cuotas iguales de setenta cada una, sin intereses. Más un curso de Windows y maicrsof ofis gratis. No, gracias, rechacé. Sonar de profundidad, Casilla personalizada de mensajes, insistió el otro. Hot-Lines. Fax On Line. Group Wise. Sugar-Bassin. Chicken Pie. Gath y Chaves. R&L. Toil & Chat. No gracias, insistí sintiendo que la huída era imprescindible. Hay otros planes. Más cuotas. Veinticuatro de cuarenta. O sea, el valor de una cena por mes, durante dos años. Veinticuatro cenas en total. Toda una dieta. Una bicoca. No gracias, susurré. El hombre puso una mano en mi hombro y con suavidad no exenta de firmeza me obligó a entrar al local.

Hay otros aparatos. Más económicos o más sofisticados. Satelitales, locales cromáticos, digitales asincrónicos, hemisféricos temáticos, planetarios analógicos, galácticos secuenciales. Quinientas funciones, setenta músicos en escena. No dijo eso, pero sonó así. Creo que no quiero teléfonos móviles, balbuceé. ¡Hace muy bien!, se entusiasmó el marrano. ¡Es muy cierto lo que piensa! Con uno basta y sobra. Un microteléfono celular a tarjeta, sistema PCS4 anunció sacando un blister que encerraba un aparato negro del tamaño de un reloj de bolsillo. ¡Este es el suyo, caballero!, declaró rompiendo el plástico del blister y colocándome el artillugio en mi mano. Con este teléfono, el mundo está a su alcance. Hay una función que le comunica sin cargo las variaciones de la temperatura en el hemisferio. Otra, la hora en las principales doce ciudades del mundo, a elección. Otra, las noticias bursátiles. Quince cuotas. Se lo lleva ya mismo. ¡Permítame su documento!, ordenó. Se lo extendí sin saber lo que hacía. Miento. Era consciente de que me estaba vendiendo un microteléfono a tarjeta con funciones, en quince cuotas. Tenía la convicción de que no quería comprarlo y que tampoco podía embarcarme en un gasto así. Pero por otro lado, no me iba a resistir. Me resultaba imposible impedir la consumación de lo que iba a suceder, y era consciente de que lo que tenía que pasar, pasaría. El vendedor llenó un formulario que firmé sin leer. No me dio ninguna copia, pero me devolvió mi documento mientras activaba mi nuevo microteléfono. ¡Se acabaron las colas del teléfono público!, se regocijó. ¡Basta de andar buscando microchips o monedas para poder hablar! A partir de este momento, ¡ha roto el encierro y está comunicado con el mundo! Atontado, observé como me colgaba el aparatejo de mi cinturón. Me entregó un tomo con instrucciones a color recomendándome su lectura, me dijo cual era el número de mi línea y me sacó del local, tras agradecer mi compra.

Llevando en la mano mi bolsita de papel que publicitaba mi condición de comprador reciente, me sumé al río que transitaba por los

Mientras Evelio no está

corredores, confundiéndome en él. Caminé un par de metros, me senté en uno de los sillones que rodeaban la fuente de agua y saqué mi microcelular. Era oscuro y suave, y tenía una hendidura por la que destellaba una luz verde y brillante en forma intermitente. Lo abrí y con mucho cuidado repasé el teclado. Además de los numerales, tenía otros botones. Algunos con funciones claras, como los de *pwr*, *send* o *end*. Pero había otros que eran misterio. ¿Qué podría significar *ctrl*? ¿O *clr*? ¿O *rcl*? ¿Y *fcn*? Debía leer el libro de instrucciones. Mientras tanto, podría usar el teléfono haciendo abstracción de sus otras múltiples posibilidades. Disqué el número del celular de Evelio y pude oír su voz, sonando tras un ruido parecido al de la fritura. Pese a esa dificultad, entendí que seguía demorado. Le dije que seguía esperándolo y, por cualquier eventualidad, quería darle el número de mi celular. No pareció sorprenderse de que tuviera uno. Al contrario, debió suponer que lo usaba desde siempre y dijo que se nos tendría que haber ocurrido mucho antes. Le dicté el número sin aclarar que hacía cinco minutos hubiera sido imposible. Lo repitió para asegurarse haberlo anotado bien y se despidió reclamándome paciencia. Plegué el microcelular y lo contemplé absorto. Tan feo no era, al fin y al cabo. Debí reconocer que era un logro de la ciencia del que podía usufructuar por el mero hecho de vivir. En ese sentido, mi aporte a ese desarrollo tecnológico lo haría a través de mi tarjeta de crédito, si sobrevivía a los embates de la pobreza.

Ahora tenía un teléfono y podría hablar con cualquiera. Podría llamar, por ejemplo, a mi madre. Con alguna duda tecleé su número. No tuve que aguardar demasiado para que me atendiera. Sentí que se alegraba de oírme. ¿Qué es ese ruido que se escucha?, preguntó tras los saludos. ¿De dónde me llamas? Cuando dije que desde el Shopping, se sorprendió. ¿Qué estás haciendo allí? Nada. Espero a un amigo. Lanzó un suspiro y opinó que en vez de hacer sociales debería estar buscando trabajo. Contesté que la espera tenía ese objetivo y pareció animarse. ¿Un buen trabajo? ¿De qué se trata? Todavía no lo sé. Estoy esperándolo

para enterarme. ¿Tu amigo es rico?, preguntó tras un silencio reflexivo. Dije que no. Se las rebusca, pero nada del otro mundo. Me anticipó que si era así, no esperase milagros. Me ofrecería una basura. ¿Desde cuando un pobre salva a otro? No pierdas el tiempo, hijo, que los días pasan. Me puso tan nervioso que me arrepentí de haberla llamado y terminé la charla con cualquier excusa. Aún así, llevó lo suyo, ya que estaba con ganas de hablar. Cuando corté, oscilaba entre la ofuscación y la pena. Me resulta difícil terminar una conversación con ella de manera plácida. Algo se nos interpone, transformando cualquier charla en un pantano. Recuerdo cuando le avisé mi despido. Haber crecido en su seno tendría que habernos dado un idioma común. Un hombro donde apoyar la cabeza. Un corazón que escucha y vísceras que traducen en simultáneo la palpitación de las tripas. Podría suponerse eso y mucho más, pero esos preconceptos naufragan. No registro con ella idiomas comunes ni escuchas confiadas; y sí la secreta sensación de no conformarla, de haber defraudado sus expectativas. De ese fiasco no quiero hacerme responsable, pero no encuentro la forma de evitarlo. Con la persistencia de una maldición, sentirme culpable o en falta con mi madre es un sentimiento inevitable. Pareciera que en todos los casos tendría que haber hecho o debería hacer otra cosa distinta a la realizada o planeada. Desde algún silencio, desde algún gesto invisible suyo, siento que hice o hago o haré lo incorrecto o lo indebido o lo inútil. Y que tampoco hice ni hago ni haré nada para reparar las frustraciones que le ocasiono o el abandono en que la tengo. No la invito al cine, por ejemplo. A ella le gusta y accedería gustosa. Pero a mi no. Tampoco a comer afuera. Cuando estaba casado con Gladys lo hacíamos de tanto en tanto y ella disfrutaba del encuentro. Era fanática de la pasta asciutta y de los vermicellis verdes y rojos de “Broccolín”. Pero desde mi separación, no tuve más ganas de encuentros gastronómicos con ella; lo que me llenó de culpa. Todos los reproches que mi madre no verbalizaba, me los decía yo recitándolos sin voz, moviendo los labios como un penitente en oración.

La última vez que estuve con ella en “Broccolín” fue para anunciarle que Gladys y yo terminábamos. Le avisé que tenía que hablar un tema importante, y quizás por eso arribó al restaurante muy nerviosa. El mozo italiano que siempre le recomendaba las innovaciones del cocinero, quedó con su afabilidad truncada de movida. Discúlpeme, Tony, pero hoy estoy ansiosa, se excusó. Debe ser la dieta. No comeré pasta, pero sí un pulpito a la gallega. Lo despidió con gesto de reina, por lo que debí retenerlo para hacer mi pedido y para elegir las bebidas. Apenas lo hube hecho, ella me advirtió que debería controlarme con el vino. El alcohol fija las grasas. Te convendría mejor alguna bebida de hierbas o un agua mineral sin gas. Prefiero una botellita de vino, expliqué con una sonrisa. ¡Estás un poco panzón!, observó. Es por la bebida y por tus desequilibrios en la mesa. Quizá. No importa ahora. Quiero hablar de otra cosa. Tendría que importarte, me había interrumpido. No era un chico y necesitaba tomar conciencia de mi cuerpo. Ella no podría cuidarme siempre. No es necesario que me cuides, había puntualizado con fastidio. De hecho, me vengo cuidando solo desde hacía años. Y lo que tenía para decirle era mucho más serio que mi panza y el alcohol, afirmé para recibir como respuesta que eso creía yo en mi ignorancia, ya que la salud no debe descuidarse. Uno es lo que come, pontificó agitando su índice. Mientras trataba de retomar el hilo de la conversación, me fue poniendo al tanto de los últimos descubrimientos en materia de nutrición y fitness.

La escuchaba diciéndome que no sabía tratarla. Por ese desconocimiento ocurrían los desencuentros que posibilitaban ese paroxismo verborrágico que me sepultaba bajo un cotillón de fibras, hidratos, lípidos y ditirambos al step. Al cabo de casi una hora, me había bebido la botella de vino y aún tenía delante mío unos tagliatelle fríos y apenas tocados. Encendí un cigarrillo y fue señal para que ella - que continuaba inmersa en un sermón salutífero relacionado con la comida - virase al obsequio de una encíclica antitabáquica, que me dejó entregado a la cruda constatación de que habitábamos planetas distintos o tiempos y

ópticas tan diferentes que resultaba imposible que uno escuchase al otro. La interrumpí diciéndole a boca de jarro “*Gladys y yo nos separamos*”. Ella dejó caer aún un par de sesudas frases inerciales que hacían alusión a unos “*agentes cancerígenos*” y que permanecieron colgadas de su boca al escuchar el anuncio y quedó atónita hasta arrancar con su pregunta: ¿Y por qué, si puede saberse?, dicha con aire fúnebre y rabioso.

Yo había aspirado una bocanada de aire dándome ánimo y sintiendo que una vez más le fallaba, confirmándole con la contundencia de los hechos que era un desastre. Lamenté que se hubiera acabado el vino, pero me dio vergüenza pedir más. Nos llevamos mal, mamá. No nos entendemos. Nos peleamos demasiado. Decidimos que es mejor separarnos. ¿Y quienes son ustedes para decidir algo tan importante?, preguntó. ¿Qué saben ustedes lo que es vivir juntos? A ver, puntualizó : ¿Vos qué sabés de eso?

La hubiera matado allí mismo, pero opté por murmurar alguna imbecilidad en mi defensa. Como que se trataba de mi vida. O que ella tampoco podía ufanarse del matrimonio que tuvo. Que nunca pudo asumir que su marido la abandonó. Que prefirió ocultarlo. Que tampoco sabe lo que es vivir en pareja. Etcétera. Eran otros tiempos y otras gentes, desechó ella. No compares.

No lo hice. Preferí mirar por la ventana y encender otro cigarrillo. Después de un rato, me volví hacia ella y le dije que sufría. Que mi dolor era grande y que no lo hiciera mayor. Pareció emocionarse. Me acarició la mano mientras se le humedecían los ojos. Recuerdo sus ojos empequeñecidos por las lágrimas. ¡Pobre!, musitó. ¡Pobrecito mi hijo al que su padre abandonó en la cuna! Sentí que su dolor me hacía bien. Me reconfortaba en mis pliegues más profundos. Como si nuevamente me estuviera acunando, calmando mi miedo a la oscuridad con el calor de su pecho y el apretón de su mano. Me acuerdo del momento, porque sentí que, para mí, ella era importante y me dejé llevar por ese sentimiento.

Mientras Evelio no está

Permanecimos así hasta que quiso saber quien era el responsable de la ruptura. Yo había negado. No es culpa de nadie. Son cosas que ocurren. No me creyó. ¿Hay otra mujer? Para nada. Entonces, hay otro. Negué pero fue inútil. Siempre alguien tiene la culpa, siseó ella. Siempre existe un motivo. O no lo ves o no lo querés decir. En cualquiera de esas alternativas, es responsabilidad tuya. No supiste defender tu matrimonio, sentenció. La odié y extravié en ese momento ese amor que me había embargado cuando me apretó la mano y me hizo sentir que me protegía de la oscuridad. Me quedó una sensación a nada, un vacío que solo disimulaba la costumbre y la sospecha de que ambos nos necesitábamos, aunque fuese para el reproche.

Cuando me avisaron mi cesantía, la llamé con el entusiasmo de quien levanta un peñasco. Después de los saludos le conté que me quedaba sin trabajo. Ella no entendió : ¿Cómo es eso? Me despiden, mamá. Me echan. Todavía no recibí ningún telegrama, pero ya me avisaron. Se terminó. Kaput. Finish. Ella tuvo un sobresalto. ¿Y por qué? ¿Qué hiciste? Nada, quise tranquilizarla. No hice nada. ¿Te echan por vago, entonces? Tampoco. Están achicando la empresa. Necesitan ahorrar y contratarán afuera lo que yo hago adentro. Les sale más barato. ¿Y eso es cierto? No lo sé, mamá, nunca vi esos números. La charla se fue convirtiendo en un ping pong de preguntas y respuestas y después de un rato, cuando expliqué las cuestiones presupuestarias que incidieron en mi despido, después de atajar y devolver cada una de las pelotas y cuando quedó establecida mi falta de culpa en la decisión de la empresa - para no decir mi inocencia, que podía sonar como un exceso - por esos giros de la Rueda del Destino me encontré tranquilizándola por mi inminente desocupación. Algo aparecerá, no te preocupes. ¿Y cómo no preocuparme?, contraatacó ella. ¿Sabés lo que está pasando? Las empresas se están achicando, hijo. Lo que antes hacían adentro, ahora lo contratan afuera. Les sale más barato. Por eso hay desocupación. ¿Entendés? Te lo acabo de contar, mamá, protesté. Pues claro, acordó ella. ¿Creés que no te escu-

ché? ¿O pensás que soy una idiota? Lo que dijiste es cierto. Por eso no sé qué pasará con vos, hijo. No podré pegar un ojo pensando cómo te vas a arreglar. Dormí tranquila, viejita, había sonreído. Ya me arreglaré. Es fácil decirlo, se quejó ella. Si hubieras terminado la facultad sería otra cosa. Un arquitecto, un ingeniero, un médico o un contador siempre tienen trabajo. Pero no me hiciste caso y ahí tenés las consecuencias.

Le recordé que había largado los estudios hacía casi veinte años, tiempo suficiente para presumir que lo de hoy era consecuencia de otras decisiones ajenas a mi deserción universitaria. Me tomás por una tonta, se quejó. Sé todo eso. Pero si hubieses terminado tendrías un título, que es una herramienta más. Habría pasado lo mismo si la familia hubiese tenido fortuna o una fábrica o inversiones o campos y no la orfandad que me tocó. Tampoco estaría en esta situación. No recuerdes mis desgracias, pidió ella. Y avisame cuando encuentres algo. No estaré tranquila hasta que suceda. Le aseguré que no había motivos de alarma, que la llamaría pronto, que todo se iba a solucionar y que, en última instancia, el problema era mío. Es lo que vos creés, había afirmado ella al concluir la charla.

Esta vuelta no había sido mejor ni peor que las anteriores. Me enganché el microcelular del cinturón y respiré hondo. Si la vida de un hombre pudiera sintetizarse en las mujeres que lo han contenido o acompañado, mi madre no era distinta, en su constitución o en su construcción argumental, de lo que podría haber sido mi ex mujer o de lo que es mi actual compañera o lo que será una eventual e improbable futura. La sensación es que todas, cada una en su rol y con su estilo, se alimentaron de mí y me sometieron al imperio de la culpa, y que yo acepté ser su proveedor y su culpable a cambio de su compañía, su piedad y su ternura. Se me ocurrió que el mundo se viene sosteniendo - entre otras cosas - por la pasividad, la cobardía o la costumbre de los varones mansos. Había un sistema que continuaba funcionando, más mal que

Mientras Evelio no está

bien, por esa legión de esforzados percherones en cuyas filas me conté hasta que me echaron de la tropilla. Por ellos había pan en las mesas y provisiones en las heladeras, mientras sus parejas criaban los hijos que perpetuarían la especie y la costumbre. Aquellos perejiles que se levantan diariamente a romper la tierra con un arado bajo treinta grados de calor, o sellan papelitos que no leen o mueven un quintal sobre rodillos de madera, o manejan máquinas ajenas, o venden cualquier cosa a cualquiera, al caer el sol regresan a sus cubiles, hartos y gastados, a lamerse los golpes de la jornada y a encontrar consuelo en los brazos de sus mujeres, cuyo afecto los reivindica como personas y los revalúa como maridos.

Pienso en Gladys. Encontrar su sonrisa al volver del trabajo fue una costumbre de la que no me arrepiento aunque ahora no extrañe. Gladys tenía para mí la certeza de la tierra, y creo que por eso no anduvo nuestra relación. Todo lo que es demasiado firme se vuelve duro, y toda dureza se convierte en sequedad. Pero la pasábamos bien, y nos gustaba hacer el amor los domingos de mañana. Recuerdo que ella gemía cuando orillaba el orgasmo. Su gemido era agudo y se aceleraba cuando ascendía al clímax y entonces se volvía cada vez más tierno o ridículo. Me avergüenza recordar estas cosas, pero era así: ella gemía y sus gemidos potenciaban mi deseo. Me gustaba oírla. Lo atribuía a mis encantos o a mi ternura y hoy, pasados los años y apagados sus gemidos, creo que mis convicciones eran una tontería presuntuosa. Ella gemía porque gozaba. También de mí.

De mí, que jadeaba haciendo mis propios ridículos gorgoritos, atribuibles también a mi deseo o a mi amor o a la pasión. Y al hablar de pasión vuelvo a Romina. Cuando la conocí, ella era tierra extraña, para decirlo siguiendo con mis imágenes campesinas. Y cuando esa tierra se abrió con sus jugos y sus surcos me nació la pasión. Para mí, lo que sentí y siento por Romina sigue siendo motivo de orgullo. Pido perdón por la

cursilería, pero con ella entendí los boleros. Dirán que se trata de una frase y aceptaré el desprecio, sabiendo que a aquellos que se conmovieron con las letras de Tito Rodríguez o de Edith Gormé esto les resultará comprensible y me acompañarán en el sentimiento. No se trataba de que con Gladys la cosa hubiera andado tan mal. Pensándolo desde la situación en la que me encuentro, no nos iba nada mal. Teníamos un departamento, unos hijos y un auto, todos con sus papeles en orden. Me escucho y me odio, pero esa ferocidad es más fuerte que yo y me brota aunque no quiera. De alguna forma, es una manera de recordar que en una época soñábamos con otro estilo de vida y que esas fantasías no se dieron. De donde el tono despectivo es y no es sincero, ya que encierra también el lamento por lo ido y lo perdido. Nunca creí que estaríamos integrados a una forma de vida normal, prevista y previsible. ¿Qué era lo que imaginamos para nosotros sino un eterno descubrimiento? Se perdió en la lima de los días, que nos fue desgastando la fantasía y el coraje. Ser cómodo achancha. En esa blandura, perdimos la utopía. Aún así, hicimos a los hijos en actos deseados. Con sus nacimientos me permití estar más limpio de lo que me dejó mi padre cuando me abandonó. En relación a él, hoy creo que su delito no fue defraudar a su empresa sino que su crimen fue dejarme solo en manos de mi madre. El perjuicio de esa estafa nunca podré repararlo hacia atrás. Mis chicos, en ese aspecto, fueron mis abridores de horizonte. Por ellos crecí y con su sostén me senté durante años ante el tablero donde cumplía mi condena custodiado por el Arquitecto y su Director Ejecutivo. Sobre ese plano blanco, atravesado por la regla T no solo gané mi pan sino que descubrí una misión, que era vieja como la injusticia. Con el fruto de mi trabajo, Gladys podía cuidar de mí y de los chicos. También de la casa. Podía administrar mi sueldo y ahorrar para mi asombro. Además, tenía el tiempo y el espacio para preparar la comida y todavía le quedaban fuerza y ganas para el sexo. Todo eso descansaba sobre mis plumines, que trajinaban proyectos y planos donde yo nunca estaba previsto ni incluido. Algo

tenía que fallar en esa relojería. Todo estaba tan pautado y ordenado que resultó insostenible por su misma normalidad.

Cuando Evelio escuchó esta conclusión había disentido, señalando que el matrimonio no existía en la naturaleza ni en el Plan de Dios pero que, sin embargo, perduraba como costumbre o institución. ¿Y por qué?, preguntó. No esperó respuesta y se contestó de inmediato: Porque es una forma de evitar la locura. Su divorcio, en ese sentido, no atenta contra la institución. Más bien la refuerza, ya que salió de una relación para calcarla con otra. Me había encogido de hombros, ya que sus conclusiones no me interesaban. La relación con Gladys se desarrolló durante años en forma plácida, con sus más y con sus menos, hasta que se cruzó Romina. Ella alteró la placidez de mi pastaje y convirtió los días con Gladys en un infierno del que salimos lastimados y con bronca. Y además, sintiendo el desprecio de Gladys por haber traicionado nuestro pacto, con lo que me llevé puesta la culpa. Juro que jamás quise herir ni hacer daño a nadie. Creo que nunca quise romper otra cosa que no fuese ese manso aburrimiento en el que transcurría mi vida. Y hablo de la mía y no de la nuestra, ya que en su versión todo andaba bien. Una pareja plena hasta que él perdió la chaveta, le describió al juez que nos divorció. El juez la había escuchado con una sonrisa de comprensión que desaparecía al hablar conmigo. Yo ratifiqué la versión de Gladys y dije que no tenía excusas pudiendo dar, en cambio, sinceras disculpas, que quizás fueran insuficientes para justificar el desatino. No busqué esto, confesé. Se fue dando y resultó una catástrofe. Y aunque no lo crean, hice notar, también fue una liberación que nos demostró a los dos que todo era simple aunque doloroso y también menos terrible de lo temido. Gladys me pidió que guardase silencio, por respeto, y el juez me dijo que si había hecho un desastre no podía tomarlo como un acto de libertad o jactarme del mismo. A menos que yo fuese un enfermo o un anormal o un antisocial. Quise explicar que nada era lineal y que seguía queriendo a Gladys, aunque de otra manera. Hubiera sido un contrasen-

tido sobre el que me había advertido mi abogada. Nada de traslucir ni hablar de afectos, me instruyó. Aduje que quería decir mi verdad. En la iglesia o con un psicólogo, pero no aquí, puntualizó la letrada. Ante el juez hay que ser previsible. Nada de mostrarse contradictorio. Las contradicciones tienen que ver con la vida, no con la justicia. La miré sorprendido, descubriendo que lo decía en serio. Gladys, su abogado y el juez coincidieron en que yo era poco menos que un desecho. Por mi lado no intenté negarlo, aferrándome a esa sensación de libertad espinosa e inexplicable cuya sola existencia me justificaba el fracaso de la relación. Esa comprobación me había llevado a sonreírle a Su Señoría con aire bobo. Dictó una sentencia de divorcio que no fue ni más buena ni más mala que otra, ya que era un formulario impreso donde estaban consignados nuestros datos personales en los espacios que había en blanco a tal fin, en medio de sesudas argumentaciones y citas legales que se repetían idénticas para todos los casos en que utilizara el mismo impreso, con independencia de sus particularidades.

Pasaron años desde entonces y en su transcurso comprobé que lo sucedido y nuestras vidas eran cosas mucho más pequeñas de lo que suponíamos. Hasta lo que pareció ser una tragedia irreversible o un fracaso lamentable se había vuelto, con el tiempo, una suma de actos que no dolían. Pasaron como habíamos pasado cada uno por la vida del otro, dejando una huella que era más incierta y menos profunda de lo que cada uno imaginaba. Y eso, paradójicamente, no me parece malo.

Recuperado del abandono de mi padre, ajeno a mi madre, divorciado de Gladys, apretado por Romina, apartado del Arquitecto, sufriendo el abuso de Ton, fuera de la vigilancia de Catón, sin esperanza en la llegada de Evelio, podía considerar hoy que seguía libre hasta los extremos del descarné. Aspiré una bocanada de aire que quise que tuviese la liviandad de la falta de obligaciones y de rutinas. Me dije que tanta ruptura también era la apertura del horizonte más allá de las circunstan-

Mientras Evelio no está

cias, lo que me tornaba técnicamente más autónomo. Me pregunté qué acto de libertad - auténtico e incuestionado - podría realizar y después de un minuto de reflexión, abrí el microteléfono para llamar a alguien con quien compartir ese instante de libertad. Empecé a barajar a quien llamar y, después de meditarlo, me volví a colgar el teléfono al cinto. El minuto de aire, recordé, sale caro.

15.

El sargento Scafoide apareció tan de improvisto que al verlo no pude evitar un sobresalto. Emergió de una puerta semioculta, cercana a los teléfonos públicos y en el camino a los baños. Hasta que abrió la puerta de acero y salió a la mitad del pasillo, ese lugar me había pasado desapercibido por su marginalidad. Encarando hacia mi mesa, Scafoide se arrimó con pasos pausados, esgrimiendo una sonrisa confianzuda. ¿Todo bien?, se interesó. Todo, confirmé, sin ganas. ¿Todo qué?, preguntó. ¿Todo qué?, repetí automáticamente. Pues no sé. Es una manera de decir. ¿De decir qué?, insistió. De decir nada, concreté para terminar el rulo. ¿Entonces porqué no empezó por ahí?, quiso saber.

Lo miré desde mi cansancio. Estoy aquí desde hace horas, comencé a decirle. Esperando. Entretanto, he bebido litros de gaseosa, comido kilos de pan con semillitas de sésamo, hamburguesas de carne picada y pickles. He manoseado a una gorda que hubiera querido nacer en Nueva York. He visto como apaleaban a un pobre idiota o a un idiota pobre. Compré cosas que nunca creí que tenían valor, como el derecho a permanecer en un Shopping sin que me jodan y resultó inútil. Creo haber dado de comer a una Mendiga que quizás lo necesitaba, con el único objetivo de sentirme mejor que ella, compré en cuotas un teléfono celular que no me hacía falta y tengo el culo sano de milagro. Le agradeceré si me deja tranquilo.

Hizo un gesto con la cabeza. No estoy para eso. ¿Qué desea, entonces?, pregunté con resignación. Nada, respondió. Solo hacerte saber que estoy atento a lo que hagas. Asentí con un gesto. Ya lo sabía. Saludó con algo parecido a una venia y empezó una ronda por el piso. A los pocos metros lo había perdido de vista, lo que me llenó de alivio. La visión de uniformes me pone nervioso. Por hacer algo, miro la superficie de la mesa y luego mis manos. Las estudio y las encuentro hermosas. Nunca hubiese imaginado que lo fueran. Muevo los dedos y los aca-

ricio. Observo mis nudillos, las nervaduras, los mapas de las venas que recorren su dorso y los repaso con el índice. Estudio las rayas de las palmas con atención. Tengo entendido que una es la línea de la vida, otra la del amor y otra la de la fortuna, pero ignoro cual es cual. Una vez escuché que en una palma está escrito el destino y en la otra sus modificaciones, pero tampoco conozco cual es cual. Creo que soy afortunado con ese desconocimiento. De pronto, comenzó a sonar mi celular y atendí un poco aturdido por la falta de costumbre, para oír la voz de Romina preguntando en un cascabeleo si no estaba sorprendido con el llamado. La verdad que sí, confesé. ¿cómo supiste el número, si todavía no te dije que lo había comprado? Tu mamá, indicó. ¿Así que tenés un móvil, bichito? ¿Para qué lo compraste? No lo se, reconocí. Creo que de idiota o de aburrido, pero me servirá para llamar a Evelio si sigue tardando. ¿Ni señales de él? Nada. Ninguna. ¿Sale mucho ese aparato? Bastante. Las llamadas también salen caras. Esperar a Evelio me está costando una fortuna, observé. Para no hablar de otras cosas. Cuando le conté lo que llevaba gastado entre alimentos, sobornos y celular se enojó. Me reprochó la compra y también que me aburriera. Podría haber pasado el tiempo leyendo y sin consumir. Tendría que haberme sentado ante un pocillo de café a esperar que llegara aquel vendedor de promesas, sin entrar en derroches. Que era un desocupado. O sea, un hombre sumido en la insolencia, viviendo de los restos de sus ahorros y de changas eventuales. Que fuera consciente de que tenía una casa que mantener. Eso, sin contar la cuota de los alimentos para los chicos. Tenía que disciplinar mi gasto y aguzar mi olfato para hallar una salida. Le pedí calma y que no me jodiera. Que había hecho méritos suficientes a lo largo de mis años para darme esos pocos gustos tarados. Que estaba aquí aguantando a su exclusivo pedido, pero que en cualquier momento me levantaba mandando a Evelio y a su bendito trabajo al diablo. Que además del dinero, me habían pasado cosas terribles. Que me habían golpeado en el baño. Que me habían humillado y hecho sentir una basura. Que lo único que

quería era irme de este Shopping de mierda, perderme en la bruma y olvidarme de mí. Sacarme de encima esta tristeza. Se asustó cuando mencioné los golpes. Me preguntó si me habían robado y quiso más datos. Prometí contárselo personalmente, no ahora. Iba a insistir pero le pedí que no lo hiciera. No me robaron, la tranquilicé. Después te cuento. Me pidió entonces que aguardara un poco más. Pero que me esperaba, ronroneó en mi oreja. Que quería que estuviera bien, con trabajo y animoso. Para hacer fuqui-fuqui como antes, con las ganas de antes. ¿Verdad que era un buen programa? Dije que sí, que era una perspectiva maravillosa y me despedí.

Colgué el celular del cinturón y quedé absorto en cualquier cosa. Me vinieron memorias de otros tiempos y susurros. Para suerte o para desgracia, hay veces en las que uno es más su historia que su futuro. Me volvió otra vez Gladys, como un fantasma recurrente, parada en medio del living. Tocame, le pedía. Necesito que me toques. ¿Ella qué me dijo? Nada. Estás loco. Que me toques. Que me toques, insistí. Ausencia de cuerpo que encubría otro vacío. El frío. La oscuridad. La muerte. Pocas cosas. Esenciales. *Que no te toco. Que no te siento. Que no te acerques*, dijo ella. ¿Basta, entonces?, aposté ahuecando los labios. Ella asintió. *No existe más aquello que nos unió*, había sentenciado como quien recita un epitafio. Respondí con un puchero y todo terminó cuando atravesé la puerta en dirección a la calle, con esa espantosa sensación de sentir que había vuelto a equivocarme. Desde la buhardilla de mis vergüenzas emerge otro nombre de mujer. Elsa. Fue anterior a Gladys y también terminó mal. Mujer temperamental, me tiró las valijas al pasillo. No soy ninguna idiota, por lo que hacete cargo, me indicó, dejándome en la mitad del pasillo hablando acerca de la justicia o justeza de aquel desalojo. Le prometí que me haría cargo de la miseria que empezaría a inundar mi rutina, de la lobreguez del invierno y de su bronca con la que finalmente me echaba por incompatibilidades que tuvo a bien explicarme en la víspera con temblores de coraje en la voz. En

Mientras Evelio no está

aquel momento y a favor de mi silencio, desenrolló un inventario de desencuentros, diferencias, dolores y equívocos que hacían imprescindible la ruptura y mi evacuación inmediata. Recuerdo haber escuchado sus razones, reconociéndome en alguna de las situaciones narradas, aunque sorprendido por la manera distinta en que las había entendido cada uno. Hubiera jurado que tan mal no vivíamos, murmuré.

Antes de irme, habíamos fumado como murciélagos mientras nos cubríamos de reproches. Se me ocurre ahora que la situación no dejaba de ser patética. Nos echábamos culpas que, de haberlas pensado un solo instante, hubiéramos descubierto que eran exageradas o que la historia era otra. Pero entonces no podíamos hacerlo. Ninguno estaba en condiciones de soportar la responsabilidad de su propia vida, por lo que resultaba más fácil señalar que el otro era un desastre, lo que también era cierto. A años vista, creo que tampoco fue el camino más fácil, ya que las rupturas implican heridas y lastimaduras de distinta profundidad y extensión. Pero fue el único que pudimos tomar. La fuerza y la paciencia entonces existentes no daban para otra cosa, y el miedo era demasiado grande y urgente, por lo que nos cubrimos de acusaciones, envolviéndonos en una nube de humo y de rabia. Me quedó impregnado en la ropa y en la memoria el olor del tabaco patinando con alquitrán la visión de Elsa expulsándome del departamento. Antes de cerrar el ascensor, le había buscado los ojos. Ella había abierto la puerta del departamento y franqueándome la salida miraba mis movimientos en silencio, con una mueca en su cara, que solo reflejaba su convicción. No tenés idea de lo que es un tipo. Vos necesitás una baby-sitter, no un varón, le había reprochado sin furia mientras el ascensor me hundía hacia el infierno o me llevaba a la salida. A ella no la vi más. Espero que no le haya ido bien.

Seguí con la vista perdida hacia el pasillo donde estaban los teléfonos públicos y los baños. Con aire bobo, me perdía entre recuerdos. Divagando, me acordé de los dreadnaughts de Arlt. ¿Qué carajo eran? Cuando en el secundario se lo pregunté al profesor de literatura, me

miró como a un bicho de otro planeta. ¿Dreadnaughts?, repitió. Sí, dreadnaughts. Arlt los menciona en un cuento, “La Luna Roja”. Dreadnaughts. ¿Y no se le ocurrió buscar la palabra en un diccionario?, se encrespó el profe literato. No tengo. Dreadnaughts. El otro empezó a sonreír con aire canchero. No habría encontrado nada en el diccionario, alumno, anunció. Dreadnaughts es solo un fonema. O sea, un ruido, que el autor usó para encerrar una metáfora. El ruido de la angustia, por ejemplo. El sonido de la furia. Lo que más se le represente. Con lo que más asocie. El sonido de la furia me trajo la imagen de Ton en el baño, poniéndome su pija en la boca mientras Catón miraba reservando un turno para la próxima. Un rugido de dolor me recorrió el pecho, que se estremeció entre el odio y la vergüenza. Esa es la magia de la palabra, alumno. Nos transporta. Dreadnaughts. Fonema. Metáfora. Outsourcing y downsising también deben ser fonemas y metáforas. De donde me duele el culo por el impacto de los fonemas y la percusión de las metáforas. Como a Erdosain. Pero a él le quedaba el consuelo de fantasear que mientras caminaba su desesperanza, detrás de los visillos de una ventana una millonaria se enamoraba de él y lo salvaba. Ahora, detrás de los visillos espían Scafoide y Trocanter. Los tiempos cambian, había sentenciado Evelio. En lo único que no han cambiado es en que siempre estuvieron Scafoide y Trocanter espiándote detrás de algún visillo, sin ningún amor. Pero que los tiempos cambian, cambian, concluyó. Sonreí y afirmé que era cierto. Erdosain paseaba con un revólver en el bolsillo. ¿O era Balder quien iba armado? La violencia ha quedado limitada a la costumbre de sufrirla. Un fonema. ¡Bang! ¡Slam! ¡Está tercerizado! ¡Arriba las manos! Pese a los cambios, yo soy como la mula del Mariscal de Sajonia, había reído entonces. ¿Se acuerda, Evelio? Perón, el Viejo Caudillo, siempre contaba la anécdota. Como ella, pese a haber ido a batallas jamás aprendí estrategia. Una pena esa ignorancia. No estaría aquí, destruido, en la nada. Aunque a Perón le pasó lo mismo. Él, que decía entender todo de estrategia, también perdió hasta las manos. Que es

Mientras Evelio no está

nada comparado con lo que nos pasó a los tipos como yo. No nos preparamos para vivir en este mundo, ni entendimos sus reglas. En ese sentido, somos unos dinosaurios que tratamos de encontrar el viejo paisaje, que hoy está bajo un mar de lava. Nosotros sí que perdimos, y seguiremos perdiendo hasta que un arqueólogo nos desentierre y diga, con ayuda de los paleontólogos, que esos dinosaurios de ayer son los pajaritos de hoy. De donde resultará que he pasado de tiranosaurio a gorrión. ¿De qué se ríe?, desafié entonces a Evelio. ¿No le pasó lo mismo? Aclaró que más le importaba que lo perdido no doliera y me asombré. Quizás haya habido suerte en esa derrota, arriesgó con tono suave. No entendimos el juego y nos tocó aprender a palos. Y la lección no consistió en advertir nuestros errores, sino soportar los de quienes nos vencieron.

Dé gracias de seguir vivo, que eso solo es mucho mérito.

Lo dijo cuando estábamos rodeando la Plaza del Socorro con su auto. ¡Mírela!, señaló con el dedo. ¿Quién hubiese imaginado que Verlotti, que de mozo fue la reencarnación local de Trotsky, haría de unos talleres oxidados un emprendimiento formidable?. Convirtió un barrio de mierda en un lugar cotizado, del que se puede disfrutar. ¡Verlotti! ¿Se da cuenta? ¡Antes quería transformar el Hotel Sheraton en Hospital de Niños! ¿Perdió? Nada de eso. Aprendió. Y utilizó esa enseñanza. Puse cara de duda. Por lo que se dice, en medio de la lección vació los pupitres. Parece que se robó hasta los picaportes de la Intendencia. Evelio arriesgó que podría ser. ¿Qué importancia tenía? Esos eran discursos de monja. La política necesita del dinero mucho más que el dinero de la política. Un dirigente pobre no llega a nada ni dura mucho. Sin plata no hay cómo mover a la gente, definió. En eso coinciden todos los políticos, lo que demuestra que el poder siempre tiene un mismo discurso. Evelio estaba ofuscándose de sus propios argumentos, pero en vez de cambiar de tema, se iba excitando. Cuando se habla de la corrupción, nadie pide acabar con ella sino bajar su costo, dijo. Opiné que tener

una explicación para cada cosa no las mejoraba. Y que hayamos perdido no significó que las cosas mejorasen, suspiré. Se cosechó desgracia. Si el peligro éramos nosotros que fuimos los derrotados, ¿donde están las mieles de la victoria ? ¿Para quienes fueron? Hoy tampoco somos gente contenta. Al paso que vamos, dejaremos de ser ciudadanos para volvernos pobladores. Pocos se darán cuenta y más pocos aún lo lamentarán. Evelio me miró con aire glacial. Un derrotado, quiso definirme. Creo entender que está diciendo eso, ¿verdad? Verdad. Soy un derrotado. Y en esa derrota, encuentro también un resto de gloria. Si no nos hubieran batido, esta mierda no hubiera podido montarse. ¿No lo cree?, le pregunté. Para nada. Yo sí, afirmé. De lo hecho y defendido me queda un espacio para el orgullo, aunque no se pueda revertir las pérdidas. ¿Ya no sirve para nada ? ¿Ya no espera nada?¿La vida lo volvió un muñeco, una caquita, una basura?, me desafió con burla. Tuve que pararlo. No me apure, que todavía no caí del todo. Pero no falta mucho. ¿Dreadnaughts? ¿Outsourcing?

Las banderas tremolaban al viento, los redoblantes y las consignas nos exaltaban, alborotándonos la sangre. Como Erdosian o cómo Balder, transitaba por las calles con un revólver en el bolsillo y fuerza en el alma como para descargarlo sobre cualquiera. Hoy no la tengo. He perdido ese impulso, así como se han acallado los sonidos de los tambores y las banderas que tremolan al viento no son las mías. No hay derrota digna. Quien habla de ella, no la conoce. No le crean, porque es un mentiroso que chalanea en nombre de los victoriosos.

La puerta de acero por la que apareció Scafoide volvió a abrirse y salió Roberto con paso ligero y cara preocupada. Nuestras miradas se cruzaron y me dio la impresión de que lo sorprendía encontrarme aún en el Patio. Frunció el ceño y vino hacia mi mesa. ¿Seguís esperando a tu amigo? Todavía. Arrimó una silla y sentándose opinó que no vendría. Demasiadas horas teniéndole la vela ¿verdad? Dije que sí, pero que no me

costaba aguardar. Me dijeron que estás sin trabajo. Lo miré desde mi cansancio. Estaba tan harto que no tenía lugar ni siquiera para ser curioso. ¿Los vigiladores? Sí, ¿es cierto?. Encendí un cigarrillo y pregunté por qué podría interesarle. Puedo llegar a tener algo para vos, me dijo. Algo chiquitito, pero si andás bien, puede ser el comienzo. ¿El comienzo de qué?, pregunté detrás de una nube de humo. De una carrera, respondió. En esta organización, el límite es el cielo.

¿El comienzo de una carrera?, repetí incrédulo. ¿Qué me estás ofreciendo? Roberto pareció pensarlo mejor y sacándose su gorra colorada de béisbol con orejitas de ratón, se pasó la mano por el pelo, reconociendo que quizá lo suyo era exagerado. Tengo una changa, sinceró. Pero si servís, puede ser un trabajo estable. ¿De qué se trata? Se pasó la lengua por los labios y después de aclararse la voz, explicó que en la hamburguesería se festejaban cumpleaños infantiles. Les alquilamos el Entrepiso de la Felicidad. Los chicos se juntan, les damos hamburguesas, fritis, dablmits, eiplpai, gaseosas, caramelos. En fin, los entretenemos. Les ponemos dos animadoras, les regalamos gorritas de beisbol, cartuchos de pochoclos y globos y tienen gratis juegos electrónicos. La pasan joya, más que bien. Hay días que llegamos a tener hasta tres cumpleaños seguidos. Entiendo, aclaré. ¿Y cual es el trabajo? ¿Cocinar hamburguesas?, sonreí. Quizá me equivoque al proponértelo, anunció Roberto. Lo hago para darte una mano. No te arrepientas, lo animé. Contame de qué se trata. En una de esas, me sirve. Se removió inquieto en su silla. El payaso, dijo al fin. ¿Qué pasa con el payaso? Que el tipo que hacía de payaso acaba de renunciar y necesito reponerlo ahora mismo. En un rato tengo un cumple con cincuenta chicos, y necesito un payaso al pie de la escalera que reparta los globos y cuide la circulación. Empezarías a las cinco y media y en tres horas quedas libre. ¿Te animás? Hice mis cuentas rápidamente para concluir que terminaría a eso de las ocho y media. La imagen de Catón pidiendo su turno se me apareció como una pesadilla. Ni loco, contesté. No es que no me anime. No quiero que el día de

mañana, alguno reconozca en mí al payaso de los cumpleaños y se cague de risa. Dijo que eso era imposible. Vestido de payaso, nadie podría reconocerme. Zapatos enormes de charol, con las puntas hacia arriba. Medias a rayas horizontales, pantalón de seda amarilla, con una raya roja. Camisa blanca, moño colorado, un chaleco escamado de colores tornasolados, una nariz roja y una peluca verde. Ojos pintados a lo cirquero, arrebol en las mejillas. El resto de la cara, blanca, con una bocota dibujada en rojo. Además, guantes. Podrías darle a tu vieja un globo y una matraca en sus manos, que no te reconocería, aseguró. Me imaginé así vestido y coincidí. Yo tampoco. Sinceramente, no podría hacerlo, Roberto. Me moriría de vergüenza. Pero te agradezco el gesto. Hizo una mueca de pesar y levantándose, dijo que la plaza estaba disponible mientras no la tuviese ocupada. Hasta una hora antes del cumpleaños, podría tomarla. La paga no es grande, avisó. Pero te salvará los gastos del día. Y si quisieras seguir, tené presente que la empresa da la obra social, aportes jubilatorios y seguro. Además, una caja de comida repleta de hamburguesas, papas fritas, aros de cebolla, pastel de manzana y gaseosas para tu casa, todos los días. Y un franco semanal, que varía según los cumpleaños. Siete días de vacaciones al año. Pensalo, dijo despidiéndose. Sabés donde estoy.

16.

Este viene siendo un día terrible. De esas jornadas en las que lamento haberme levantado. Debería haber permanecido en la cama hasta que pasara el turbión. Pero me había dado cuenta tarde. Llamé a Romina y le avisé que Evelio seguía sin aparecer. Pareció preocuparse y se ofreció llamarlo para ver qué pasaba. Le dije que no lo hiciera. Jugado por jugado, prefería continuar aguardando. Al menos, hasta que se hiciera de noche. ¿Podría volver a casa si no conseguía trabajo?, interrogué en un tono que quería ser ligero. Sintió mis palabras como un reproche y se encrespó. Me pidió que no la provocase, que venía teniendo días muy malos, llenos de angustia por mi situación. Y que podía volver cuando quisiera, se apuró a agregar. Con o sin trabajo. Pero tratando de imaginar de qué manera podríamos superar este momento. Que aprovechase la espera para hacer algo útil. Como listar nombres de relaciones a las cuales pedirles empleo. Que no tuviera vergüenza. Que era hora de actuar. Oírla y decir que sí fue todo uno. Le pedí que no se preocupara, que algo iba a encontrar. De todos modos, le quedaría agradecido si también pensaba qué podría hacer ella para superar este momento. Que si bien le reconocía derecho a angustiarse por mi situación, el primer afectado era yo, por lo que pedía que no me lo hiciera más denso. Mi parrafada le cayó mal, pero no hice nada por evitar su disgusto. Con un ladrido de despedida, cerré la comunicación y me pregunté qué sucedería si no regresaba. Pasado el primer instante de sorpresa, no supe responderme. Es decir: después de imaginar la desazón de Romina, los comentarios caníbales de mi madre, la furiosa sensación de revancha de Gladys y la indiferencia casi pareja de mis hijos, sentí que no sabría qué hacer fuera de mi casa. ¿Qué podría hacer con esa libertad? Si el Conde de Montecristo no hubiera tenido un tesoro del que adueñarse a la salida del presidio ¿se habría fugado de él? Evelio contestaría que sí, fundándose en que uno jamás actúa con inteligencia. Se supone que ser libres es

Mientras Evelio no está

poder elegir lo que queramos, en cada momento. Eso es falso por ilusorio. Y más falso todavía es creer que deseamos libremente. De donde si elegimos aquello que imaginamos querer por inducción, imposición o sugerencia de otro, tampoco somos libres. Estoy viéndolo discursar. Agita los brazos y mueve las manos para darle más énfasis a sus palabras. Concluyo en que, más allá de los señalamientos de Evelio, me veo volviendo a casa como quien retorna al redil o con la parsimonia con que los elefantes marchan a sus albergues.

Abrí el celular y lo llamé. Al tercer intento atendió. Su voz se escuchaba lejana y había una interferencia enorme. ¿Y?, grité por el auricular. ¿Le falta mucho? Estoy harto de esta espera. En medio de ruidos extraños, Evelio me pidió que hiciera lo que se me antojase. ¡Sos grande para andar consultándome a cada rato, viejo!, protestó. Hacé lo que quieras, pero no me jodas. Le recordé que había sido él quien me citó. Que me había ofrecido trabajo. Que me aseguró que llegaba, pero que desde la mañana le estaba teniendo la vela al puro pedo. Me interrumpió para decir que no me había mentido, pero que andaba con problemas, por lo que yo quedaba en libertad de actuar como quisiera. De última, más que mi llegada lo que importa es tu espera, sentenció queriendo hacerse el agudo. ¡Hacé lo que se te ocurra y no me jodas más!

Me dejó oscilando entre el alivio y la bronca. Debí reconocerme que no estaba acostumbrado a decidirlo, para ser más preciso, que siempre decidí por lo que creí que tendría aceptación en los demás o por lo que se aguardaba que eligiese. Miré mi celular y opté por apagarlo. Estuve un buen rato fumando sin saber qué rumbo tomar. Me dije que hay momentos en que uno elige una forma de vida, y que este podría ser uno de esos. La vuelta a casa con las manos vacías se me representó una tortura, y la permanencia en el Shopping, una amenaza. Finalmente, fui hasta donde estaba Roberto y le pregunté si el puesto estaba vacante. Hablé con una voz tan firme que los dos quedamos sorprendidos. Dijo

que sí, y al decirle que lo aceptaba, cerró su caja y me pidió que fuésemos hasta la Gerencia Administrativa. Te tienen que tomar los datos, darte el alta en el seguro, hacerte la Tarjeta de Identidad para circular y todo eso. Además, te darán el equipo de trabajo. Cuando estés listo, te ubicarás al pie de la escalera que da al Entrepiso de la Felicidad. Iba enumerando los trámites mientras caminábamos hacia la puerta de acero junto al montacargas. Pasó una tarjeta magnética por su cerradura electrónica y al escuchar el zumbido empujó y dejamos detrás el Patio de Comidas.

Entramos a una planta mal iluminada y sucia, con infinidad de puertas. En lo que era su eje o centro, había una caja de escaleras que obraba como conducto de ventilación, por el que ascendía un olor nauseabundo que impregnaba el aire hasta volverlo chirle. Estamos en medio del Shopping, informó Roberto dirigiéndose hacia una puerta. Este sitio lo llamamos “El Infiernito”. Por aquí solo transitamos los empleados.. Por eso tiene este aire descuidado. Aquí nadie vende nada y todo es bastante parecido a lo que es.

Entramos a un lugar que resultó ser la Gerencia Administrativa, donde me dejó en manos de una mujer con cara de varón que se presentó con un apellido alemán plagado de jotas, imposible retener. No debía ser el único al que le sucedía, ya que con un suspiro, Frau Jotas me autorizó a llamarla Carla Matilda. Dio sus nombres tan rápido que al principio creí que se trata de uno solo. Carlamatilda, repetí para fijarlo. Me hizo llenar una ficha con mis datos y antecedentes personales y familiares, así como otros formularios de utilidad diversa y desconocida. Me pidió el documento de identidad y verificó su concordancia con lo escrito en sus papeles. Me sacó una foto autorevelable, que pegó en una Tarjeta de Identidad, que plastificó allí mismo. Abrió una ficha para el reloj de entradas y salidas, donde consignó un número que desde ese momento era mi identidad laboral. Cada día, marca la ficha al entrar y al irse, me instruyó. ¿Estamos? Dije que sí, aclarándole que lo mío era

Mientras Evelio no está

una prueba. No sabía lo que podía durar en el puesto y coincidió conmigo, diciendo que todos estaban allí provisorios. Pero que parecía bastante despierto y esperaba que el trabajo me sirviera. Entretanto, tenía que fichar la entrada y la salida, así fuese por un solo día. Me dio una tarjetita magnética, recomendándome que la cuidara. Es para abrir las puertas que dan a los sectores comerciales, explicó. Llamó a un muchacho que se esforzaba sobre una computadora y me hizo acompañar hasta el vestuario, donde me dieron un armario con candado, una caja con mi uniforme de payaso y me dijeron que permaneciera allí hasta recibir instrucciones.

Me senté en un banco largo de madera ante una batería de armarios que me hicieron acordar a un vestuario de cuartel. El techo era bajo, la iluminación seguía siendo mortecina y la suciedad abundante. Las puertas de los armarios tenían tallados símbolos, frases o consignas de distinto orden, entre los que no faltaban nombres de políticos ni de clubes de fútbol, pasando por las consabidas menciones amorosas y pornográficas. De pronto, desde un parlante, una voz que impostaba las frases como si hablara para una hot-line me dio la bienvenida en nombre de la empresa. *Esperamos que su labor nos permita crecer a todos, estimado colaborador*, dijo la Voz. *Haga el favor de sacarse su ropa de calle. Guárdela con sus demás efectos personales y vístase con su equipo de tareas. Cuando esté listo, colóquese su Tarjeta de Identidad en un lugar visible y tome su llave electrónica. Cierre el armario con el candado que se le proveyó y diríjase al sector Maquillaje y Utilería. Cuando termine su preparación estética, póngase a disposición de nuestro apreciado señor Roberto. Gracias por su atención. Estamos muy felices de tenerlo entre nosotros y le deseamos muy buena suerte.* Pude escuchar el ruido del micrófono al cerrarse, y comencé a cumplir las indicaciones. Guardé todo en el armario, menos mis elementos de fumar y el teléfono, que guardé en las profundidades de mi traje de payaso. Apenas terminé de vestirme, comprobé que caminar con los zapatones del equipo no era

algo sencillo, por lo que practiqué hasta asegurarme alguna estabilidad. Caminando con los brazos abiertos para mantener un equilibrio difícil, me desplazé por el pasillo hacia el Sector de “Maquillaje y Utería”, donde me recibieron unas chicas oscuras que, sin decir palabra, me pusieron una peluca verde, me pintaron la cara de blanco y las mejillas de rojo y cruzaron mis ojos de arriba abajo con un par de rombos negros. Me agrandaron la boca pintándome una gruesa sonrisa bermellón; cogieron de mi nariz otra de plástico, redonda y roja, y me echaron al mundo del espectáculo. Con mi tarjeta magnética, abrí la puerta de metal y salí del Infiernito al Patio de Comidas. Cuando se cerró detrás de mí con un chasquido, quedé inmóvil junto a los teléfonos públicos, tratando de habituarme a mi nuevo estado. Me resultaba extraño que el mundo siguiera siendo el mismo mientras yo me había vuelto irrecognocible. Despacio, comencé a avanzar hacia el mostrador de Roberto, que estaba a una distancia que se me antojó enorme. Cuando andaba por el sector de Pizza & Pasta, vi a Catón dirigiéndose hacia donde yo estaba. Es decir: no venía hacia mí, pero acabaría descubriéndome. Al verlo, recordé las advertencias de Ton y los avisos y avances de Catón y, como en una pesadilla, sentí de nuevo el grosor de la virilidad de Ton en mi boca y el dolor de su garrote sobre mi lomo. Me entró una oscura sensación de pánico que se revirtió en una rabia ciega que me hizo cerrar los puños con furia, sabiendo que no eran suficientes para descargar tanto odio por lo que, instintivamente y por las dudas, tomé de una mesa el pincho donde se ensartan los tickets. Es una varilla de metal redondo, de unos quince centímetros de largo, con una base de platil y una punta aguda. Agarré el pincho y comencé a hacerlo girar entre mis dedos. De alguna manera, tener las manos ocupadas me dio la seguridad de no estar tan indefenso. Al fin y al cabo, me dije, yo era uno de los que había traído al Viejo Caudillo a la Patria, después de dieciocho años de lucha. Había quemado a la Bruja. Había luchado en Bosnia y en Uganda. Había cogido con Gladys y con Romina. Padre de dos varones. Toda una trayec-

toria por detrás. Con una historia que defender. Recordar todo eso me dio fuerza para ratificarme que Catón no pasaría. Era hora que tronase el escarmiento y, como decía mi padre, la violencia en manos del pueblo era justicia.

Catón llegó hasta mí sin señales de haberme reconocido. Solo vio al payaso, sobre el que dejó caer una mirada burlona. Cuando me rebasó, me tocó el culo haciéndome dar un brinco. Se rió burlón, apurando el paso hacia el Infiernito y lo seguí, alcanzándolo cuando empujaba la puerta.

¿Qué te pasa? ¿Te ofendiste o te gustó tanto que venís por más?, preguntó sobrador. Me ofendí, contesté. Al oírme me reconoció y sonrió. Veo que te subieron al bote. Supongo que hay que felicitarte ¿verdad? Lo que hay que hacer es no joderme, indiqué. Asintió con un gesto y comentó que Ton era un exaltado, un perverso y un violento que siempre abusaba de la gente. Coincidió con él. Ese no me va a molestar más, dije. Mientras tanto, la cosa es con vos. Me miró sin entender. ¿Conmigo qué? Que llegó tu turno, anuncié suavemente. ¿Y por qué no? Sabía que al final, ibas a querer, respondió poniendo los labios en morro. Un besito y nos vamos al baño ¿eh?

Le dirigí una sonrisa de beato y afirmándome sobre mis zapatones de payaso empuñé el pincho por su base y se lo hundí en el pecho. Ahogó un grito de sorpresa y se derrumbó sobre el piso de cemento. Me miró con ojos de asombro. Esperé que preguntase por qué. Estaba preparando el discurso con el que lo satisfecería, cuando advertí que el maldito no me hacía ninguna pregunta ni decía palabra. Me indigné al darme cuenta que con ese silencio me estaba robando su muerte. Se la apropiaba delante de mi narizota de payaso y no podía hacer nada para impedirlo, por lo que no resistí la tentación y le expliqué que no me gustaba que me tocasen el culo. Que hacía bien en desconfiar de los inofensivos, reconocí. Y que había llegado la hora de tronar el escarmiento. Me siguió miran-

do con los ojos muy abiertos, sin pestañear, hasta que sospeché que no me veía ni me escuchaba, por lo que inclinándome sobre su cuerpo, le arranqué el pincho para que entrase aire en la herida. Limpié mi arma en su camisa reglamentaria y después de darle una patada en los huevos, regresé al Patio. Repuse el pincho en su mesa del sector de Pizza & Pastas y me presenté ante Roberto, poniéndome a su disposición. Miró mi disfraz y le pareció aceptable. Los pendejitos son a veces un poco pesados, avisó. Tendrás que aguantarlos. No podés pegarles, ni tirarles del pelo ni darles coscorriones ni hacerles ninguna de esas cosas que dan ganas de hacerles. Si pasa eso, pedís ayuda a las Asistentes de Juego, que son las chicas que se ocuparán de que no hagan demasiado daño. Por lo demás, entregarás a cada monstruo tantos globos como te pida, tratando de que pida poco. Es decir, nada de incentivar su consumo. Comida y bebida podés ofrecerles solo si la reclaman y no están las Asistentes. Lo mejor será que te quedes al pie de la escalera y cuando vayan llegando les vas diciendo: ¡Bienvenido o bienvenida a la fiestita de Damián! Damián es el delincuente que cumple. No aceptes propinas. No hables con el público. No te hagas el gracioso. No vayas al baño. No pegues. No hables del trabajo. No cuentes tu historia. No beses. No acaricies. No mires con mufa. Tampoco con amor. No des tu nombre. Si alguien te lo pregunta, das tu número de legajo. Sonreí todo el tiempo. Un globo, una sonrisa, y ¡Bienvenido a la fiestita de Damián! Son unas pocas horas y después a casita, hasta mañana. ¿Está claro?

Dije que sí, que estaba claro. Me paré al pie de la escalinata y practiqué ante un cristal que hizo las veces de espejo. Comprobé que, afortunadamente, la sonrisa que me pintaron me cruzaba el rostro de lado a lado, lo que me evitaba estirar las comisuras.

Estuve recibiendo chicos durante los primeros treinta o cuarenta y cinco minutos. Primero llegaron espaciadamente, hasta que se hicieron banda. ¡Bienvenido a la fiestita de Damián!, saludaba dándoles los

Mientras Evelio no está

globos. El tercer chico al que saludé se sobresaltó al oírme y comenzó a chillar como un cochinito. Por suerte su mamá estaba con él y lo calmó escaleras arriba. A la hora ya no tenía globos, los chicos estaban en el Entrepiso de la Felicidad, entusiasmándose subidos al Trompo, al Submarino o jugando con las máquinas tragamonedas. Pini y Tini, Las Asistentes de Juegos iban y venían ensordeciéndolos con sus vocecitas aflautadas y sus frases idiotas, tratándolos como a una manada de infradotados. Los chicos respondían bien a esos estímulos. Las bandejas con hamburguesas, papas fritas, aros de cebolla, palitos de sémola, cucuruchos de pochoclo, postres acaramelados, gaseosas y golosinas pasaban delante de mi nariz roja y redonda dejando una estela nauseosa, mezcla de la consabida fritanga, especias y pan caliente. Al llegar al Entrepiso de la Felicidad, las bandejas eran vaciadas por las Asistentes de Juegos que las repartían esforzándose por mantener cierto orden y cuidado, velando para que cada uno de los mocositos tuviera su ración de chatarra.

Me entretuve buscando correspondencias entre los ruidos y las bandejas. Creí comprobar que cuando subía una bandeja al Entrepiso bajaba el ruido, pero después de unos instantes, concluí en que el ruido no disminuía. Por el contrario, su diapasón ascendía cada vez más, y en algún momento observé que se había armado una batahola en la que los sobrecitos de mostaza y ketchup volaban esparciendo sus contenidos sobre los invitados. Permanecí alerta y sin saber qué hacer, hasta que Pini y Tini pusieron orden.

Estaba en mi puesto cuando advertí que el sargento Scafoide ingresaba al Infiernito. Supuse que, descubierto el cuerpo de Catón, habían convocado al policía para que dilucidara el misterio. Imaginé que, como en las novelas inglesas, bloquearían las salidas para que nadie se retirase del Shopping hasta que todos estuviesen identificados y hubieran dado sus coartadas.

Una vez más o como siempre, me equivoqué. Nadie corrió. No se

oyeron sirenas ni silbatos, y ningún policía reclamó la atención del público para anunciar la desgracia. Terminó el cumpleaños sin accidentes que lamentar y con algunos incidentes que olvidar, y de Catón nada. Los chicos se fueron luciendo sus gorras coloradas de beisbol con orejitas de ratón y, después que se hubo retirado el último invitado, Damiancito y su familia bajaron del Entrepiso de la Felicidad cargados de paquetes. Saludaron a las Asistentes y a mí y se fueron. Sonreí a las Asistentes y les dije que ese cumpleaños había sido mi debut. Pini alabó mi desempeño, en tanto que Tini opinó que no era nada difícil y solo había que tener un poco de paciencia. Iba hacia el vestuario cuando Roberto me indicó que aún debía permanecer cuidando que nadie subiera hasta que limpiasen el Entrepiso.

Mientras esperaba a los de la limpieza me volvió la sensación de suavidad que me había transmitido el pincho al hundirse en el pecho de Catón y me sentí bien. Vinieron los chicos de la limpieza y mientras los veía embolsar los desechos que dejó tanta alegría, sentí que me iba relajando de a poco. El cuerpo se me iba poniendo cada vez más flojo, y era como un barco llegando a puerto después de una larga travesía. Cuando los chicos del lampazo se fueron, emprendí mi retirada con pasos lentos. Cuando entré al Infiernito, camino al vestuario, no hallé rastros del cuerpo de Catón. El piso se notaba fregado allí donde había caído. Tampoco vi a Scafoide ni a Ton, por lo que tuve que aguantarme la intriga. Me senté ante un espejo bordeado de lamparitas, como los que aparecen en las películas sobre artistas. Con un algodón impregnado en crema limpiadora, me saqué la pintura de la cara. Luego me lavé las manos, me cambié despacio, doblé mi equipo de payaso que guardé en el armario, fiché mi tarjeta en el reloj y, tras saludar a Frau Carlamatilda hasta el día siguiente, pasé por el mostrador a retirar mi cajita de comida.

